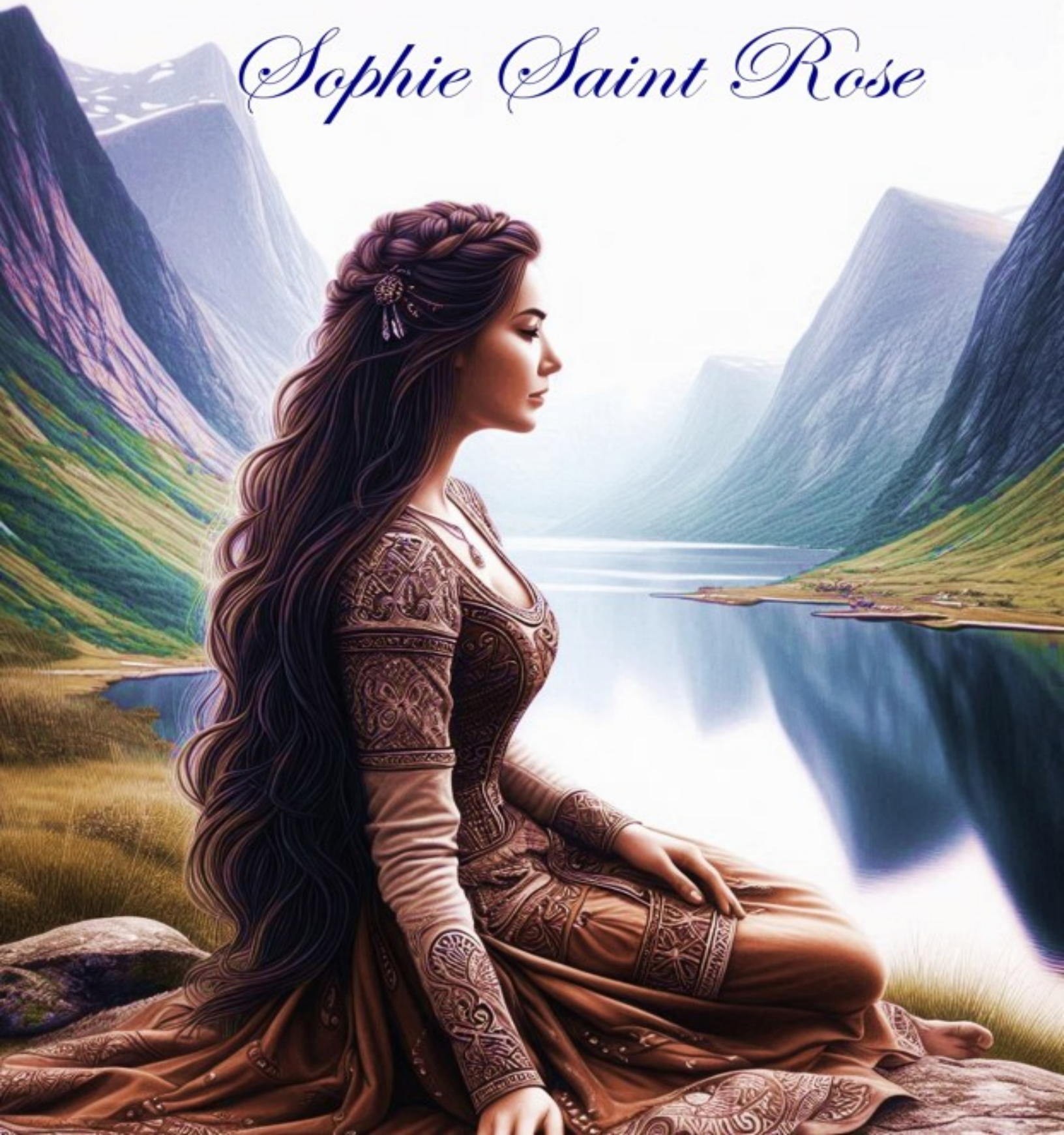
Niégame cuanto quieras

Serie vikingos

Sophie Saint Rose



Niégame cuanto quieras

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo

Capítulo 1

Se ató el cordón de su bota de piel y dejó caer las faldas. Con cuidado salió de la habitación que compartía con sus hermanas y se apartó su larga trenza morena dejándola caer por su espalda. Bajó los escalones muy lentamente para no despertar a su padre, que se había quedado dormido en su silla por el hidromiel como la mitad de sus hombres. Apretó los labios y cuando llegó al salón, caminó por el suelo de piedra lleno de paja hasta llegar al enorme disco de hierro que estaba suspendido. Cogió la maza que tenía colgada a un lado y la agarró con las dos manos antes de empezar a golpear con fuerza una y otra vez, sobresaltando a los hombres que se levantaron de sopetón con las espadas en la mano. La confusión fue tal, que varios se chocaron entre sí para llegar a la puerta porque pensaban que les estaban atacando y su padre cayó de la silla hacia atrás gritando aún borracho —¡A las armas!

Su padre consiguió levantarse y fue a sacar su espada, pero se debió marear porque giró en redondo antes de tropezar con sus propios pies y caer sobre uno que debía estar muerto en el suelo porque no se había enterado de nada. —¿Pero qué haces, inútil? ¡Defiende a tu pueblo!

—Eh…

Le agarró por las trenzas de la barba con su gran mano y tiró de su cabeza hacia arriba. —¡Escoria humana, si no te matan nuestros enemigos, te destriparé yo mismo como no corras a defender a tu pueblo!

—¿Jarl? —preguntó babeándose.

Esben Davensen gruñó soltándose antes de correr hacia la puerta. Se trastrabilló en los escalones cayendo en el suelo del patio sobre una boñiga de vaca. El jarl gruñó levantando su rostro y se pasó las manos por los ojos para ver como sus hombres miraban confusos hacia el fiordo. Aren se volvió y gritó —¡Jarl no veo que llegue nadie! ¿Ha sonado el cuerno?

Brynhild en los escalones de su casa mientras sus ojos verdes refulgían de furia gritó desgañitada —¿Acaso lo hubieras oído, maldito inútil? ¡Bien podríamos estar todos muertos, pues tenéis tanto alcohol en la sangre que ni os mantenéis en pie! Qué vergüenza. ¡Qué ni se os ocurra entrar en esta casa hasta que no estéis serenos! ¡Y eso también va por ti, padre! —Entró en la casa y cerró de un portazo.

Varios hombres corrieron hacia el jarl y le pusieron en pie. Este se tambaleó. —Esta hija mía, menudo susto me ha dado.

—Jarl, manda más que tú —dijo Hakon antes de soltar una risita. Un puñetazo le tiró desmayado en medio del lodo.

—Repite eso si puedes —siseó haciendo que varios dieran un paso atrás.

Eigil gruñó y le dijo a su hermano —Jarl, tienes que hacer algo, ya ni nos deja beber a gusto.

—No, mi hija tiene razón, ¡sois unos gandules!

—¡Estábamos celebrando una boda! —dijo otro indignado—. Tampoco es para tanto. Mi mujer nunca me trataría así.

—¿Tu mujer? —dijo el jarl con desprecio—. Cuando tu mujer sea como mi hija, podrás hablar. —Fue hasta el abrevadero y se echó agua en la cara. —¡No hay mujer como mi Brynhild, ni más bella ni más lista!

Todos hicieron una mueca. —¿O miento? —gritó furibundo.

—No, hermano, no mientes, pero se le está poniendo un carácter que no hay quien la soporte. Así no se casará en la vida.

—¿Casarse? Mi Brynhild no tiene que casarse.

Al parecer sus hombres no pensaban lo mismo. Es más, por su cara parecía que querían que se fuera de allí cuanto antes. —¿Qué ocurre? ¿No estáis de acuerdo?

—Mi jarl… —dijo el viejo Frode—. Seguro que querrá tener hijos.

—Ya tiene siete míos que cuidar, ¿por qué iba a querer más?

—Igual quiere un marido, alguien que la ame —dijo su hermano.

—¿Que la ame?

—Es mujer, ellas siempre quieren esas cosas —dijo el viejo—. Ella también merece tener su propia familia, ¿vas a negarle eso? ¿Si tan buena hija es por qué la castigas?

El jarl entrecerró los ojos y se pasó la mano por la barba mojada. —¿Creerá que la estoy castigando? Igual por eso tiene ese humor inquieto.

Varios carraspearon y la puerta de la casa se abrió de golpe. El joven Eigil salió corriendo de la casa y detrás de él salió volando una jarra de madera que le dio de lleno en la cabeza haciéndole caer de cara ante los pies del jarl. Esben hizo una mueca mientras su hija gritaba —¿Te atreves a seguir bebiendo, maldita cucaracha? ¿Es que estás sordo, escoria de caballo? —Brynhild apareció en la puerta. —¡Suerte tienes de que seas mi primo, porque si fuera otro el que se atreve a burlarse de mí a la cara, le saltaría los dientes! —Entró de nuevo dando otro portazo.

—¿Inquieto, jarl? Ni Loki tiene tan mal carácter.

Su primo gimió levantando el rostro, mostrando que tenía la mitad de la cara raspada. —Tío, menuda puntería.

Esben sonrió orgulloso y tiró de sus pantalones de cuero hacia arriba. —Es única.

—¿Vas a negarle un futuro dichoso? —dijo el anciano—. Tú no vivirás para siempre y tus hijos se irán, su belleza se marchitará y se quedará sola.

Eso al jarl no le gustó nada. —Eso no puede ser.

—Debes buscarle marido.

—¿Debo?

Todos asistieron vehementes. —Un gran guerrero que la ame por encima de todo. —Los ojos del jarl brillaron. —Un hombre como ella se merece.

—Sí, jarl. —Frode sonrió. —Un hombre como no haya otro, con el suficiente carácter para aplacar su inquietud.

—Sí… —Miró a su alrededor. —¿Alguna sugerencia?

Parpadearon sin saber qué contestar. —Esta noche quiero los nombres —dijo el jarl muy serio—. ¡Quiero los nombres de los mejores guerreros vikingos! ¡Mi hija se merece lo mejor, que ella es muy especial! —Fue hasta la casa y abrió la puerta.

—¿Sigues borracho? —gritó ella desde dentro.

Carraspeó. —Claro que no, hija.

—¡Vergüenza debería darte, debes dar ejemplo!

—Serás una esposa de jarl buenísima.

—¿De un jarl? ¡Bastante he tenido contigo, como para aguantar más! ¡Venga, a desayunar!

En cuanto el jarl entró, todos se miraron. —¡Decid un nombre! —gritó su primo.

—¿Un nombre? —preguntó su padre—. Como no elijamos bien, mi hermano nos mata.

—¿De veras creéis que algún guerrero querrá casarse con ella? —preguntó el viejo—. En cuanto le suelte un ladrido, sale espantado.

—O la mata, que también puede ser —dijo Owen.

Todos asintieron. —Qué dilema —dijo Eigil—. Pero es la solución perfecta para que nos deje vivir en paz.

—Cierto. —Frode asintió apoyándose en su espada—. Tiene que ser alguien muy valiente.

—Y rico o el jarl no lo querrá, debe tratarla como a una de esas reinas del sur —añadió Are.

—Rico, valiente, soltero…

—Oh sí, eso es indispensable —dijo Owen.

Todos le miraron como si fuera idiota.

Eigil sonrió. —Lo tengo.

—¿De veras? —preguntaron a la vez.

—¿Y Hrafn Orvansen?

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó el viejo asombrado—. Es un asesino despiadado.

—Seguro que son exageraciones.

—¡En cuanto la niña le pegue un grito, le arranca la cabeza! ¡Y el jarl nos la arrancará a nosotros!

—Otro, otro —dijo Owen asustado—. Y que viva bien lejos.

—Muy bien, no hace falta que sea rico —dijo el viejo. Todos se quedaron en silencio—. ¡Tiene que haber alguno!

—¿Y Arne Geirsen? —preguntó Owen.

—Tiene doce años —dijo Eigil como si fuera idiota.

—Así podrá dominarle todo lo que quiera. No protestará y no la matará.

—Es hijo de un jarl —apostilló el hijo de Eigil.

—Le acabamos de decir a su padre que no la prive de que se enamore, ¿crees que se va a enamorar de un imberbe? ¿Necesita un guerrero que le deje las cosas claras y que no le importen un par de gritos de vez en cuando?

—¿De vez en cuando, padre?

—Igual nos estamos equivocando pidiendo tanto —dijo el viejo—. ¿Y si es pobre? Tendrá que enamorarla para convencerla de que se case, ¿no? Tendrá que esforzarse un poco, digo yo.

—Si su jarl dice que se case, se casará —dijo Eigil.

Todos le miraron levantando una ceja y gruñó. —Muy bien, lo he entendido. Tenemos que hacer que sea apuesto para que la enamore.

—Exacto. —El anciano entrecerró los ojos. —Y si la vieja hace un hechizo no podrá evitar perder el corazón por él.

—La vieja Arna la adora, no hará nada que la aleje de estas tierras —Owen bufó mirando hacia la casa. —¿Creéis que ya se le ha pasado? Tengo hambre.

—Entra ahí dentro y eres hombre muerto —dijo su amigo dándole un codazo—. ¿Quieres pensar?

—Es que no puedo cuando me gruñe el estómago. Voy a probar, ayer por la noche me sonrió, puede que me dé una de esas tortas con miel.

Eigil miró a su hijo y le preguntó incrédulo —¿Le sonrió?

—¿Mi prima? Claro que no. Hizo una mueca de asco cuando eructó en la cena.

—¿Qué te había dicho? —vociferó ella desde el interior de la casa. Owen cerró la puerta a toda prisa y el filo de un hacha la atravesó quedando la punta ante la nariz de su amigo.

—Se ha librado por los pelos. —El viejo soltó una risita.

—Sí, la oreja de Dag no tuvo tanta suerte —dijo Eigil—. Ni rico, ni pobre ni imberbe. Debe ser un guerrero, alguien que soporte sus exabruptos o esto no saldrá bien y la tendremos aquí antes de que nos demos cuenta porque su marido fallezca inesperadamente.

El viejo suspiró. —Puede que tengas razón, un marido a su altura debe tener carácter. La niña no soportaría alguien sin sangre en las venas. Pero con un gran guerrero también podemos estar en problemas, porque si la mata entraríamos en guerra.

Todos suspiraron como si no encontraran la solución. —La aprecio muchísimo, no me gustaría que le ocurriera nada malo —dijo el viejo—. Será mejor que nos olvidemos del tema, igual hay suerte y aparece alguien que la enamore. Odín nos ayudará.

Eigil asintió. —Sí, nuestro dios de dioses intervendrá.

Arna le limpió la herida que tenía en la mano antes de ponerle un ungüento. —Niña, deberías tener más cuidado. Una mala herida puede enviarte a la muerte, ya lo sabes.

—Es que me sacan de quicio —dijo entre dientes—. Deberían haber salido a cazar al amanecer, ¿pero lo han hecho? No, por supuesto que no, porque ni podían tenerse en pie.

—Tu padre últimamente está dejando sus funciones a un lado, eso es evidente por el estado de nuestro pueblo, pero ha sido un gran jarl.

—El otro día oí como uno de sus guerreros le criticaba.

—¿Y está vivo para seguir dando la lengua?

—¿No pasó por aquí para que le vieras? Le rompí el brazo de un batacazo que le metí con un tronco.

Divertida le vendó la herida. —¿Hablas de Ivar? Me parece que ya has perdido otro pretendiente.

—Bah, es idiota —dijo con rabia porque había pensado seriamente en casarse con él, pero ahora ni hablar, no pensaba unirse con un hombre que no defiende a su familia.

—Niña, a este paso no van a quedar hombres en el pueblo que quieran tu mano. Tu belleza no hace que sean ciegos, ni sordos, porque tienes una lengua… Debes ser más cuidadosa, tener más mano izquierda, la gente empieza a pensar que…

—¿Qué?

—Que eres intratable.

—¿Yo? —preguntó pasmada—. Si tengo el mismo carácter que mi madre, padre siempre lo dice.

—Ya, ya.

—¿Insinúas que mi madre no era afable, buena y querida por todos?

—Era todas esas cosas y muchas más. Algunos todavía recuerdan —dijo por lo bajo.

—Era buena persona. —No podía estar más sorprendida. —¿No piensas lo mismo?

—Sí que lo era, una de las mejores personas que he conocido jamás, pero eso no significa que cuando veía algo que no estaba bien, se pusiera como si Loki la hubiera poseído y no me digas que no lo recuerdas.

—¿Insinúas que no toleraba las tonterías? —Entrecerró los ojos y sonrió. —Me parezco mucho a ella, ¿verdad?

—Eso mismo estaba diciendo yo.

—Bien. —Se levantó y se miró la mano. —¿Cuándo puedo quitarme esto?

—Ni se te ocurra quitártelo hasta que no cicatrice.

Gruñó yendo hacia la puerta. —No creo que aguante mucho ahí, tengo que comprobar que todo está bien para la cena.

—Niña, hablo en serio, deja que trabajen las demás. ¿Por qué no vas a dar un paseo?

—¿Ahora? No queda nada para que oscurezca. Además, tengo que ir a cerciorarme de que mis hermanos ya hayan cenado —dijo saliendo de la casa. De repente metió la cabeza y sonrió—. Gracias por curarme.

Arna sonrió. —Niña, no ha sido nada.

—Eso mismo decía yo.

Cuando cerró la puerta suspiró. —Esta niña…

Su hijo salió de detrás de la cortina. —Madre, como siga alterando a los hombres, al final se enfadarán y tomarán una mala decisión. Puede que alguno pierda la paciencia y le haga daño. El jarl tendrá que matarlo y puede que no salga nada bueno de ello. El jarl podría morir.

—Lo sé —dijo preocupada sentándose a la mesa—. Hoy hemos tenido suerte y Eigil ha dado con la clave, se ha dado cuenta de que un buen matrimonio sería ideal para solucionar el problema. La niña tiene los humores alterados porque es muy apasionada y

necesita un hombre que guíe esos impulsos. No quiero ni pensar lo que ocurriría si un día se extralimita con el jarl…

—Tendrá que castigarla y Brynhild no se lo tomará nada bien.

—¿Qué hacemos? Hay que encontrarle un marido adecuado antes de que ocurra algo irreparable.

Gunnar se sentó a su lado y se acarició su larga barba castaña. —Pues tendremos que hacerlo nosotros. Los hombres se han dado por vencidos antes de empezar y hace un rato escuché hablar al jarl con su amante, le decía que no se le ocurría nadie que mereciera a su hija, estoy seguro de que ya se ha olvidado del asunto.

—¿Pero quién? ¿Es cierto que ese hombre es un asesino?

—¿Hablas de Hrafn Orvansen? Madre, ni lo pienses siquiera, ese hombre no tiene corazón. Mató a todo un pueblo porque le robaron la cosecha.

—¿De veras? —preguntó asombrada—. ¿Es despiadado?

—El más despiadado. Le temen en todas las tierras del norte. La última vez que fui a Heirst, estaba allí y la gente se apartaba a su paso como si fuera el mismísimo Loki. Allí me enteré de quién le hizo la cicatriz que atraviesa su espalda. Le intentó matar su propio hermano cuando tenía catorce años.

—¿Por la espalda?

—Su hermano era el mayor, pero Hrafn ya luchaba mucho mejor que él. Creyendo que en el futuro le quitaría su puesto, quiso matarle, ¿sabes lo que hizo su padre en cuanto se recuperó?

—No, ¿el qué?

—Hizo que se retaran a muerte.

—¿No castigó al mayor por lo que había hecho?

—No. Dejó que Hrafn aplicara justicia y vaya si la aplicó.

—¿Le mató?

—Le venció claramente incluso con tres años menos y le cortó la mano derecha.

—La mano de la espada.

—Le dijo que Odín decidiría su destino. Murió dos semanas después.

—Se le envenenó la sangre.

—Todos creyeron que Odín había tomado partido. Desde entonces todo el mundo sabía que iba a ser jarl. Y sus hombres le adoran, le consideran casi un semidios. Su palabra es ley y no solo en su pueblo. Me han dicho que varios jarl le tratan como a un rey. Le agasajan y le entregan regalos para ganarse su amistad.

—Pero fue magnánimo con su hermano, no puedo creer que cambiara tanto, ¿estás seguro de lo de ese pueblo que masacró?

—Eso se dice, madre.

—No me lo creo. Alguien cruel hubiera matado a su hermano sin dudar.

—Madre, han pasado algunos años de eso. La vida le habrá endurecido.

Arna entrecerró los ojos. —Me gusta. —Se levantó decidida y fue hasta la puerta.

—Madre, ¿pero qué dices?

—Es un hombre justo. Detrás de un gran hombre siempre hay muchas historias. ¿Acaso no decían de nuestro jarl que de joven arrancaba cabezas?

Su hijo parpadeó. —¿Acaso no lo hacía?

—Bah, lo hizo un par de veces, ¿pero ves cómo la gente exagera? —Salió de la casa.

—Madre, que nos vas a meter en un lío. Como Brynhild le insulte y sabes que es lo más probable, nos matarán a todos.

—Tonterías, la niña solo le insultaría si se siente insultada —dijo llegando a la casa del jarl.

Al abrir la puerta vio como los hombres se estaban sentando para cenar y escucharon —¡Maldito puerco egoísta! —gritó su niña

haciéndola gemir—. ¡Siéntate a la mesa antes de que pierda la paciencia!

Vieron como su primo dejaba el muslo de pollo en la bandeja que estaba ante el jarl antes de sentarse a toda prisa a la mesa como le había ordenado.

—Madre, que acabamos en guerra.

—Gunnar no seas agorero.

—Es una posibilidad.

Arna decidida se acercó a su jarl y este le sonrió. —Vieja, ¿te unes a nosotros? Hoy la cena es especialmente apetitosa.

—Gracias, mi jarl. Me encantará.

Brynhild sonrió. —Sentaos, sentaos…

La curandera se sentó a la izquierda de su jarl. —Es raro en ti que te animes a cenar con nosotros. —Esben estaba entusiasmado. —Estaremos encantados de escuchar tus historias.

—Pues mi jarl, tengo una que te va a fascinar.

Mordió una zanca de pollo y con la boca llena dijo —Cuéntame vieja, me entretienen mucho tus antiguas andanzas.

—No se trata de mí, jarl. Te voy a contar la historia de un gran guerrero…

Su hijo gimió a su lado y Brynhild se sentó sonriendo. —¿Un gran guerrero?

—Un gran hombre que ya apuntaba maneras cuando era un jovencito. Empezaré mi historia cuando el chico tenía doce años. —Su hijo la miró de reojo y ella le dio una patada en el tobillo haciéndole gemir. Arna sonrió. —El más valiente de los suyos, tanto que su jarl, que era su padre, estaba tremendamente orgulloso de él. El mejor con la espada…

—¿Con doce años? —preguntó su jarl incrédulo antes de beber de su hidromiel.

—Imagínate jarl, la gente decía que algún dios había bendecido la semilla de su padre al engendrar a la hembra que le dio

a luz.

—¿De veras? —preguntó Brynhild con admiración.

—Sí, niña. Sus dones eran tales, que cosechaba tantos amigos como enemigos a partes iguales, pero de quien no se esperaba ese odio, era de su propio hermano mayor.

Brynhild entrecerró sus hermosos ojos verdes. —Le tenía envidia.

—Una envidia negra como la noche que fue creciendo a medida que crecían los chicos. Su jarl no se daba cuenta de lo que ocurría entre sus hijos. Nuestro héroe quería ignorar los malos comentarios de su hermano, los golpes cuando practicaban con la espada, la herida que hizo en su pierna aparentando un descuido. Una noche, cenando como nosotros hacemos ahora en la casa del jarl, el chico se fijó en una muchacha, era bonita y reía con su familia en una mesa apartada. La chica le miró y cuando se inició un baile terminaron girando.

Su hijo la miró de reojo como si estuviera mal de la cabeza, pero ella le ignoró. —Bailaron y bailaron, la chica reía.

—¿Pero si vivía allí acaso no la conocía? —preguntó Brynhild confundida.

—No, no la conocía porque era una prima lejana de una de las familias que habían ido de visita —dijo molesta—. No me interrumpas, niña, que llega lo mejor.

—Continúa, continúa —dijo el jarl intrigado—. ¿Qué ocurrió después?

—Su hermano hirviendo de furia porque ya había puesto los ojos en ella, se levantó con la espada en la mano y atacó a su hermano con saña, cortando su espalda de parte a parte. —Brynhild jadeó. —El jarl creyendo a su hijo muerto, se levantó y desarmó a su hijo mayor que soltó una risotada antes de escupir en el rostro de su hermano. El jarl furioso hizo que le prendieran y le encerró en una celda.

—¿Qué pasó con su hijo menor? —preguntó Brynhild impaciente.

—Temieron por su vida durante días, pero su fuerza interior hizo que se repusiera. Cuando su padre consideró que se había recuperado del todo, sacó a su hermano de la celda y le puso ante él. ¿Quieres matar a tu hermano? Inténtalo ahora. Los hermanos lucharon a muerte y nuestro chico demostró que era muy superior, incluso después de su convalecencia. —Varias suspiraron. —Y cuando pudo traspasarle con su espada no lo hizo. —Todos la miraron con los ojos como platos. —De pie ante su hermano dijo, será Odín quien marque tu destino y con un golpe brutal le cortó la mano que aún tenía la espada. Nuestro guerrero miró a su padre y dijo yo seré el jarl de tu pueblo, padre, yo seré su líder y levantando su espada gritó con una ferocidad que ese grito recorrió los mares. Su hermano como si hubiera sido maldecido por el mismísimo Odín, murió días después. Su sangre ya envenenada desde hacía años, le mató con terribles sufrimientos y nuestro guerrero se convirtió en un gran hombre para su pueblo.

—Yo le hubiera matado —dijo el sobrino del jarl.

—¿Matar a su propio hermano? —preguntó Brynhild—. Hizo bien, dejó que nuestro dios de dioses decidiera su destino. Si le hubiera matado, sería algo que jamás podría olvidar, pero demostró contención e inteligencia.

—Bien dicho, hija. ¿Aún vive ese guerrero, vieja?

—Oh sí, mi jarl. Aún es joven y todos los pueblos del norte le temen por su ferocidad al defender a los suyos. Le ocurre como cuando era casi un crío, unos le temen y otros le aman.

—¿Y quién es ese gran guerrero? ¿Le conozco?

—No lo sé, mi jarl. ¿Conocéis a Hrafn Orvansen?

Esben entrecerró los ojos. —Ciertamente es temible.

—¿Le conoces, padre? —preguntó Brynhild tan interesada que ni había empezado a cenar—. ¿Has oído antes hablar de él?

—Sí, hija, y no todo es bueno —dijo mirando a la vieja de reojo.

—Exageraciones, jarl. A todos los grandes hombres les pasa. —Cogió un muslo de pollo y empezó a cenar.

—¿Eso crees, vieja? Pues cuando dijeron de él que había asaltado dos barcos que llegaban de las incursiones, me lo creí.

—Algo harían —dijo con la boca llena—. Como esos que le robaron, solo defendía lo suyo. Aplicaba justicia.

—¿Así que le conoces, padre? —preguntó de nuevo impaciente —. ¿Le has visto alguna vez?

—No, en persona no le conozco. Es el tipo de hombre con el que no quieres tener problemas.

—¿Le invitamos? —preguntó ilusionada haciendo que toda la mesa la mirara como si tuviera cuernos—. Nunca invitamos a nadie interesante, ¿no os morís por conocerle?

Todos negaron con la cabeza, todos excepto la vieja que sonreía. —¿A que es buena idea, Arna?

—Buenísima —dijo la vieja.

Eigil sentado al otro lado de la mesa se levantó. —Jarl, no creo que esa invitación sea adecuada, tiene muy mala fama con las mujeres y si ve a tus hermosas hijas puede encapricharse. Decirle que no, puede tomarlo como una afrenta.

—Yo no le diría que no. —Todos miraron a Brynhild que se sonrojó. —Sería amable al rechazarle.

—Un mal gesto a ese hombre y acabaríamos en guerra —dijo su tío.

—¿No tenéis curiosidad?

Esben negó con la cabeza. —La curiosidad mató al gato, niña. Déjate de historias que ahora no tenemos conflictos con nadie.

Brynhild miró a la vieja que sonreía por dentro por el interés de la niña, ahora sabía que tenía razón. —Pues es una pena que no

le invites, mi jarl, tengo el presentimiento de que sería una visita muy ventajosa para ti.

Su jarl se tensó. —¿Un presentimiento?

—Sí, mi jarl, y sabes que siempre acierto.

—Sí… —Se pasó la mano por la barba. —Ventajosa, ¿eh?

—Mi jarl, si la vieja dice eso debemos invitarle —dijo Owen—. Hay que hacer caso a los presentimientos de la curandera, siempre da en el clavo.

Varios asintieron.

—El jarl Orvansen puede presumir de su oro —dijo uno de sus hombres—. Un año fue muy al norte a matar osos y focas, dicen que trajo tantas pieles que le hicieron muy rico. Y en sus incursiones al sur no tiene rival, siempre vuelven con su barco lleno.

Arna sonrió. —Eso crea enemigos, mi jarl. Muchas malas lenguas atacando al jarl.

—Sí… —dijo su padre haciendo que el corazón de Brynhild diera un vuelco.

—¿Le vas a invitar, padre? —preguntó su hermano Arvid.

—Por Thor, claro que sí. —Rio golpeando la mesa. —Veremos cómo es ese hombre. Enviaré un emisario que le diga que quiero negociar con él con las ovejas. Si es listo, vendrá.

Brynhild sonrió sintiendo una excitación que no había sentido nunca. Hrafn Orvansen… Estaba deseando conocerle.

Capítulo 2

Estaba revisando la habitación que usaría el jarl Orvansen, la habitación de sus hermanos varones, que durante la estancia del jarl dormirían en la habitación de su padre. Habían puesto una gran cama y habían retirado las de los niños. Su padre quería que estuviera cómodo porque se quedaría unos días. Se acercó a su cama y colocó bien la manta hecha con pieles de lobo. Sobre la pequeña mesa que había al lado de la cama, había una jarra con flores que ella misma había recogido. Esperaba que le agradaran. Sus ojos fueron a parar al suelo y se agachó para coger un pétalo. Ella había fregado la madera y la había pulido con energía con cera de abeja para que brillara. Salió de la habitación cerrando la puerta y al ver a su hermana de ocho años frunció el ceño. —Astrid, ¿dónde está Inga?

Se encogió de hombros como si le diera igual y fue hacia las escaleras para bajar con su muñeca de paja en la mano. Brynhild bajó tras su hermana y al ver a Inga sonriendo a uno de los guerreros entrecerró los ojos acercándose. Inga la vio llegar y perdió la sonrisa de golpe, le dijo algo al joven Olef y este salió casi corriendo. —Muy valiente —dijo enfadada—. ¿Qué te dije que hicieras, hermana?

—Vigilar a los niños.

—¿Y dónde están? —le gritó sobresaltándola.

—No sé.

La agarró por la muñeca y tiró de ella fuera de la casa. —Ve a buscarles y… —Escuchó un llanto y volvió la cabeza como un resorte para ver que el pequeño Bjorn tenía sangre en la mano. Palideció de

golpe y corrió hacia él arrodillándose ante su mano. Cuando consiguió verla se dio cuenta de que le faltaban dos dedos. Impresionada miró tras él donde un niño tenía un cuchillo lleno de sangre en la mano.

—Cogió el pez cuando lo estaba destripando —dijo llorando—. Yo no quería.

Cogió a su hermano de cinco años en brazos y corrió con él a casa de la curandera. —Ya, mi cielo, no llores —dijo angustiada—. ¡Arna! —Empujó la puerta y le sentó en la mesa apartando unos platos. Le cogió la manita y reprimió la rabia al ver que eran los dos últimos dedos.

La vieja llegó a su casa en ese momento. —Me acaban de avisar. —Al ver la mano apretó los labios. —Véndasela con fuerza mientras lo preparo todo, hay que quemar.

—Dale algo para que no le duela —dijo angustiada cogiendo el pedazo de tela que le tendía.

Escuchó el sonido del cuerno, pero no hizo caso porque su Bjorn lloraba. Le apretó la herida y el niño chilló —Lo sé, cielo, sé que te duele.

Su hermana estaba en la puerta llorando también. Al escucharla la miró furiosa. —Ve a buscar a los demás. ¡Ahora!

—Ha sido un accidente —dijo la vieja.

—Últimamente le interesa más encandilar a los hombres que sus tareas. ¡Tenía que vigilarles! No hay excusa y no me pidas que la perdone tan fácilmente. —Angustiada miró la mano de su hermano. —Es la mano de la espada.

La vieja se acercó con un vaso. —Aún es joven aprenderá a usar la otra. Sabrá arreglárselas, no te preocupes.

Brynhild lo cogió y lo acercó a los labios del niño. —Bebe.

—No. —Apartó la boca. —No quiero.

—Así no te dolerá tanto. Por favor, hazlo por mí.

El niño sorbió por la nariz y se acercó al vaso. —Buen chico… Todo, bébetelo todo. —Cuando Bjorn terminó hasta la última gota,

dejó el vaso a un lado.

—Duele.

—Dale un poco de tiempo, cielo —dijo sin dejar de apretar su mano. Vio como la curandera ponía el cuchillo al fuego. Gimió por dentro porque a su niño le iba a doler muchísimo.

En ese momento llegó el jarl y entró en la casa de la curandera.

—Padre tienes invitados, ya me encargo yo.

—Aún tardarán en llegar. ¿Qué ha pasado?

Apartó el paño para que lo viera y el jarl apretó los labios antes de sonreír a su hijo. —Ahora serás valiente, ¿verdad hijo?

—Sí, padre —dijo sin dejar de llorar.

—Vieja, dame el cuchillo, ya está candente.

—Padre, ¿lo vas a hacer tú?

—Es mi hijo. —Alargó la mano y Arna le tendió el cuchillo por el mango.

Ella cogió el rostro de su pequeño e hizo que la mirara a los ojos. Bjorn asustado intentó apartarse empujándola con la otra mano en el pecho y clavándole el colgante en forma de concha marina que nunca se quitaba porque había sido de su madre, pero ella ni se dio cuenta del daño que le hacía porque sufría más por él. —Eres muy valiente. Eres el niño más valiente que conozco.

—¿Tanto como tú?

—Mucho más que yo, cielo.

El grito de su niño se escuchó en toda la aldea y Brynhild le abrazó susurrándole al oído que ya había pasado todo.

—Muy bien jarl, apenas has tocado el resto de la piel.

Esben abrazó a su hijo elevándole y caminó hasta un banco donde se sentó con el niño encima.

Emocionada les observó mientras su padre le susurraba a su hijo que lo había hecho muy bien. Bjorn lloriqueó sobre su hombro

rompiéndoles el corazón y al cabo de unos minutos ya solo gemía. Sus ojitos se fueron cerrando poco a poco.

—Ya hace efecto, dormirá hasta mañana.

El jarl asintió levantándose y se lo entregó a su hija mayor. —Prepárate para la llegada de Orvansen.

—Pero padre, no puedo dejar a Bjorn solo.

—La vieja se encargará, como mujer de la casa debes estar a mi lado. —Su padre fue hasta la puerta.

—¡No!

Esben se detuvo en seco y la miró. —¿Cómo has dicho?

—Mi hermano es lo primero.

—Tú me convenciste para que le invitara, estarás a mi lado.

—Esto es más importante.

—¿Más importante que ofender al jarl?

—Niña, yo puedo encargarme de tu hermano.

—Pero es mi responsabilidad.

El jarl entrecerró los ojos. —La responsabilidad era de tu hermana, ¿o no le habías pedido que les vigilara?

—Sí, se lo había pedido.

—¡Estas son las consecuencias de su estupidez! ¡Pero ya hablaré con ella más tarde! —dijo furioso—. ¡Ahora ve a cambiarte!

Apretó los labios mientras salía de la casa.

—El jarl tiene razón, niña. Tienes más obligaciones y es una visita importante.

—Pero Bjorn me necesita.

La vieja cogió la mano del niño y con cuidado le echó un ungüento. —Haremos una cosa, lo llevamos a la casa grande y podrás ir a verle a lo largo de la noche.

—¿Prometes avisarme si se despierta?

—Créeme, no se despertará hasta mañana.

Su hermana no dejaba de llorar sentada en la cama que compartía con ella. —Deja de llorar —siseó exasperada—. Despertarás a Bjorn. Está en la habitación de al lado y necesita descansar.

—Lo siento.

—Eso ya lo has dicho, pero esas palabras ya no sirven de nada, nuestro hermano ha perdido dos dedos por tu estupidez. —Se puso su mejor vestido y se sacó la trenza del cuello. La deshizo a toda prisa y su hermana frunció el ceño pues su larga melena negra cayó en ondas hasta sus muslos.

—¿Qué haces? Nunca te lo sueltas.

—Claro que sí.

—No.

—Que sí.

—Bueno, pues sí. ¿Crees que padre será muy duro conmigo?

—No tan duro como lo sería yo, eso seguro. —Se puso en la frente la diadema de oro que su padre le había regalado cuando murió su madre y en el brazo su brazalete de oro.

—Estás preciosa. ¿Puedo ir contigo?

—Estás castigada, para ti no habrá fiestas en una buena temporada. —Abrió la puerta y en ese momento llegaron sus hermanas. —Acostaros, no os quiero por el salón, ¿me habéis entendido?

—Sí, Brynhild —dijeron las dos entrando en la habitación.

Inga iba a decir algo, pero ella la miró fijamente. —¿Ibas a añadir algo?

Se sonrojó. —No, claro que no.

—Como suba a ver a Bjorn y le estéis molestando, me vais a oír.

—Habrá mucho más ruido ahí abajo. —Escucharon gritar a varias personas fuera de la casa. —¿Ves?

Gruñó saliendo de la habitación. A toda prisa bajó las escaleras y revisó la mesa que ya tenía las hogazas de pan con varias jarras de hidromiel. —Thora, ¿todo listo?

—Sí, Brynhild —dijo algo nerviosa.

—Que alguien le suba algo de cenar a Arna, que está con el niño.

—Sí, sí…

Frunció el ceño. —¿Ocurre algo?

—No —dijo apartando la mirada.

Dio un paso hacia ella. —Puedes contármelo, ¿ocurre algo con tus hijos?

—No, de momento están muy bien. —Miró de soslayo a las demás mujeres que estaban más calladas de lo normal. —Es que…

—Dime… Vamos, date prisa, tengo que atender a los invitados.

La mujer gimió. —¿Por qué no te quedas en la habitación?

—¿Cómo dices?

—Es que a veces te enfadas y seguro que estos hombres no tienen buenos modales. Y tú no soportas los malos modales. ¡Si dices algo, entraremos en guerra y quiero demasiado a mis hijos!

Parpadeó de la sorpresa. —¿Insinúas que no puedo controlarme?

—A veces tienes unos prontos… —Se puso como un tomate. —El otro día tiraste de la oreja de Aslak hasta sacarlo de la casa y pesa más de cien kilos. Cómo lloraba, el pobrecito.

Jadeó. —¡Le tocó el trasero a Elsa!

—¿Y crees que los invitados no van a tocar traseros?

La algarabía se acercaba a la casa, lo que indicaba que los invitados estaban a punto de llegar. —Por favor, si te quedas no digas nada —dijo Thora.

Aún impresionada asintió. —Tranquilas, no pasará nada.

—Estamos muertos —dijo alguien por lo bajo.

Se abrió la puerta de la casa y Brynhild se volvió. Todo lo que se había imaginado no la había preparado para el hombre que acompañaba a su padre. Le sacaba la cabeza a su jarl y su padre ya era muy alto. Su cabello castaño le llegaba hasta los hombros y su barba apenas debía tener unos días, algo inaudito entre los hombres que conocía, que se la dejaban crecer casi hasta el pecho. Sobre su pectoral izquierdo tenía tatuado el martillo de Thor y de su mango salían unas ramas que recorrían todo su brazo. Jamás había visto un tatuaje tan elaborado, era hermoso. Pero era hermoso todo él y sin aliento elevó la vista hasta sus ojos, tan azules como el cielo y la estaban mirando directamente, lo que provocó que su corazón casi se le saliera del pecho.

—Permite que te presente a mi hija mayor —dijo el jarl acercándose con su invitado—. Hija, él es el jarl Orvansen. Jarl, mi querida hija Brynhild.

Asintió mientras que ella inclinaba la cabeza en señal de respeto. —Espero que su estancia entre nosotros sea agradable.

—Lo será —dijo con voz grave estremeciéndola por dentro.

Al levantar la mirada se dio cuenta de que no le quitaba ojo y sin poder evitarlo se sonrojó con fuerza. Di algo, di algo. —¿Desea beber algo? ¿Hidromiel?

—Mis hombres y yo lo agradeceríamos.

Sus ojos fueron a parar a sus labios y su vientre se estremeció con una fuerza que la dejó sin aliento.

—Por supuesto —dijo el jarl encantado porque aparentemente no era el monstruo que le habían contado—. Ven por aquí, jarl.

Hrafn se alejó con su padre y varios de sus hombres se quedaron allí de pie. Y eran increíblemente fieros. Cualquiera que fuera a luchar contra ellos, saldría corriendo al verles. Tomó aire y sonrió para acercarse a ellos a toda prisa. —Por favor sentaos, estaréis hambrientos del viaje, espero que disfrutéis de la cena. — Les indicó las mesas y ella dio una palmada para que les sirvieran de

inmediato. Cuatro mujeres con jarras empezaron a servirles y se dio cuenta de que un hombre rubio enorme se sentaba de tal manera que no perdía de vista a su jarl. Ese era un buen guerrero.

Se volvió para ir hacia la mesa y Thora dejaba ante los jarl una gran bandeja con una empanada. Hrafn la miró sin entender.

—No es pan, dentro está relleno de carne. Pruébala, jarl, la hace mi hija.

—Puedes llamarme Hrafn. —Levantó la vista hacia ella. —Así que cocina.

—Mi hija sabe hacer de todo y cocina como nadie de por aquí. De hecho, fue mi mujer quien le habló de este plato, lo hacía una mujer de su aldea y mi Brynhild quiso probar. Hace maravillas con el horno. Hija, ¿has preparado ese postre que me gusta?

—Por supuesto, padre. Manzana con miel y hoy me ha salido especialmente bien.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo el jarl satisfecho.

Se mordió el labio inferior y Thora gimió antes de alejarse. Tampoco tenía tan mal carácter, qué tontería. Se sentó al lado de su padre y sonrió apenas antes de coger el cuchillo y cortar la empanada para su invitado. Se incorporó para poner su pedazo en su plato. Le miró a los ojos sin darse cuenta. —No comas demasiado, después hay lechal.

—Tengo buen apetito, no creo que sea problema.

Su padre sonrió encantado. —Sobre todo resérvate para el postre, ese postre es digno de los mismos dioses.

—Padre, no exageres —dijo sonrojada.

Su tío se sentó a su lado, algo raro en él porque siempre quería sentarse al otro lado de la mesa con su mujer. —Empanada —dijo encantado.

—Y lechal, tío.

—Orvansen tienes que venir más a menudo —dijo Eigil con confianza.

—Tengo la sensación de que cenáis así prácticamente todos los días.

—Mi sobrina nos trata muy bien.

Se sonrojó aún más porque era raro que su tío la piropeara. —Exageran.

Hrafn levantó una ceja antes de coger la empanada y le dio un buen mordisco. Ella separó los labios impaciente por saber si le agradaba. Él hizo una mueca y cuando tragó dijo —Jamás he comido nada mejor.

Su padre sonrió orgulloso. —Pues ya verás el lechal.

—Hablando de lechales, necesito ganado.

—Por supuesto, por supuesto, tengo ovejas de sobra y a buen precio, pero ya hablaremos de ello, esta noche es para disfrutar.

—Nos vamos mañana.

—¿Mañana? —preguntó Brynhild decepcionada sin poder evitarlo.

Thora volvió a carraspear desde el hogar, pero ella no le hizo ni caso esperando su respuesta.

—Sí, tenemos que ir al norte, mi pueblo necesita caballos.

Su padre confundido dijo —Pero esperábamos que os quedarais unos días. Mi hija lleva días trabajando para vuestra visita y tengo entretenimientos preparados para…

—Siento que pensarais que nos quedaríamos, vengo a hacer negocios no a festejar nada.

Brynhild entrecerró los ojos. —Es de mala educación rechazar la hospitalidad de mi jarl cuando aceptasteis su invitación.

Todos se quedaron en silencio y medio salón la miró con horror.

Hrafn parpadeó como si eso no se lo esperara. —¿Acabas de decir que no tengo educación?

—¿Mi hija? Claro que no —dijo el jarl incómodo.

—Es lo que parece —dijo ácida contradiciendo a su padre —. Cualquiera pensaría que os quedaríais unos días.

—No es responsabilidad mía lo que piense tu padre —dijo entre dientes.

—Claro que lo es. Sino haber sido más claro. ¿O no enviaste mensaje por nuestro emisario y no nos dijo que te ibas a ir nada más llegar? —dijo empezando a alterarse. No podía irse ahora, había trabajado muchísimo para esa visita. Lo que sentía en el interior de su pecho mejor no analizarlo en profundidad—. Pues podías haberle transmitido que solo te quedarías un día.

Él gruñó. —Tengo que ir a por los caballos antes de que lleguen las lluvias. Tengo obligaciones y las voy a cumplir.

—¿Caballos? —preguntó su tío poniéndose nervioso—. Hay caballos salvajes en el valle del otro lado de las montañas. —Te saldrían gratis.

Eso llamó la atención de Hrafn. —¿Gratis?

—¿Pero qué haces, tío? ¿Encima le vas a regalar nuestros caballos? —preguntó molesta levantándose—. ¿Encima que nos ha insultado?

—Hija, ¿por qué no vas a ver a Bjorn?

—¡Sí, será lo mejor porque al parecer se me va la lengua!

Varios gimieron y ella se volvió furiosa. —¿A que es la última vez que os hago empanada?

Agacharon la cabeza metiéndosela en la boca a toda prisa. —Eso pensaba —dijo yendo hacia la escalera. Agarró sus faldas y subió los escalones de dos en dos—. Que se va mañana —dijo furiosa, pero de repente se volvió—. ¡Se han movido hasta las camas para que estuvieras cómodo! ¡A ver si eres un poco más agradecido!

Hrafn asombrado por su exabrupto miró al jarl. —¿Pero qué le pasa a tu hija?

—Tiene los humores algo alterados, no lo hace a mal.

—¡Padre no mientas, siempre soy así!

El jarl Orvansen se levantó. —¿Te he insultado, mujer?

—¡Sí! —Bajó un escalón mientras su padre ponía los ojos en blanco. —¿Sabes todo lo que he tenido que hacer por tu visita? ¿Por la visita de tus hombres? He despejado varias casas para que tuvieran intimidad, he limpiado, ¡hecho camas y la comida para varios días! Hemos matado animales, recogido hortalizas, ¡he limpiado la casa del jarl de arriba abajo! ¡He preparado tu habitación como si fueras un rey! ¡Ja! ¡Pero es obvio que no lo eres, un rey tendría modales! —Y sin más se volvió subiendo los escalones que le quedaban dejándole con la boca abierta.

Su padre carraspeó. —¿Más hidromiel?

Hrafn frunció el ceño sentándose de nuevo como parte de sus hombres. —Sí que tiene los humores alterados, sí.

—Ya te lo decía yo. —El jarl gimió. —No la casaré en la vida.

—Estabas pensando en…

—No, ¿cómo iba a pensar…? —contestó Esben a toda prisa.

—¿Y eso por qué? —preguntó como si estuviera ofendido—. ¿Acaso no soy bastante para tu hija?

—No, claro que no. Quiero decir ¡sí, sí que lo eres! —Esben no sabía dónde meterse. —Eres mucho más de lo que merece.

Hrafn gruñó antes de meterse el resto de la empanada en la boca. —Pagaré por los caballos.

Esben sonrió. —¿De veras?

—Un precio justo.

—Son los mejores caballos que encontrarás jamás.

—Bien.

Brynhild desde arriba sonrió.

—Mis hombres se encargarán de capturarlos y de domarlos.

—No te arrepentirás, ya verás —dijo su tío encantado—. Pero jarl, quiero advertirte de que la niña no se morderá la lengua, no nos la mates en un arrebato.

—Yo no mato mujeres.

—Bien.

—Pero no puedo prometer que no le cortaré la lengua.

Ella jadeó y todos miraron hacia las escaleras. Thora puso la bandeja de lechal ante ellos y Hrafn sonrió de medio lado. —Veamos cómo está este manjar.

Capítulo 3

Los niños dormían a los pies de la cama de su padre y ella sentada en el colchón abrazaba a Bjorn que gemía en sueños. Le tarareó y le besó en la frente aliviada porque no la tenía caliente. Escuchó un ruido en el pasillo y miró hacia la puerta entornada. La puerta se abrió lentamente y sus ojos se encontraron con los de Hrafn, robándole el aliento. —Ven, mujer.

Sabía perfectamente lo que le estaba ordenando y se le aceleró la sangre de manera alocada, pero antes de pensarlo dos veces negó con la cabeza. Hrafn entrecerró los ojos y miró al niño y su mano vendada antes de volverse para ir hacia su habitación. Le sorprendió que supiera donde estaba porque sin dudar entró en ella y cerró la puerta. Brynhild apretó los labios. La quería en su cama, después de lo que había hecho la quería en su cama y sin disculparse. —Hombres… —dijo entre dientes antes de tumbarse en la cama con el niño. Siguió tarareándole, poco a poco se quedó dormida y soñó con él.

Se despertó sobresaltada sentándose de golpe. Confundida escuchó los gritos y el sonido de que algo ser rompía contra el techo seguido de más gritos. Sus hermanos se sentaron en sus jergones mientras Brynhild saltaba de la cama. —Bardi, que no salgan, cierra con el tablón. —Asustada fue hasta la puerta y les dijo a los niños —No os mováis de aquí.

Su hermano de trece años se levantó. —Bajaré a ayudar, seguro que Esben ya está allí.

—¡Cierra la puerta y protege a tus hermanos! —Salió de la habitación corriendo y sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho bajó los escalones para encontrarse una batalla campal en el salón. Sus ojos fueron a parar a su padre, que sentado en su mesa tranquilamente, observaba la pelea con una sonrisa bobalicona en el rostro. Atónita volvió la vista para ver como su hermano de diecisiete años se subía a una mesa y se tiraba sobre la espalda del hombre rubio que había vigilado al jarl durante la cena. Solo tuvo que girarse para que Esben cayera al suelo rodando hasta uno de los suyos y derribándole. Sintió pasos en las escaleras y se volvió de golpe. Hrafn con la espada en la mano les observaba y al ver que uno de sus hombres tiraba un guerrero sobre su cabeza sonrió.

—¿Te ríes? ¿Encima te ríes?

—Mis hombres no se hubieran enfrentado a nadie si no se hubieran sentido insultados.

—¡Me están destrozando el salón! —Se volvió furiosa y metió los dedos en la boca para silbar con fuerza, pero no le hicieron ni caso. Fuera de sí bajó los escalones y cogió una de las jarras golpeando con ella a uno de los hombres de Hrafn en la cara hasta hacerla añicos. El jarl entrecerró los ojos viendo cómo iba hacia el siguiente y se agarraba a la melena de otro de sus hombres. Roar se volvió con el puño en alto, pero al ver a su jarl en la escalera negando con la cabeza, este le miró sin entender antes de que Brynhild le pegara una patada en la entrepierna que le dobló. Hrafn hizo una mueca bajando un escalón y cuando dos pasaron ante él agarrándose de las barbas, cogió ambas cabezas para chocarlas entre sí, haciendo que perdieran el sentido antes de lanzar tal grito de guerra que todos se detuvieron para mirarle. Uno de sus hombres tenía agarrada a Brynhild por la pechera del vestido y el jarl con los ojos entrecerrados se acercó a él. —¿Qué haces?

—¿Yo?

—Suéltala —siseó.

Su hombre la soltó de inmediato antes de recibir un puñetazo que le lanzó contra la pared. Furioso se volvió hacia sus hombres. —

¿Qué hacéis? —gritó.

—Nos han ofendido, jarl.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Han dicho que nadie lanzaba el cuchillo mejor que la hija del jarl y cuando dijimos que nosotros sí, se rieron. Es una mujer, mi jarl. ¡Se rieron de nosotros!

Un cuchillo pasó tan cerca de su rostro que le afeitó la patilla y todos se volvieron hacia Brynhild. —Puede que no sepa usar una espada, pero te aseguro que el cuchillo lo uso mejor que tú —dijo con rabia—. ¿Quieres comprobarlo de nuevo?

—¡Basta, hija! ¡Era una pelea inofensiva! ¡Solo se desahogaban, nadie ha muerto!

Asombrada miró a su padre. —¿Nadie ha muerto? ¡No queda viva ni una sola silla del salón! ¡Ni una mesa!

—Mientras quede la mía —dijo su padre divertido antes de beber. De repente la mesa se hundió por el otro extremo haciéndole reír—. Parece que también habrá que arreglarla.

Impotente iba a decir algo, pero Hrafn la cogió del brazo. —Mujer, sube con tus hermanos.

—No, tengo que…

—Está borracho, en este momento todo le da igual y solo tú sufres por su manera de ser.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos, era la primera persona que entendía cómo se sentía. —Sube con tus hermanos. Es lo mejor, yo me encargo de esto.

Apretó los labios y volvió la vista hasta los hombres. Su hermano gemía en el suelo y al volverse se echó a reír tocándose el costado, lo que indicaba que estaba tan borracho como su padre. Fuera de sí fue hasta la escalera y se fue dejando a los suyos con la boca abierta.

—¿Seguro que no la quieres para ti, jarl? —dijo su tío deteniéndola en seco.

—No deberías haber dicho eso —dijo Hrafn.

Tensa se volvió mostrando sus ojos que refulgían de furia. —¿Te atreves a burlarte de mí, tío?

Este carraspeó y su padre se levantó de su silla. —Niña, sube antes de que digas algo de lo que te arrepientas.

—¿Te atreves? —gritó fuera de sí—. Desde que murió tu esposa, he procurado que no te falte de nada a ti y a tus hijos, ¿te atreves a burlarte?

Algo incómodo dijo —Es tu obligación.

—¿Mi obligación? Con catorce años tuve que encargarme de mis siete hermanos, ¿no crees que es suficiente? —Bajó un escalón. —Me he encargado de esta casa y de vosotros, ¿merezco tus burlas? ¡Eres un maldito desagradecido!

—¡Hija!

Fulminó a su padre con la mirada. —¡Y tú lo consientes!

—Te trato como la señora de la casa.

—¡No, padre, ese puesto me lo he ganado yo! ¡A ver cómo os arregláis sin mí, ya que tantas ganas tenéis de que me case!

Su padre la miró confundido. —¿Te vas a casar?

—Si algo he demostrado, es que no necesito a ningún hombre para salir adelante. —Se volvió y subió los escalones.

—Se le pasará, siempre se le pasa —dijo su padre.

Hrafn se acercó a él. —Claro que sí.

Esben hizo una mueca. —Aunque jarl, la oferta sigue en pie.

—¿Oferta? —Se acercó a su oído. —Tú no me has hecho ninguna oferta, viejo. Además, no necesito tu permiso para coger lo que ya es mío.

Esben sonrió. —Ya es hora de que se case, la echaré de menos.

—Oh, sí, la vas a echar de menos, de eso estoy seguro. Ya que la has hecho enfadar no le digas nada de momento, yo me encargaré de esto. Ni una palabra a nadie.

—Como quieras. Entiendo que desees conquistar su corazón y no intervendré.

En ese momento escucharon el llanto de un niño y la voz de Brynhild intentando consolarle. Hrafn apretó los labios antes de volverse y ordenarles a sus hombres. —Recoged todo esto. ¡Ahora! —Le hizo un gesto a Ketil y su segundo al mando fue con él hacia la puerta.

—¿Qué ocurre, mi jarl?

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido una estupidez, pero esos idiotas están tan borrachos que empezaron las burlas y ya sabes lo mal que llevan tus hombres que se burlen de ellos.

—¿Os provocaron?

—Son unos cobardes, puede que en el pasado fueran buenos guerreros, pero se han acomodado. Nos temen, se ha notado durante toda la cena, si se han atrevido a provocarnos ha sido por el alcohol. Les ordené que no mataran a nadie, siento que hayan dañado a la hija del jarl.

—No la han dañado, es más dura de lo que parece. —Caminó hasta el fiordo y se quedó mirando el agua. —Le hacen daño otras cosas.

—Te ha impresionado.

—No es de trato fácil.

Ketil sonrió. —Su tío es un imbécil.

—Tendrá tiempo a arrepentirse de sus palabras. La echarán de menos, eso seguro.

—¿Has cambiado de opinión? ¿Nos vamos mañana?

—No, no quiero que mi mujer se vaya con mal sabor de boca y enfadada con su familia. Además, no será fácil de convencer para que me acepte, eso seguro. Reuniremos esos caballos, eso nos llevará unos días. Le dará tiempo para calmarse.

—Veo que lo tienes claro, mi jarl.

Mirando las aguas del fiordo asintió. —Supe que era mía desde el mismo momento en que la vi. —Sonrió con ironía. —Ahora deberá ser ella la que acepte mi mano y por lo poco que la conozco no va a ser fácil.

—Pero si casi acaba de decir que se va a ir.

—Eso no significa que se vaya conmigo. Al parecer la he insultado.

—Fue ella la que quiso que te invitaran y por lo que me ha dicho una sirvienta, ha trabajado más que nadie para intentar que nuestra visita fuera agradable.

—Me lo imaginaba, no hay muchas hijas de jarl que trabajen en la cocina a no ser que sea una familia pobre y ellos no son pobres. Además, en la habitación había flores, supe de inmediato que había sido ella.

—Se ha ofendido cuando has dicho que nos iríamos mañana, con todo lo que se había esforzado fue una decepción. Ya tienes la mitad del camino hecho, mi jarl. No te costará conquistarla. —Ketil reprimió la risa. —La regañina que te ha echado.

—Y la puntería que tiene.

Su amigo se echó a reír. —Cierto. Esperemos que no seas tú el objeto de su puntería, mi jarl.

—Intentaré evitarlo.

Brynhild sentada en su cama con Bjorn en brazos, apretó los labios pensando qué hacer. La habían ofrecido como si fuera ganado, pensó sintiendo un nudo en la garganta. Se sentía tan traicionada cuando siempre lo había dado todo por ellos… Volvió la cabeza para mirar los rostros dormidos de sus hermanas iluminados por la luz de la vela. Si ella se iba, ¿quién les cuidaría? Bajó la vista hasta su pequeño que se quejó en sueños, lo que le había dado Arna empezaba a perder el efecto. Acarició su mejilla. Su pequeño, lo había cuidado desde la muerte de su madre siendo él un bebé.

—¿Qué ocurre?

Se sobresaltó volviendo la mirada hacia Inga, que se sentó en la cama preocupada. —¿Tiene calentura?

—De momento no, pero la tendrá.

—Acuéstate un poco, yo me encargo de él, estás agotada.

Negó con la cabeza.

—Sé que he sido una estúpida al no vigilarles, prometo no fallarte de nuevo. Has trabajado muchísimo estos días, casi no has dormido, déjamelo a mí.

Indecisa la miró a los ojos. —¿Me avisarás si empeora?

—Por supuesto, hermana.

Lo acostó entre las dos y se tumbó mirando el perfil del niño.

—Duerme—dijo Inga al otro lado.

Suspiró cerrando los ojos, pero no podía dejar de pensar en lo que habían dicho abajo. Miró a su hermana. —¿Qué pensarías si me fuera?

Inga la miró sorprendida—¿Irte a dónde?

—Si me casara y me fuera.

—Es lo normal, estás en edad casadera.

—Ya, pero vosotros…

—¿Nosotros? ¿Nosotros qué?

—¿Quién os cuidará?

—Nos cuidaremos los unos a los otros hasta el último. Las niñas se irán casando al igual que ellos… No sé, es ley de vida, ¿no? —Frunció el ceño. —¿Por qué lo preguntas? No pensarás quedarte soltera por cuidarnos, ¿no? Eso no es normal.

—Ah, ¿no?

—Querrás tener tu propia familia, tu marido.

—Sí, por supuesto.

—¿Ese jarl es fiero?

—Eso dicen.

—¿Es apuesto?

Sonrió. —Sí, mucho.

—Todo un guerrero.

—Eso parece.

—¿Le gustaría a madre?

—Sí, le gustaría mucho, siempre decía que eligiera un gran guerrero.

—¿Pues entonces a qué esperas?

—Parece que no me echarías mucho de menos —dijo divertida.

—Te echaremos muchísimo de menos, sobre todo Bjorn, pero pienso en Gilli y no te aconsejaría que siguieras su ejemplo. Esa mujer me da mucha pena.

Suspiró mirando el techo. —Y a mí. Renunció al amor de su vida por cuidar a su padre y a sus hermanos. Y después de perder su belleza todos la dejaron sola, ya fuera porque se encontraron con la muerte o porque se casaron con mujeres de fuera de aquí.

—Y ninguno le pidió que fuera a vivir con él —dijo Inga.

—Unos desagradecidos, eso es lo que son.

—No quiero que termines como ella. Deberías encandilar al nuevo jarl e irte con él. Además, sería una buena alianza para padre.

Se sonrojó ligeramente. —Él no quiere. Además, me ha ofendido al querer irse.

—¿Quiere irse?

—Sí, eso ha dicho. —Al escuchar unas voces abajo hizo una mueca. —Los nuestros están borrachos, otra vez, vamos a quedar en ridículo ante Orvansen.

—Últimamente padre bebe demasiado. Esa amante suya no sabe guiarle como hacía madre.

—Madre es imposible de sustituir. —Acarició su colgante. —¿La echas de menos?

—Sí, mucho.

Miró al niño. —Él no la ha conocido.

—Tú la has sustituido muy bien. —Inga separó los labios. —Entiendo lo que quieres decir, perderá a una madre.

—Y no solo él.

—Entiendo. Será duro que te separes de ellos. —La observó unos segundos. —Y no estás dispuesta a hacerlo.

—Cuando murió madre, me juré que haría lo que fuera para protegeros. —Acarició la mejilla del niño. —Odio que sufran.

—Puedes llevarte a los pequeños.

Parpadeó sorprendida. —¿Cómo has dicho?

—Sí, puedes llevártelos.

—El jarl no querrá, es su padre.

—Vamos, te encargas tú de ellos, ¿el qué los ve, unos breves momentos al día? Ni siquiera eso cuando está borracho. —Inga levantó la barbilla. —Yo me iré de aquí y te aconsejo que tú hagas lo mismo. Un día va a pasar algo muy malo.

—¿Qué quieres decir?

Inga apretó los labios. —Olef me lo ha dicho, hay algunos a los que no les importaría quitar a padre del medio. Protestan porque no atiende sus obligaciones y algunos de los jóvenes piensan que no debería ser el jarl.

Se sentó sorprendida. —¿Te lo ha dicho Olef?

—Sí, confía en mí y me lo cuenta todo. De hecho… —Levantó la barbilla como si se diera valor. —Nos vamos a casar. Y me da igual lo que me digas, ya tengo edad. Nos iremos al fiordo donde viven sus tíos, necesitan ayuda para mantener su casa. Si les ayudamos, en unos años tendremos nuestras propias tierras.

Sabía que estaba enamorada, pero era tan joven… Aunque eso no se lo podía decir porque otras se casaban incluso antes. —

Madre no quería que contrajeras matrimonio tan joven.

—Tengo casi dieciséis y madre ya no está, eso es evidente. Harías bien en mirar por ese jarl tan apuesto, porque no vas a tener muchas oportunidades de conocer hombres encerrada en esta casa todo el día.

—¿Has hablado con padre de lo que pretendes?

Apretó los labios. —Olef hablará con él en cuanto se vayan las visitas. Nos gustaría casarnos con su aprobación.

—Bien. ¿Le amas?

Inga sonrió ilusionada. —Muchísimo. Y él a mí.

Eso era evidente, siempre la miraba embobado. —Apruebo a Olef, es un buen chico.

—Es un hombre, en la última incursión fue muy valiente.

Hizo una mueca porque no es que hubieran vuelto con mucho, así que tendría que creerla. Suspiró mirando al techo. —Espero que os vaya muy bien.

—¿No vas a negarte? —preguntó insegura.

—No tengo derecho a decir a quién debes amar.

Inga sonrió. —Gracias.

—Me gustaría que esperaras un poco más.

—Ya estamos…

—No sé lo que dicen los jóvenes, pero a padre nadie le va a quitar el puesto, aquí estás segura.

—No seas ingenua, si no han hecho nada todavía es por ti.

Volvió la cabeza hacia ella sorprendida. —¿Por mí?

—Porque te temen a ti.

—Qué tontería.

—No es ninguna tontería, has sabido imponerte tanto que hasta podrías ser el jarl. Desde luego estás mucho más preparada que el idiota de nuestro hermano. Por Odín, si eres tú la que imparte justicia y atiende a los aldeanos. Ahora que lo pienso, si te casaras

con un gran jarl a padre no habría quien le tosiera. Nadie se atrevería con él por miedo a las represalias. ¿Ves? Sería una buena razón para casarte. Y no te preocupes por los niños, padre te los dejaría, estoy segura.

Suspiró. —Esta conversación es absurda, no voy a casarme con nadie. Empezando porque él no quiere y siguiendo porque yo tampoco.

Inga suspiró. —Seguro que no quiere porque le has gritado.

Hizo una mueca. —Puede que sí.

—Los hombres son muy tontos, si grito a Olef me mira como un corderito o se enfada muchísimo. No hay término medio.

Divertida preguntó —¿Y cuál es el término medio?

—Pues que intente razonar conmigo.

—Ah… Así que él debe ser diplomático mientras tú le gritas.

—Pues sí, en algo tendrá que esforzarse después de conseguir una mujer como yo para compartir su vida. Que menuda esposa se va a llevar.

—Cuando los dioses repartieron la modestia a ti no te dieron mucha, ¿no?

Inga se sonrojó. —No, a mí me dieron otras cosas como unos pechos abundantes.

No lo pudo evitar, se echó a reír y se tuvo que tapar la boca con la mano para que no la escucharan sus hermanas. Inga soltó una risita y se miraron a los ojos. Brynhild se emocionó. —Te voy a echar de menos cuando te vayas.

—¿A pesar de todos los problemas que te he dado? —Miró a su hermano y sus ojos se entristecieron. —No quería que se hiciera daño.

—Lo sé. Él también hizo mal, no es un bebé como para saber que no debía haber intentado quitarle el pez a su amigo.

—¿Crees que podrá coger la espada?

—Por supuesto que sí y será un gran guerrero. Como si tengo que atársela a la muñeca para que pueda sujetarla bien, pero será un gran guerrero.

—Si tú te empeñas en ello, lo será.

Capítulo 4

Al alba el niño empezó a tener fiebre y Arna le dio más cantidad de uno de sus remedios para intentar controlarla, pero a media mañana el niño ya sudaba con fuerza. Muerta de miedo por él no se separaba de su cama y le pasaba paños fríos por la frente mientras los niños eran atendidos por Inga y las mujeres. El jarl a la cabecera de su mesa ya arreglada, comía casi en silencio mientras su invitado hablaba con uno de sus hombres sobre las ovejas que se llevaría.

Hrafn miró hacia la escalera y apretó los labios antes de decir —Jarl, ¿tu hija ha decidido no unirse a nosotros hasta que nos vayamos?

—No, su hermano está enfermo. Ayer antes de vuestra llegada, perdió dos dedos de la mano y tiene una calentura muy fuerte.

—Lo siento, jarl.

—Nunca he perdido un hijo —dijo preocupado—. Ni siquiera han estado enfermos antes. Siempre han sido niños sanos como robles y un accidente, un maldito accidente me lo va a quitar.

—Yo perdí a mi gemelo al caerse del caballo cuando tenía siete años, es duro, entiendo tu miedo, pero los dioses serán magnánimos con él, jarl, ya verás. No desesperes.

Esben bebió de su jarra y por como hablaba no era la primera que bebía. Hrafn cogió un pedazo de queso. —Sé que tienes entretenimientos para nosotros durante nuestra estancia, pero dadas las circunstancias no deberíamos alejarnos demasiado por si tu hijo te necesita, jarl.

—Es muy amable por tu parte, Hrafn, pero aunque yo no vaya podéis…

—No es necesario, nos entretendremos aquí mismo, eso no es problema. Durante mi aseo en el fiordo esta mañana, me he fijado en que tu establo necesita unos arreglos. Ese tipo de trabajos son la especialidad de mis hombres, estarán encantados de hacerlo.

—No es necesario —dijo abrumado.

—No es ninguna molestia. Además, así no gandulean por aquí.

—Pero ya han arreglado las mesas y las sillas.

—Lo harán —dijo con firmeza acostumbrado a no dar explicaciones—. Así tendrán alguna tarea mientras mi segundo al mando trae los caballos.

—Bien, como queráis, mis hombres os ayudarán, por supuesto.

En ese momento un ruido en la escalera les hizo mirar hacia allí. La vieja curandera bajaba los escalones y su rostro decía a las claras que algo no iba bien.

El jarl se levantó y la mujer se acercó. —¿Cómo está mi hijo, vieja?

—No muy bien, mi jarl. La calentura ha empeorado muy rápidamente y parece que mis remedios no funcionan. Yo lo seguiré intentando, pero no tengo más hierbas que probar.

Hrafn se levantó. —Si me permites, jarl, puedo enviar a alguien a la aldea de los Ulfsen, su esposa es muy buena sanadora y solo tardarán un día en ir y volver.

—Sí, por favor, yo no les conozco, pero si son amigos tuyos…

—Buenos amigos. —Le hizo un gesto al hombre que estaba de guardia en la entrada y este se acercó de inmediato. —Vete con tres de los nuestros y dales mi recado.

—Sí, mi jarl.

Arna suspiró aliviada. —Gracias jarl, el pobrecito lo necesita.

—No es nada, en lo que pueda ayudar podéis contar conmigo. Iré a hablar con el resto de mis hombres.

Los dos le observaron mientras se alejaba. Arna sonrió. —Es tal y como me lo imaginaba.

—A mí me ha sorprendido mucho.

Escucharon pasos y se volvieron para ver que Brynhild bajaba con el niño en brazos. —Pero hija, ¿qué haces?

Sin hablar salió de la casa y fue hasta el abrevadero. Varios se volvieron para ver como metía al niño con cuidado dentro del agua y apoyaba su cabeza en el borde antes de pasar su mano mojada por sus mejillas sonrojadas para bajarle la temperatura. Hrafn al lado de su barco vio como reprimía las lágrimas mientras le susurraba algo a su hermano.

—Encárgate de ello.

—Sí, jarl.

Caminó por el embarcadero y se dirigió a ella que no dejaba de mojarle. —Claro que sí, sabía que esto te sentaría bien —dijo aliviada—. En nada de tiempo estarás de nuevo jugando a deshacerme la trenza, ya verás.

Su sombra hizo que le mirara y sin decir nada le ignoró para seguir atendiendo a su hermano.

—¿Por qué no le has metido en el fiordo? El agua estará más fresca.

—Tampoco quiero abusar. —Le miró de soslayo. —Además, nosotros no nos metemos en el agua.

—Si no sabes nadar alguien podría ayudarte. Además, no hace falta meterse demasiado.

—No nos metemos en el agua del fiordo.

Hrafn entrecerró los ojos. —¿Por qué?

Apretó los labios. —Porque es agua de mar y nos hace daño en la piel, nos salen ronchas. —Metió las manos en el agua para levantar al niño y se lo pegó al pecho sin importarle si se mojaba.

La siguió con la mirada y una niña se acercó con una muñeca en brazos. —Solo le salen a ella, a nosotros no.

Se agachó ante ella. —¿No me digas?

—Sí, me lo dijo Inga. Brynhild nunca se mete en el fiordo. Es como madre y por eso le pasa.

—¿Cómo tu madre?

—Tampoco se metía en el agua. No quería. Lo dijo Inga.

—¿Y dónde está Inga ahora?

La niña se volvió y señaló a una hermosa joven morena que sentada en los escalones de una de las casas, hablaba con otra muchacha sin dejar de mirarle fijamente. Fue hasta ella y le hizo gracia que no le intimidara su presencia, ni siquiera se levantó por respeto a su rango. —¿Eres Inga?

—Me ha señalado mi hermana, así que debo ser yo.

Él miró a la otra chica que ya de pie no sabía qué hacer. Le hizo un gesto con la cabeza para que les dejara solos y se alejó de inmediato. Inga levantó una ceja exactamente como haría su hermana, le cayó en gracia. —¿Cómo está tu hermano?

Inga apretó los labios. —Mi hermano se muere, por mi culpa.

—¿Por qué iba a ser culpa tuya?

—Tenía que vigilarle y… —Agachó la mirada demostrando lo culpable que se sentía.

—No somos dioses, a veces ocurren cosas. Si muere es porque los dioses han decidido que debe ser así. Y si vive… Si vive recuerda agradecérselo porque han sido magnánimos.

—¿Crees que me están dando una lección?

—Puede, solo Odín lo sabe.

Se quedaron en silencio. Inga le miró. —¿Qué buscas, jarl?

—Eres lista, dímelo tú.

Inga se puso en pie. —Tú no has venido a darme consejos y te preocupa muy poco si mi hermano se muere o no, lo que quieres saber es cómo está mi hermana, esa que no puede ni verte.

Él jarl carraspeó. —¿Ni verme?

—La has despreciado ante todos, no te perdonará.

—No la he despreciado.

—Claro que sí, te ibas a ir, me lo han dicho.

—¿Te lo ha dicho tu amiga?

—Sí, yo estaba castigada, pero Yrsa acudió a la cena y vio cómo se puso mi hermana, la ofendiste. Y mi hermana es muy orgullosa.

—¿Lo es?

—Mucho. —De repente Inga sonrió. —Ya entiendo, te has dado cuenta de que como ella no hay otra y ahora intentas que te perdone. Pues aunque lo consiguieras, tienes otras cosas en contra.

—¿Como cuáles?

—Yo y seis más como yo.

—Sus hermanos.

—Es la única madre que recuerdan la mitad de los nuestros, ¿crees que los dejaría por ti? —Soltó una risita. —Además aquí es la jefa, nadie le chista, hace y deshace lo que le da la gana, ¿por qué se iba a atar a un hombre que se la llevaría lejos y al que siempre tendría que hacerle caso?

Él gruñó volviéndose y se alejó hacia el establo para gritarle a sus hombres que eran unos inútiles y que el arreglo ya tendría que estar terminado cuando acababan de empezar.

Inga corrió hacia la casa y pasó ante su padre que hablaba con Arna, pero ella ni les vio siquiera. Subió las escaleras como una exhalación y entró en la habitación que compartía con sus hermanas. Brynhild sentada en la cama al lado de su hermano se sobresaltó. —¿Qué ocurre?

—Está interesado en ti…

La miró sin entender. —¿De quién hablas?

—Del jarl Orvansen, ha venido a hablar conmigo porque en realidad quería que le hablara de ti. Yo al principio no me di cuenta

porque preguntó por Bjorn, pero después… —Su hermana había perdido todo el interés en lo que le decía porque estaba de nuevo centrada en su hermano. —¿Quieres escucharme?

—Preguntó por Bjorn.

—Quiere casarse contigo, Brynhild.

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—Prácticamente me lo ha dicho.

Separó los labios de la impresión. —No, tienes que estar equivocada, iba a irse.

—Pero se ha quedado. —Soltó una risita. —Y apuesto a que se ha quedado por ti. Además, ha hecho que alguien vaya a buscar a una mujer que sana y los hombres que no han ido a por caballos están arreglando el tejado del establo, como tú querías desde hace un año.

—¿Lo están arreglando? Antes no me di cuenta.

—Pues sí, y no tenía por qué hacerlo.

—Es muy amable, ¿crees que esa mujer podrá ayudar a nuestro hermano?

—Espero que sí. Según me ha dicho Yrsa no viven demasiado lejos, a un día de distancia. —Miró a Bjorn. —Ya no tiene el rostro tan rojo.

—El baño le ha venido bien.

Inga sonrió. —Me alegro. ¿Qué vas a hacer?

Se sonrojó. —¿Hacer? Nada.

—Quiere llevarte con él.

Negó con la cabeza. —Ahora no puedo pensar en eso.

Su hermana asintió. —Tenías razón, es muy apuesto.

Se sonrojó, pero su hermano se quejó en sueños y ya se le olvidó todo excepto él. Inga apretó los labios y salió de la habitación. No, su hermana no se iría a ningún sitio.

En la cena Hrafn estaba tenso y sus hombres que le conocían bien lo sabían de sobra, por lo que estaban en guardia esperando acontecimientos. El jarl Esben estaba borracho de nuevo al igual que su hermano y aunque decían que estaban preocupados por el niño, por sus risas no es que parecieran muy afectados. Recordaba el estado en el que se encontraban sus padres cuando murió su gemelo y no tenía punto de comparación, lo que le asqueaba, no podía negarlo. Si pensara que el niño estaba mejor podría entenderlo, pero las noticias no eran muy halagüeñas, de hecho, eran pésimas. Arna les había informado poco antes de la cena, que las fiebres habían provocado que el niño respirara cada vez peor.

—¡Brindemos por el jarl Orvansen! —gritó Eigil levantando su jarra de plata—. ¡Y por los hermosos ejemplares que han traído sus hombres!

Sus hombres gritaron levantando sus bebidas y Hrafn miró a su mano derecha con expresión seria. Ketil se levantó de inmediato y se acercó a su jarl a toda prisa agachándose junto a él. —En cuanto llegue el barco prepara a los hombres, nos vamos.

—¿Y tu esposa, jarl?

—No atenderá a razones. Con la muerte de su hermano no claudicará, querrá proteger al resto de sus hermanos y se negará a venir conmigo.

—¿Y si nos la llevamos?

Volvió la vista hacia él y entrecerró los ojos. —No puedo hacerle eso.

—Jarl piénsatelo bien.

—¿Ocurre algo? —preguntó Esben.

En ese momento Brynhild bajó varios escalones con su rostro lleno de lágrimas y Hrafn se puso en pie porque estaba rota de dolor. El jarl perdió la sonrisa poco a poco y vio como su hija atravesaba el salón con la mirada perdida, abría la puerta y salía de la casa. Su grito de dolor les estremeció el alma. Hrafn salió de la casa a toda prisa mientras el jarl descompuesto se dejaba caer en su

silla. Se la encontró en el embarcadero, había caído de rodillas y lloraba tapándose el rostro con las manos. Los tacones de sus botas resonaron sobre la madera del suelo, pero ella no lo escuchó sumida en su desgarrado dolor. Nadie había salido a consolarla cuando había perdido a un hijo. Miró hacia la casa sin saber muy bien qué hacer y gruñó molesto antes de agacharse y cogerla en brazos. Sorprendida le miró a los ojos y algo en ella se estremeció de miedo por todo lo que decía esa mirada. La consideraba suya. Asustada gritó —¡No!

Él entrecerró los ojos. —¿No qué, mujer?

Entrando en pánico le golpeó con los puños para que la soltara. —Estate quieta. ¿Has perdido la cabeza? —Se le revolvió tanto que se le resbaló de los brazos y cayó al fiordo. —¡Rayos! —Miró hacia el agua y se dio cuenta de que no salía. —¡Mujer! —Asustado por si se ahogaba se iba a tirar cuando la luz de la luna le mostró su silueta bajo el agua. Su piel brillaba y cuando salió a la superficie mostró que su rostro estaba lleno de escamas plateadas. Dio un paso atrás de la impresión sin salir de su asombro. Brynhild asustada le miró con sus hermosos ojos como platos antes de hundirse a toda prisa en el agua y desaparecer.

Hrafn parpadeó antes de pegarse un tortazo en la cara. Se acercó al borde y miró el agua que ahora estaba en calma. —No puede ser, el hidromiel te ha afectado. —Levantó la vista hacia el cielo estrellado. —Por todos los dioses, no puede ser.

Brynhild entró en la casa casi al amanecer y Hrafn estaba sentado a la mesa. Juró por lo bajo porque esperaba que no hubiera nadie que la viera entrar. Como si nada fue hacia la escalera.

—Ya le han quemado.

Se detuvo en seco y apretó los labios reprimiendo su dolor porque por su culpa no había podido despedirse de su hermano.

—Tu padre no quiso esperar y ni preguntó dónde estabas. De hecho, solo lo preguntó Inga. ¿Sueles desaparecer? No parecían

darle importancia. Por cierto, ¿qué tal te ha sentado el baño?

Era evidente que no iba a dejarlo. —Pues muy mal, porque el agua me hace daño.

—Oh sí, ya he visto el daño que te ha hecho.

—¿Cómo te atreves a burlarte de mis ronchas?

—¿Ronchas? —Rio por lo bajo. —¿Ahora se llaman así a las escamas?

Frunció el ceño. —¿De qué hablas? ¿Cuánto has bebido? Mira, no tengo el cuerpo para escuchar tonterías. —Se volvió de nuevo.

—Eres hija de un dios, ¿no es cierto?

Se detuvo de nuevo. —Deja de decir esas cosas —dijo entre dientes.

—No, tu madre tampoco se metía en el agua. Ella era la hija de un dios. Déjame adivinar… Njord es el dios de los mares, tienes un abuelo de lo más influyente.

—Cállate —siseó furiosa.

—Dime, ¿para qué sirve el don que te ha otorgado? Njord es un dios generoso con quien le es fiel, así que con su nieta tuvo que ser de lo más espléndido.

—No dices más que tonterías. Me voy a la cama.

—¿Por qué tus hermanos no han heredado tu… don?

—Deja a mis hermanos en paz. —Entonces vio en sus ojos que no iba a darse por vencido. —Ni se te ocurra continuar con esto.

—No son tus hermanos, ¿no es cierto?

—¡Cállate, eso no es así!

—¿Y cómo es, preciosa? —Se levantó. —¿Por qué tú eres de esta manera y ellos no?

Sonrió con desprecio por su interés. —Si crees que vas a sacar algo de esto, estás muy equivocado.

—¿Sacar algo de esto? Oh, sí, pienso sacar mucho de esto. —Se acercó. —Habla de una vez.

Apretó los labios. —Siempre pasa a la primogénita.

—¿Y no al varón?

—Desde hace generaciones nunca es varón.

—¿Generaciones? —Apretó los labios asintiendo. —Bueno, no puedo decir que me esperara algo así, pero ya está decidido.

Sin comprender preguntó —¿Qué está decidido?

—Mi barco ha llegado, desgraciadamente no a tiempo, pero ya no tiene remedio. Recoge lo que quieras llevarte, nos vamos.

—¿Qué?

—Eres mi esposa, nos vamos a casa.

Perdió el color de la cara. —¿Soy tu qué?

—Tu padre está de acuerdo.

Dio un paso atrás subiendo un escalón. —Yo no me voy a ningún sitio.

—Está decidido. Por las buenas o por las malas vendrás conmigo.

Sus ojos refulgieron de furia brillando tanto que parecían esmeraldas. —Ni te atrevas a intentar imponerte sobre mí.

—¿Odín me lanzará un rayo?

—¿Crees que solo soy descendiente de Njord? —Bajó un escalón mientras las puertas de la casa se abrían y el viento inundaba el salón. —Creo que no recuerdas quienes eran sus hijos.

Hrafn separó los labios de la impresión. —Frey y Freya. Freya, también llamada Mardöll significa brillo de mar.

—Muy apropiado. ¿Crees que la sangre de la sangre de Freya permitiría que alguien ejerciera algún poder sobre uno de sus descendientes? Yo no. —Separó las manos y estas brillaron. —Puede que no tenga los mismos poderes que ella pues soy mortal, pero lo que sí tengo es…

Una tromba de agua entró por la puerta y se lo llevó por delante golpeándolo contra el muro de piedra. El agua regresó a la puerta para volver al fiordo sin dejar una sola gota y Brynhild se

acercó a su cuerpo tirado en el suelo. Hrafn gimió tocándose el costado y se giró para fulminarla con la mirada. —Mujer…

—Déjalo estar, guerrero. Olvídate que me has visto siquiera. —Se volvió, pero él barrió el suelo con la pierna haciéndole la zancadilla y cayó al suelo de morros. Antes de darse cuenta lo tenía encima. Furiosa intentó volverse para pegarle, pero él apoyó su rodilla sobre su trasero para impedir que se moviera mientras sujetaba sus muñecas con ambas manos. —¡Suéltame!

—Tú has empezado esto. —Se agachó para susurrar a su oído —Freya es la diosa de la fertilidad, la riqueza y el amor. Seremos muy felices juntos.

Se sonrojó. —Quítate de encima. También es la diosa de la muerte, no lo olvides.

—No me matarás. —Besó el lóbulo de su oreja y Brynhild sorprendida por lo que sintió abrió los ojos como platos. —Ya podrías haberlo hecho, ¿no es cierto? Con ese agua podrías haberme arrastrado hasta el fiordo y nunca más me encontrarían. Y no lo has hecho por lo mismo que yo voy a llevarte a casa conmigo, preciosa. Porque lo que sentiste al verme por primera vez te lo impide. Por eso te enfadaste al decirte que me iba, porque no querías perderme.

Con la respiración agitada respondió —No…

—Y lo hice porque me sorprendió lo que mi cuerpo sintió por ti, pero al ver tu reacción me di cuenta de que habías sentido lo mismo que yo porque es tan fuerte como el mismo martillo de Thor.

Su corazón se aceleró de manera alarmante y gimió cerrando los ojos con fuerza. —No, yo no sentí nada.

—Niégame cuanto quieras, pero ya eres mía y nada ni nadie sería ya suficiente para ti. —La volvió de golpe y se miraron a los ojos con la respiración agitada. —Siento lo que le ha ocurrido a tu hermano, pero debemos irnos y es lo que vamos a hacer.

—Los demás me necesitan.

—Tú ya has cumplido tu misión, de lo demás que se encarguen otros.

—¡No!

—¡Brynhild tu destino está conmigo! ¡A mi lado! Eres la mujer perfecta para mandar y defender a los míos cuando yo esté fuera. Te prometo que tu poder no disminuirá cuando yo esté a tu lado. Te respeto, respétame tú a mí como tu marido.

Separó los labios de la impresión porque ningún jarl le hablaría así a una mujer. Le estaba ofreciendo una vida a su lado como su igual. Cualquier otro al ver cómo era realmente saldría corriendo temiendo en algún momento la furia de los dioses por cualquier discusión, sin embargo, él la quería a su lado. No se lo podía creer. —Eres mi marido, ¿verdad?

Él sonrió de medio lado provocando que algo en su pecho se calentara de manera alarmante y se emocionó. —Padre nunca se enteró de cómo era madre realmente, se lo ocultó siempre por miedo a su reacción.

—Conmigo no tienes que ocultarte, mujer. —Tiró de ella hasta acercar sus rostros. —Entre nosotros no habrá secretos jamás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

Hrafn sonrió. —Eres mi esposa, nadie te dañará por esto, te lo juro.

—No puedo dejarlos. —Dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas y Hrafn apretó los labios por su dolor. —¿Qué será de ellos, qué será de mi padre?

—La muerte de tu hermano te ha demostrado que no puedes controlarlo todo, preciosa.

Sollozó y Hrafn la pego a él para abrazarla con fuerza. Por primera vez en su vida Brynhild se sintió completa y fue una sensación tan sorprendente, tan embriagadora que se le cortó el aliento. Se apartó ligeramente para mirarle a los ojos y se sintió tan unida a él que creyó que su corazón se le saldría del pecho. Se aferró a él asustada y gritó sentándose de golpe en su cama sudando a mares. Impresionada miró a su alrededor para ver a sus

hermanas dormidas. Sintiendo que le faltaba el aire apartó la piel y sacó las piernas.

Inga abrió los ojos y se apoyó en su codo para mirarla. —¿Estás enferma? Sudas mucho.

Aún con la respiración agitada negó con la cabeza. —He tenido un sueño.

—¿Un mal sueño? Esos nunca se cumplen. —Se volvió para seguir durmiendo mientras ella respiraba hondo intentando calmar su corazón. Al tocarse el pecho sintió la concha marina y apretó los labios cogiéndola para mirarla. Estaba helada y la apretó con fuerza. No, no podía ser, su madre le había dicho que al ser descendente de Freya podían tener premoniciones, pero a ella nunca le había ocurrido. Miró a sus hermanas y al recordar a su hermano de repente salió corriendo de la habitación. Abrió la puerta y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver al pequeño Bjorn tumbado en su cama. Se acercó a él emocionada y se agachó a su lado acariciando su manita que estaba sobre la almohada. Sonrió. Estaba bien y todavía estaba a tiempo de evitar su muerte. Se puso en pie mirando a los demás y pensó en ese hombre. Pienso sacar mucho de esto. Esa frase la estremeció y sus ojos se oscurecieron. No, no la separaría de ellos. No sabía el hechizo que había utilizado para provocar que le entregara su corazón, pero no la separaría de su familia. Dependían de ella y ningún hombre se interpondría. Puede que su corazón fuera suyo, pero su familia era lo primero.

Capítulo 5

Sentada a la mesa les decía a sus hermanos que desayunaran. La puerta se abrió y se volvió en la silla del jarl para ver que entraba Owen con una sonrisa bobalicona en la cara. Se levantó furiosa. —¿Qué te había dicho? —vociferó cogiendo el hacha y lanzándola contra la puerta.

Sus hermanos rieron porque casi le había dado. —Has perdido puntería, hermana —dijo Inga.

—No creas, no le he dado a propósito.

Una de las mujeres se acercó. —Brynhild, necesitamos carne para la cena.

Gruñó. —Los hombres no están en condiciones de salir a cazar. Mataremos unas gallinas para la mesa del jarl. Para los demás pescado. Niños, a pescar, llevaros a vuestros amigos. Inga vete con ellos y no les quites ojo, hablo en serio.

—Sí, hermana.

Se puso a recoger a toda prisa mientras los niños se levantaban y en ese momento bajó su hermano Esben que aunque se había acostado era obvio que había bebido como los demás. Cogió un pedazo de pan y queso. —Sigue así y serás un gran jarl —dijo entre dientes.

Se detuvo a su lado y la miró divertido. —Ya soy un hombre para que me des consejos que no necesito.

—Oh, sí que los necesitas. —Le agarró por una de sus trenzas y tiró de ella con saña quitándole la sonrisa de golpe. —Y te daré lo que me venga en gana, ¿me has entendido?

—Sí, hermana.

—Respeta o te arrancaré la piel a tiras. Ahora vete a pescar, ya que no habéis ido de caza. —Le dio un empujón que por poco le avienta y Esben gruñó pasándose la mano por la cabeza para masajearse. —¡Ahora!

—Ya voy. —Mientras se alejaba refunfuñó. —Será bruta.

—¿Qué has dicho?

Esben salió corriendo y gruñó volviéndose. —Menuda panda de vagos. —Recogió dos de los cuchillos y dio un respingo cuando se cortó la mano. Separó los labios de la impresión viendo la sangre y se asustó por si no podía detener el destino.

Arna le estaba vendando la mano y frunció el ceño porque estaba muy callada. —¿Ocurre algo?

—No. —La miró inquieta. —¿Por qué?

—Estás muy callada, algo raro en ti.

—Estaba pensando.

—Pareces preocupada.

—¿Crees que se puede cambiar el futuro?

—¿El futuro? Para eso tendrías que conocerlo y ningún mortal puede ver lo que ocurrirá, los dioses son caprichosos y cambian de parecer cuando les place.

—Sí… —Se miró la mano mientras le ponía un ungüento que picaba horrores. —Soy igual que mi madre… —dijo pensativa.

—¿A qué viene eso?

—A nada.

La anciana le vendó la mano. —Al parecer hoy los hombres están un poco molestos contigo.

—Sí, tanto que quieren buscarme marido.

Arna la miró sorprendida. —¿Lo sabes?

Chasqueó la lengua. —Vamos, dímelo, tú también quieres buscarme marido, crees que es la mejor solución para mis malos humores, ¿a que sí?

Pasmada asintió. —Si te digo la verdad, creo que lo necesitas.

Su hijo se acercó a ellas. —Sería una buena solución para ti.

—¡No voy a separarme de mis hermanos, así que dejad de pensar en ello! —Salió de la casa cerrando de un portazo y Arna apretó los labios.

—¿Qué piensas, madre?

—Está más inquieta que de costumbre. Está distinta, lo noté en cuanto entró —dijo preocupada abriendo la puerta para ver cómo se metía en su casa—. Hay que hacer algo.

A punto de cenar vio como su primo cogía de la bandeja del jarl un pedazo de pollo antes de sentarse. Y lo había hecho porque él odiaba el pescado. Que se hubiera levantado para ir a cazar. —¡Maldito puerco egoísta! —gritó haciendo que todos la miraran—. ¡Siéntate a la mesa antes de que pierda la paciencia!

Eigil dejó el pollo a toda prisa y cuando Brynhild se volvió vio llegar a Arna con su hijo. —Rayos…

El jarl sonrió a su curandera encantado y como preveía la invitó a sentarse a su mesa. Forzó una sonrisa. —Sí, siéntate con nosotros, amiga.

La vieja se sentó sonriendo mientras el jarl decía —Es raro en ti que te animes a cenar con nosotros. —Esben estaba muy contento. —Estaremos encantados de escuchar tus historias.

Brynhild se sentó frente a ellos pensando en cómo parar aquello, pero su amiga ya estaba diciendo que la historia no era sobre ella.

—Tengo una historia que le va a fascinar.

Su padre mordió una zanca de pollo y con la boca llena dijo —Cuéntame vieja, me entretienen mucho tus antiguas andanzas.

Ay, madre que era todo como en su sueño. Asustada miró a su niño que jugaba junto al hogar.

—No se trata de mí, jarl. Le voy a contar la historia de un gran guerrero…

Brynhild decidida y con una sonrisa de loca que no podía con ella preguntó —¿Un gran guerrero? Yo quiero escuchar como llegaste hasta aquí, me encanta esa historia.

—Pero niña, si ya la has oído mil veces.

—Una más, por favor.

—Después, hija, me interesa la historia del guerrero.

Fulminó a su padre con la mirada. —¿No hablas de guerreros todo el día?

Su padre se sonrojó. —Pues no.

—¡Pues deberías! —gritó sobresaltándole.

—Hija, ¿te encuentras bien?

—Lleva todo el día algo alterada, jarl —dijo su tío ganándose una mirada de rencor de Brynhild.

La vieja sonrió. —Esta historia te gustará, niña, te lo garantizo.

—No lo creo —dijo entre dientes cogiendo un pedazo de pollo para darle un buen mordisco con mal talante.

—Confía en mí. La historia empieza hace años. Era un gran hombre que ya apuntaba maneras cuando era un jovencito.

Bufó con la boca llena y salpicó a la vieja en la cara dándole con un pedazo de pollo en todo el ojo. La mujer después de limpiarse la miró asombrada. —Niña, casi me lo sacas.

—Uy, perdón.

Arna entrecerró los ojos. —Empezaré mi historia cuando el chico tenía doce años.

Gunnar miró a su madre de reojo y después gimió, lo que a Brynhild la hizo desconfiar de la veracidad de la historia. Uy, uy… que en el sueño la habían engañado y ella se había creído esa historia de cabo a rabo.

Arna sonrió. —Era el más valiente de los suyos, tanto que su jarl que era su padre, estaba tremendamente orgulloso de él. El mejor con la espada…

—¿Con doce años? —preguntó su jarl incrédulo antes de beber de su hidromiel.

—Si ni podría sostener la espada de un guerrero —dijo ella con mala leche.

—¡Sí que podía! —dijo la vieja empezando a molestarse. La advirtió con la mirada y Brynhild se sonrojó. —Imagínate jarl, la gente decía que algún dios había bendecido la semilla de su padre al engendrar a la hembra que le dio a luz.

—¿De veras? —preguntó Brynhild con ironía.

—Sí, niña. Sus dones eran tales, que cosechaba tantos amigos como enemigos a partes iguales, pero de quien no se esperaba ese odio era de su propio hermano mayor.

Brynhild sonrió. —Algo haría para que su hermano le odiara, los míos me adoran.

Esben sentado a su lado la miró como si tuviera dos cabezas y ella le preguntó indignada —¿O no?

—Claro que sí, beso el suelo por el que pisas.

—No te pases —dijo entre dientes.

—¿Puedo continuar? —preguntó la vieja alterándose.

—Claro que sí. Hija, no la interrumpas.

—Sí, padre.

—Pues le tenía una envidia negra como la noche que fue creciendo a medida que crecían los chicos. Su jarl no se daba cuenta de lo que ocurría entre sus hijos. Nuestro héroe quería ignorar los malos comentarios de su hermano, los golpes cuando practicaban

con la espada, la herida que hizo en su pierna aparentando un descuido. Una noche cenando como nosotros hacemos ahora en la casa del jarl, el chico se fijó en una muchacha, era bonita y reía con su familia en una mesa apartada. La chica le miró y cuando se inició un baile terminaron girando.

Gunnar la miró de reojo como si estuviera mal de la cabeza, pero ella le ignoró. Brynhild que no perdía detalle gruñó, menuda labia tenía la vieja.

—Bailaron y bailaron, la chica reía.

—¿Pero si vivía allí acaso no la conocía? —preguntó Brynhild —. Oh, déjame adivinar, era una prima lejana que había ido de visita.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has oído ya la historia?

—Pues no.

—¡Pues déjame acabar, que llega lo mejor!

—Continúa, continúa —dijo el jarl intrigado—. ¿Qué ocurrió después?

—Su hermano hirviendo de furia porque ya había puesto los ojos en ella, se levantó con la espada en la mano y atacó a nuestro chico con saña cortando su espalda de parte a parte. —Brynhild gruñó al recordar la cicatriz que la recorría. —El jarl creyendo a su hijo muerto, se levantó y desarmó a su hijo mayor que soltó una risotada antes de escupir en el rostro de su hermano. El jarl furioso hizo que le prendieran y le encerró en una celda.

—¿Qué pasó con su hijo menor? —preguntó su hermano Esben.

—Temieron por su vida durante días, pero su fuerza interior hizo que se repusiera. Cuando su padre consideró que se había recuperado, sacó a su hermano de la celda y le puso ante él. ¿Quieres matar a tu hermano? Inténtalo ahora. Los hermanos lucharon a muerte y nuestro chico demostró que era muy superior incluso después de su convalecencia. —Varias suspiraron y Brynhild

sintió algo en su interior que les hizo fulminarlas con la mirada. —Y cuando pudo traspasarle con su espada no lo hizo.

Todos expresaron su sorpresa en su rostro. Pero bueno, Brynhild espabila, que tienes a Hrafn aquí antes de lo que piensas.

—De pie ante su hermano dijo, será Odín quien marque tu destino y con un golpe brutal le cortó la mano que aún tenía la espada. Nuestro guerrero miró a su padre y dijo yo seré el jarl de tu pueblo, padre, yo seré su líder y levantando su espada gritó con una ferocidad que ese grito recorrió los mares.

—No sería para tanto, aquí su grito no llegó.

Su padre volvió la cabeza hacia ella con cara de soltar cuatro gritos. —Uy, perdón —dijo sonrojada.

Arna continuó —Su hermano como si hubiera sido maldecido por el mismísimo Odín murió días después. Su sangre ya envenenada desde hacía años, le mató con terribles sufrimientos y nuestro guerrero se convirtió en un gran hombre para su pueblo.

—Yo le hubiera matado —dijo el sobrino del jarl.

—Yo les hubiera matado a los dos —dijo Brynhild haciendo que todos la miraran como si hubiera perdido la cabeza—. ¡Los hermanos deben llevarse bien!

—¿Y si no es así? —preguntó su hermano Esben.

—Pues si no es así, más vale que hagas que sea así, hermano.

Esben se sonrojó. —Lo que digas.

Miró a la vieja. —¿Ves?

—Sí, veo muchas cosas —dijo con desconfianza.

—¿Aún vive ese guerrero, vieja? —preguntó su padre.

—Oh sí, mi jarl, aún es joven y todos los pueblos del norte le temen por su ferocidad al defender a los suyos. Le ocurre como cuando era casi un crío, unos le temen y otros le aman.

—¿Y quién es ese gran guerrero? ¿Le conozco?

—No lo sé, mi jarl. ¿Conocéis a Hrafn Orvansen?

Esben entrecerró los ojos. —Ciertamente es temible, según he oído.

—Sí que lo es si se comportó de esa manera con su propio hermano, así que cuanto más lejos mejor —dijo Brynhild ofreciéndole a su padre algo más de pollo—. Padre aliméntate, que últimamente no me comes nada.

—Sí hija, está todo muy bueno —dijo olvidándose del guerrero para coger un muslo más—. Hija, ¿después tenemos postre?

—Bollos de jalea, como a ti te gustan.

—Cómo me cuidas.

—Como te mereces, padre.

Arna con los ojos entrecerrados como si intentara resolver un problema dijo— No es tan temible como dicen. Son exageraciones, jarl. A todos los grandes hombres les pasa. —Cogió un muslo de pollo y empezó a cenar.

—¿Eso crees, vieja? Pues cuando dijeron de él que había asaltado dos barcos que llegaban de las incursiones me lo creí.

Brynhild jadeó indignada. —¿Hizo eso?

—Algo harían ellos, niña —dijo Arna con la boca llena—. Como esos que le robaron, solo defendía lo suyo.

—¿Así que le conoces, padre? —preguntó su hermano Esben ansioso—. ¿Le has visto alguna vez?

Volvió la vista hacia él con ganas de pegar cuatro gritos, pero su hermano solo estaba centrado en la respuesta de su padre. —No, en persona no le conozco. Es el tipo de hombre con el que no quieres tener problemas.

—¿Le invitamos? —preguntó él ilusionado haciendo que toda la mesa le mirara—. Nunca invitamos a nadie interesante, ¿no os morís por conocerle?

—¡No! —gritó ella levantándose—. ¡Esa era mi frase! ¡Por qué la dices tú!

Todo el salón se quedó en silencio mirándola y se puso como un tomate. —Quiero decir que más vale tener el peligro lejos, que tenemos muchas ovejas y si roba barcos es que tiene la mano muy larga.

Se volvió a sentar haciendo parpadear a su padre. —Hija, ¿estás bien?

—Sí padre, gracias. —Con la espalda tan tiesa que podría quebrársele, cogió su jarra y se la bebió del todo mientras que no había una sola persona que no estuviera atento a todos sus movimientos. Dejó la jarra sobre la mesa. —Qué sed.

—Tío, ¿podemos invitarle? —preguntó Eigil hijo.

—Es una idea buenísima —dijo la vieja.

Su tío sentado al otro lado de la mesa se levantó. —Jarl, no creo que sea buena idea, tiene muy mala fama con las mujeres y si ve a tus hermosas hijas puede encapricharse. Decirle que no puede tomarlo como una afrenta. —Y levantó una ceja señalando con la cabeza a Brynhild.

Jadeó indignada. —¿Qué insinúas, tío? ¿Que no tengo modales?

Varios empezaron a murmurar por lo bajo. Bueno, aquello era el colmo.

—Un mal gesto a ese hombre y acabaríamos en guerra —dijo su tío.

—¿No tenéis curiosidad? —preguntó su hermano.

—Oye guapo, ¿por qué no te callas? —dijo por lo bajo con ganas de estrangularle.

—¿Pero qué pasa?

—Cierra el pico, no te lo digo más —siseó antes de sonreírle a su padre—. Quizás el tío tenga razón, a ver si me da un repente y acabamos en guerra, ya sabes que soy poco tolerante con la estupidez.

—Igual tienes razón, ahora no tenemos conflictos con nadie y queremos seguir así.

Muchos asintieron dándole la razón y Brynhild sonrió encantada. —Perfecto.

—Pues es una pena que no le invites, mi jarl —dijo Arna haciéndola gruñir de nuevo—. Tengo el presentimiento de que sería una visita muy ventajosa para ti.

Su jarl se tensó. —¿Un presentimiento?

—Padre, no le hagas caso, que ya está mayor y a veces se le va la cabeza. Qué presentimiento ni qué presentimiento, se lo habrá imaginado. El otro día confundió unas hierbas y por poco la lía porque eran para hacer de vientre, esas que usas, ya sabes.

El jarl miró a la vieja asustado. —¡A ver si me matas, mujer!

—¡Pero si me di cuenta! ¡La niña está exagerando!

—Madre, es mejor que lo dejes —dijo Gunnar entre dientes.

—Antes muerta. —Dio un golpe sobre la mesa. —Mi presentimiento dice, y sabes que siempre acierto, mi jarl, que sería una visita de lo más ventajosa para nuestro pueblo.

—¿De veras? —El jarl se pasó la mano por la barba. —Ventajosa, ¿eh?

—Mi jarl, si la vieja dice eso debemos invitarle —dijo Owen—. Hay que hacer caso a los presentimientos de la curandera, siempre da en el clavo.

Brynhild se levantó. —¿Y tú qué sabrás? ¿Acaso pasas tiempo con ella para saber si se le va la cabeza?

—¡Niña! —gritó la vieja—. ¡Más respeto!

—No, si yo te respeto mucho, pero esto me huele a encerrona.

—¿Qué?

Sí, Brynhild por ahí vas bien, mira la cara que ha puesto. —¡Queréis que me case, sé que lo habéis hablado esta mañana, que no soy tonta! ¡Queréis echarme de mi hogar y habéis buscado a un salvaje que mata hermanos para libraros de mí! ¡Sois una panda de desagradecidos! —Llora Brynhild, que será más creíble. Leche, no le

salían las lágrimas. —¡Pues no me caso y como venga ese hombre, sí que vamos a entrar en guerra!

Varios con la boca abierta miraron al jarl esperando su reacción.

—Hija, no pretendemos echarte.

—Claro que sí, os molesto en vuestras fiestas, porque os digo lo que debéis hacer y mil cosas más. ¡Pues enteraros, sin mí esta casa sería un desastre!

—No voy a negar que he considerado la posibilidad de buscarte un marido, pero se me ha hecho difícil encontrar a alguien que pueda aceptarte.

Jadeó indignada. —¿Y eso por qué?

—Será por lo que acabas de decir —dijo su tío—. Y la posibilidad de que indignes tanto a tu prometido con tu lengua que acabemos todos muertos.

Chasqueó la lengua. —No me caso, poneros como queráis.

Entonces Arna sonriendo de oreja a oreja dijo —Eso no es impedimento para que él venga aquí para hacer negocios con nuestro jarl. Mi señor, os aseguro que serán tratos ventajosos para nosotros. Si ella no quiere casarse que no se case, pero habrá mucho oro para nuestro pueblo. —Retó a Brynhild con la mirada. —¿O te niegas a que la vida de los nuestros sea más prospera?

Qué lista era la vieja. —No, amiga, claro que no.

—El jarl Orvansen es muy rico —dijo uno de sus hombres—. Un año fue muy al norte a matar osos y focas, dicen que trajo tantas pieles que le hicieron muy rico. Y en sus incursiones al sur no tienen rival siempre vuelven con su barco lleno.

—Eso crea enemigos, mi jarl —dijo Arna—. Muchas malas lenguas atacando al jarl.

—Sí —dijo su padre haciendo que el corazón de Brynhild se retorciera porque por su cara estaba a punto de decir que sí, solo había que verle.

—¿Le vas a invitar, padre? —preguntó su hermano Arvid.

—Por Thor, claro que… —Miró a su hija a los ojos. —¿Prometes que si no hay relación con ese hombre con visos de matrimonio, serás cordial con él por el bien de nuestro pueblo?

Ay no, que le iba a invitar, ¡y tenerle allí iba a ser una tortura! Pero por las caras de todos cualquiera decía que no, la emparedaban fijo. —Seré cordial, siempre que él lo sea, padre.

—Que acabamos en guerra —dijo Gunnar por lo bajo.

El jarl apretó los labios. —Vieja, ¿estás segura?

—Jamás he estado tan segura de algo, mi jarl. Ese hombre cambiará nuestro futuro y nos hará ricos.

Esben asintió. —Le invitaremos.

Varios gritaron levantando los brazos.

Mientras ella gemía por dentro su padre daba un golpe en la mesa. —Veremos cómo es ese hombre. Enviaré un emisario que le diga que quiero negociar con las ovejas. Si es listo vendrá.

Sí que iría y eso era lo que temía porque ahora no sería un sueño.

Capítulo 6

Con Bjorn a su lado iba de un lado a otro de la casa. El niño no dejaba de protestar porque quería ir a jugar con sus amigos. —Ni hablar, ¿me oyes? Hoy no irás a ningún sitio sin mí.

—¿Por qué?

—¡Porque lo digo yo! —Entró en la zona del hogar donde las mujeres no paraban de trabajar para hacer una gran comida. Por ella no habría hecho nada y el jarl habría dormido en el establo, pero su padre había puesto tal cara de horror que tampoco había que exagerar, dormirían en el salón y que se las apañaran. No pensaba mover ni una cama de los niños para que estuviera más cómodo. Ah, no, en el salón estarían perfectamente, así evitaría que los suyos bebieran demás para que el jarl durmiera. Era un genio. Aunque su padre no estaba muy contento. Hasta se había ofrecido a prestarle su cama y ella le había dicho —Padre, es joven, ¿no? Pues estará acostumbrado a dormir en cualquier sitio.

—Pues tienes razón, hija. Quizás el año que viene ampliemos la casa.

—Sí, padre —había dicho sabiendo de sobra que su padre no ampliaría la casa ni muerto, demasiado trabajo. No lo había hecho con ocho hijos, lo iba a hacer ahora para las visitas.

Las mujeres la miraban de reojo como si temieran algo y harta dijo —¡No voy a provocar una guerra!

—Tú por si acaso no hables mucho —dijo Thora.

En ese momento escucharon el cuerno que anunciaba su llegada y suspiró del alivio porque su niño estaba bien. Se agachó a

su lado y dijo —Puedes ir a ver la llegada del barco, pero prométeme algo.

—Lo que sea.

—No juegues con alguien que tenga un cuchillo en la mano, júramelo por Odín.

—Lo juro.

Sonrió acariciándole la mejilla. —No seas imprudente, cielo. Una imprudencia nos puede costar la vida.

El niño asintió. —¿Puedo irme?

—Sí, ve.

Su niño salió corriendo y Brynhild fue hasta la puerta. Ni se había cambiado de vestido y su cabello estaba recogido en una trenza como siempre. No pensaba hacer ni un solo gesto que indicara bienvenida porque eso solo traería problemas. Cenaría esa noche con ellos por cortesía, no abriría la boca y al día siguiente se irían porque él lo diría en la cena. Sonrió. Solo es una noche, una sola noche y se iría de su vida para siempre. Su corazón se retorció en su pecho quitándole la sonrisa de la cara poco a poco. Vio como su niño corría hacia el embarcadero como los demás y apretó los labios. Inga se puso a su lado con su mejor vestido. —¿No te cambias? Querrás mostrarte hermosa...

—¿Para qué?

Su hermana parpadeó. —Pues para hacer sentir orgulloso a padre. Con ese vestido de faena pareces una sirvienta.

—Padre ya está orgulloso de mí, no necesito un vestido para eso.

—No me has entendido… —Su hermana se había metido en la casa de nuevo e Inga puso los ojos en blanco. —¿Pero qué mosca le ha picado? —Escuchó un silbido y volvió la cara para ver a Olef esperándola tras una de las casas. Sonrió y corrió hacia él sujetando sus faldas, olvidándose de Brynhild y de su inquietud para abrazar a su enamorado sin que la viera nadie. Pero sí que la vio alguien, su

primo Eigil presenció como se besaban y apretó los puños con rabia antes de ir hacia el embarcadero.

Escuchó perfectamente cuando llegaba el barco y sin poder evitarlo fue hacia la puerta con las demás para ver llegar la enorme embarcación que en la proa tenía una cabeza de dragón. Era el barco más grande que había visto nunca y no pudo evitar sentir orgullo por lo lejos que había llegado. Su corazón se aceleró cuando vio que caminaba hasta una de las sogas y se agarraba a ella mirando fijamente a su gente. Por mucho que lo había intentado allí estaba. Arna se puso a su lado. —No puedes luchar contra el destino.

—La has fastidiado bien —dijo entre dientes—. Pensaba que me querías.

—Te quiero como a una hija, pero eso no me impide renunciar a ti para que sigas tu camino. Es lo que debes hacer tú con tus hermanos, niña. O enfadarás a los dioses.

Se le cortó el aliento viendo cómo se alejaba hacia el embarcadero. Gunnar se unió a ella y la cogió del brazo haciendo que la gente se apartara a su paso como la persona importante que era en su pueblo. Miró hacia el cielo preguntándose si lo que decía la vieja era cierto, ¿enfadaría a los dioses? —Freya, tengo tu sangre, ayúdame.

Un rayo recorrió el cielo y todos miraron hacia arriba dejando de gritar. Gimió por dentro. —¿Eso es bueno o malo? Dame una pista, que no te entiendo.

Un rayo cayó en el barco incendiando una vela y haciendo saltar a sus ocupantes al fiordo. Brynhild hizo una mueca. Ahora tendrían que quedarse hasta que lo arreglaran. Miró hacia arriba. —¡Muchas gracias! ¡Está claro que no me vas a poner las cosas fáciles! ¡Pues que sepas que yo no voy a claudicar fácilmente!

Thora que estaba tras ella la miraba con los ojos como platos y cuando Brynhild se volvió se puso como un tomate. —¿Qué haces ahí parada? —le espetó.

—¿Hay tormenta? Tengo la ropa secando en el prado.

—Tranquila, que ya ha parado. ¡Y me ha fastidiado la vida! —gritó antes de ir hacia el hogar.

—Acabamos en guerra, acabamos en guerra —dijo Thora muerta de miedo sacando la cabeza de la casa. Al ver el fuego en el mástil del barco y como varios hombres intentaban apagarlo gimió —. Nos van a matar a todos.

Por supuesto los hombres tardaron en entrar y cuando al fin lo hicieron, la mitad estaban tiznados, la otra mitad empapados y los suyos atemorizados por la reacción del jarl a ese mal augurio. Esben intentaba sonreír al lado de Hrafn, que tenía una expresión feroz en el rostro que le provocó un estremecimiento en el vientre que la hizo gemir de gusto. Incluso con la cara tiznada estaba hermoso. Céntrate, Brynhild, que quieres deshacerte de él. Se acercó con una bandeja de jarras y su padre sonrió. —Oh, aquí está mi hija mayor, jarl. Brynhild, te presento al jarl Orvansen.

—Padre deja que se siente, estará agotado del viaje. ¿Qué ha pasado? Tiene muy mal aspecto.

—Hija, ¿no te has enterado? Le ha caído un rayo al barco.

Parpadeó mirando a Hrafn. —Oh, cualquiera diría que es un mal augurio. Yo que usted me iría enseguida.

Hrafn mirándola fijamente con los ojos entrecerrados cogió una jarra. —Otra vez que me ocurrió, conseguí el mayor tesoro que he tenido jamás. Yo no lo considero un mal augurio sino todo lo contrario.

—¿No me diga?

Su padre sonrió encantado. —Qué buena noticia, jarl, eso significa que tendremos negocios muy provechosos juntos.

Sin quitarle ojo a Brynhild asintió. —Eso parece.

Caminó hasta la mesa y ella alargó el pie haciéndole la zancadilla, tropezó con su padre y ambos cayeron sobre la mesa tirando una de las bandejas de cordero. —¡A ver si tiene más cuidado, jarl! ¡Esa es una carne de primera! —Le entregó la bandeja al primero que pilló y rodeó la mesa para ver el cordero en el suelo. —¡Pues es lo que va a comer! —Se agachó cogiéndolo con las manos para tirarlo de nuevo en la bandeja y lo puso sobre la mesa. —Lo que no mata engorda, ¿verdad, padre?

Esben no sabía dónde meterse de la vergüenza. —Hija trae otra bandeja.

—Tranquilo jarl, no me molesta. Además, huele estupendamente —dijo entre dientes sentándose en la silla al lado de la del jarl antes de coger un pedazo y metérselo en la boca. —He comido cosas mucho peores, te lo aseguro —dijo sin quitarle ojo a Brynhild que no se cortaba en mostrar que no le gustaba un pelo.

Thora pasó a su lado susurrando —Odín, te suplico que nos ayudes.

Se volvió de golpe y siseó —Te he oído.

—Por favor, por favor…

—¿No te sientas con nosotros, Brynhild? —preguntó Hrafn.

Lo pensó seriamente. ¿Debía mantenerse alejada o estar a su lado y hacer que la odiara? Qué dilema. —Hija, siéntate —dijo su padre mirándola como si quisiera estrangularla.

—Tú mandas. —Se sentó a su lado quedando frente a Hrafn. —¿Y cuándo se van?

—Hija, acaban de llegar, se quedarán unos días.

—No lo creo, padre, es un jarl muy ocupado y tiene que ir a buscar caballos —dijo antes de darse cuenta.

Hrafn parpadeó. —¿Y cómo sabes eso?

Gimió por dentro porque había metido la pata hasta el sobaco. Hazte la tonta, hazte la tonta. —¿Qué?

—Que necesitamos caballos, ¿cómo lo sabes?

—Eso es evidente —dijo sonrojada.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque ahora que no tenéis barco necesitáis caballos.

Varios en la mesa rieron como si fuera tonta y el jarl Orvansen entrecerró los ojos. —Entiendo.

No, no entendía nada, pero no hacía falta, con que se largara ella contenta. Gimió por dentro, qué ojos… Al menos soñaría con ellos y su manera de mirarla.

—Arreglaremos el barco y eso nos llevará unos días.

—Claro que sí, todo lo que necesites se te dará —dijo su padre—. Te ayudaremos en todo, pero si en verdad necesitas caballos tengo los mejores de toda Escandinavia detrás de esas montañas.

—Pues sí que los necesito, sí —dijo sin dejar de observarla.

—Padre, que te los pague, que pueden estar en la montaña, pero son tuyos.

Esben la miró como si estuviera loca. —No hace falta —dijo entre dientes—. Son caballos salvajes.

—Pero están en tus tierras, si paga por las ovejas que pague por los caballos.

—Si son lo que quiero, pagaré.

—Perfecto —dijo como si estuviera encantada—. ¿Es cierto que tus hombres y tu robasteis dos barcos que llegaban del sur cargados de riquezas?

Thora jadeó antes de poner los ojos en blanco y caer desmayada justo tras ella. Asombrada miró hacia atrás. —¡Ay, que te has descalabrado! —Se levantó a toda prisa y le dio palmaditas en la mejilla. —¡Qué alguien llame a Arna, que tiene pinta de que va a saludar a Odín!

Hrafn se levantó cogiendo la jarra que tenía al lado y rodeó a su padre para colocarse sobre ella. —Ha debido ser la impresión por

tu insulto.

Tiró el hidromiel sobre la cara de Thora que se despertó de golpe con cara de susto. —¡Esto es la guerra!

Varios rieron, pero otros tenían la misma cara de susto que Thora, sobre todo por las caras de pocos amigos de los hombres de Hrafn.

—Hija, ¿por qué no acompañas a Thora hasta su casa y te quedas con ella un ratito? —dijo su padre entre dientes.

—Puede acompañarla otra de las mujeres, tu hija no ha terminado de insultarme —dijo con ironía—. No querrás que se vaya disgustada a la cama.

—¿Insultarte? Yo no te he insultado, es lo que se dice de ti, ¿o no es cierto?

—Pues no lo sé, porque nadie se ha atrevido a decírmelo a la cara nunca.

—Pues tranquilo, que yo te lo cuento. Dicen…

—¡Hija! ¡A la cama!

—No padre, tu invitado no quiere que me vaya a la cama.

Hrafn levantó una ceja, parecía divertido, hasta sonreía. ¡No! ¡Aquello no estaba saliendo nada bien! Pues si le insultaba más puede que sí acabaran en guerra. Gimió incorporándose mientras las mujeres ayudaban a Thora. Él se había sentado de nuevo y una de las mujeres volvía a llenar su jarra. Se sentó ante él. —Así que no los robaste.

—No sé a qué barcos te refieres, yo hago mis propias incursiones y nos va muy bien. No necesito robar a los nuestros.

—Claro que sí —dijo el jarl—. Un hombre como tú no necesita hacer esas cosas. Tengo entendido que vas al norte a cazar focas.

—Pobres focas —dijo ella por lo bajo.

—Su carne es muy sabrosa y la piel la mejor para confeccionar botas. Además, el marfil de las morsas se paga muy bien.

—Vaya, lo aprovechas todo —dijo ella con ironía.

—No suelo desaprovechar nada y por como has recogido la cena del suelo es evidente que tú tampoco.

Se puso como un tomate, pero aun así levantó la barbilla. —Pues no, yo no desaprovecho nada.

—Entonces cena. —Mordió un pedazo de cordero y miró a su padre. —Mañana veré esas ovejas.

¿Le había ordenado que cenara? ¿Quién se creía que era? Gruñendo cogió un pedazo de cordero pinchándolo con su cuchillo y entonces Ragna, una de las muchachas más jóvenes, pasó tras Hrafn con una jarra de hidromiel y se pegó a él de manera descarada para servirle de nuevo. Cuando terminó de echar su bebida le sonrió de oreja a oreja. —¿Le parece bien así, jarl?

—Sí, preciosa.

¿Preciosa? La sangre de Brynhild empezó a fluir con fuerza. ¿Preciosa? ¿Pero quién se creía que era? Era suyo y esa se le restregaba de manera indecente. Uy, uy… que empezaba a verlo todo rojo. Apretó el cuchillo en su mano y al seguirla con la mirada vio como sonreía como si el jarl fuera a compartir su cama esa noche. El cuchillo salió volando, clavando su trenza rubia en la pared que tenía detrás. Ragna chilló y al tirar de su larga trenza parte de ella cayó al suelo. Atónita la miró y Brynhild se encogió de hombros. —Se me ha escapado, pero podría haber sido peor, ¿no crees?

Ragna chilló antes de salir corriendo del salón. Hrafn estaba pasmado mirando la puerta cerrada. Giró su rostro hacia ella que mordió el cordero con satisfacción. —Tienes muy buena puntería.

—Es que me dolía el brazo y lo estiré, no ha sido a propósito.

—Pues no me quiero imaginar cuando lo hagas a propósito.

—Mi hija tiene una puntería excelente —dijo orgulloso—. Mejor que cualquier hombre de por aquí.

—¿No me digas, jarl? —preguntó mirándola con desconfianza —. Quizás deberíamos hacer una competición. —Los hombres gritaron levantando sus jarras. —Para entretenernos un poco.

Sonrió maliciosa. —¿Y quién competirá contra mí? Y lo más importante, ¿qué voy a ganar?

Los suyos rieron.

Dejó sobre la mesa una saca de piel y su padre la cogió a toda prisa para abrirla dejando caer su contenido sobre la mesa. Eran muchas monedas de oro. Hrafn sonrió. —¿Qué ganaré yo?

—Padre…

—Las ovejas.

La gente murmuró. Hrafn hizo una mueca. —No quiero que tu hija piense que me aprovecho de ti, jarl.

Esben levantó una ceja. —No te vas a aprovechar, te lo aseguro. Casi me das pena porque mi hija tiene muy buena puntería.

—Estoy deseando verlo. —Se levantó haciendo gritar a sus hombres y se agachó para coger de su bota una daga de oro para tendérsela. —¿Te parece bien esta?

Se la cogió de la mano y algo en su interior se estremeció al tocarle, pero disimuló poniéndose en pie. —Me parece bien.

Los hombres se levantaron y apartaron unas mesas. —Yo he elegido el arma, elige tú el objetivo.

Ella miró a su alrededor. Inga levantó una mora y se acercó a la pared de madera. la apretó contra la pared dejando una mancha roja minúscula. Todos gritaron levantando sus armas. Había como veinte pasos hasta la mancha, pero ella no le dio importancia. —¿Listo?

—Después de ti.

—Hija, no me dejes mal —dijo su padre divertido.

—Antes muerta, padre. —Lanzó la daga al aire para cogerla por el filo y tiró casi sin mirar dando justo en el centro de la mancha.

Los suyos gritaron levantando los brazos y ella sonrió. —¿Crees que podrás superarlo?

—Al menos lo intentaré —dijo divertido—. Estoy realmente impresionado.

Su padre hinchó el pecho orgulloso. —No hay otra mejor.

—Empiezo a creer que tienes razón, amigo. —Cogió su cuchillo de la mano de su amigo Ketil. —Creo que acabo de perder una fortuna. —Tiró el cuchillo clavándolo justo encima de su marca. —O no.

Esben se rascó la cabeza. —Pues aquí no hay más sitio.

—No hace falta salir, padre. —Levantó una ceja. —¿Puedes hacerlo con los ojos cerrados?

—¿Qué?

Sonrió maliciosa. —¿Acaso no puedes?

—Eso es imposible.

Todos gritaron animándola y su hermana llegó con una venda que le puso sobre los ojos. Le hizo un nudo antes de alejarse. Los hombres Orvansen se apartaron haciendo reír a los demás. —Tienen mucha confianza en ti —dijo Hrafn a su lado estremeciéndola por dentro porque hasta sintió su aliento en su piel—. Veamos qué es lo que puedes hacer para no defraudarles.

Respiró hondo sintiendo como se alejaba, pero Bjorn gritó —¡Eres la mejor, hermana!

Apretó los labios antes de tirar el cuchillo. No tuvo que ver el resultado porque sus hombres se pusieron como locos. Se quitó la venda y Hrafn miraba el cuchillo en la pared como si no pudiera creérselo.

—Padre recoge las ganancias.

—Un momento, aún no lo he intentado. —Hrafn alargó la mano hacia Ketil que le dio la daga.

—Ah, que piensas hacerlo, pues no mates a nadie, ¿quieres?

—Intentaré no hacerlo. —Inga le puso la venda sobre los ojos y apretó con fuerza. Hrafn rio. —Se nota de qué lado está.

—Por supuesto.

Hrafn levantó el brazo y sus hombres gritaron indicándole que fuera más hacia la izquierda. Asombrada vio como movía el brazo en esa dirección y Ketil gritó —¡Ahí! —Lanzó sin dudar y quedó tan cerca de la mancha que Brynhild no podía creerlo, si hubiera sido una persona le hubiera dado de lleno. Y todo por las indicaciones de sus hombres. El jarl se quitó el pañuelo e hizo una mueca. —No está mal para ser la primera vez, ¿no crees, mujer?

La verdad es que estaba sin habla y su padre se acercó palmeándola en el hombro. —Ha ganado mi hija.

—De eso no hay duda. Felicidades.

Ella asintió sintiendo algo en la boca del estómago que la hubiera impulsado a abrazarle, pero ni él quería ese abrazo todavía ni ella debía dárselo. Luchar contra sus deseos iba a ser más duro de lo que creía.

—¿Otra apuesta? —sugirió el jarl haciendo que le mirara a los ojos—. Esta va a ser mucho más interesante. —Tu saca de oro y las ovejas contra…

—¿Contra qué? Eso es una fortuna enorme —dijo su padre intrigado.

—Mi mano en matrimonio para tu hija.

Se le cortó el aliento sin ser capaz de apartar la mirada.

Esben preguntó incrédulo. —¿Qué hija? ¿Esta?

Jadeó indignada. —Parece que te sorprende, padre.

Se sonrojó con fuerza. —No, claro que no —dijo a toda prisa —. Jarl, ¿estás seguro? Mi hija es algo…

—¿Algo qué? —le espetó ella poniendo los brazos en jarras.

—Maravillosa, mi hija es maravillosa —dijo el jarl que debió darse cuenta de la conversación con sus amigotes de días atrás y se la quería quitar del medio—. No hay mujer mejor en toda Escandinavia. No sé si eso que ofreces es suficiente, jarl. Mi hija vale mucho, sería como un premio para ti y estarías perdiendo.

—¡Es el mejor jarl que hay! —gritó uno de sus hombres—. ¡Sería un honor!

—Sí, sí, pero estaría perdiendo.

—Esben tiene razón —dijo Hrafn sorprendiéndoles. Parecía divertido—. Mi barco. Mi barco y mi mano en matrimonio. Por supuesto os lo haría llegar después de regresar a casa. —La miró intensamente. —Con tu hija ya casada.

—El barco —dijo su padre impresionado. Se volvió hacia su hija mirándola como si tuviera que ganar a toda costa—. Hija…

—¿Sí, padre?

—¿No te duele algo la mano? Hoy la has forzado mucho.

—Tranquilo padre, no me duele nada.

Varios rieron a carcajadas y Hrafn sonrió. Sería cabrito, si ganaba se lo llevaría a él y el barco, ese increíble barco que costaba una fortuna. Y si perdía adiós al oro y a las ovejas, además. Qué dilema… Lo había hecho a propósito para vengarse por su rechazo desde que se habían visto. ¿Y ahora qué hacía?

—¿Aceptas el reto? —preguntó él ofreciéndole el cuchillo.

—No. —Todos se quedaron de piedra viéndola regresar a la mesa y sentarse para seguir cenando.

—¿Cómo que no? —preguntó él sorprendido y algo ofendido.

—Ya tengo el oro y las ovejas, lo otro no me interesa nada.

Asombrado miró a su padre que gimió. —Mi hija es muy suya. Y casi prefiero que no juegue sino está de humor, no quiero perder el oro y las ovejas.

—¿No me digas, jarl? ¿No voy a tener la oportunidad de recuperarme?

—Si no tiene ganas no tiene ganas, igual deberías tentarla con otra cosa que le interese más. —Se sonrojó con fuerza. —Que no quiero decir que no seas interesante, pero ella no parece motivada.

—Ni con el barco —dijo entre dientes.

Forzó una sonrisa. —Mujeres, la navegación no es lo suyo.

Hrafn rodeó la mesa sentándose ante ella que comía a dos carrillos. —Muy bien, ¿qué quieres?

—No quiero tu mano.

Varios jadearon por lo que consideraban un insulto, otro más. Ella se volvió y gritó —¡No sé por qué protestáis tanto, no le conozco de nada!

—No necesitas conocerlo —dijo Ketil indignado—. Cuando hay un matrimonio concertado…

—¡Aquí no hay un matrimonio concertado! ¡Ni lo habrá! —sentenció haciendo gemir a los suyos—. Me quedo solo el barco, me conformo solo con eso. —Se levantó cogiendo su daga de la mano y casi sin mirar tiró a la mancha dando en la misma muesca. —Hala, ya está. —Se volvió a sentar mientras Hrafn sin salir de su asombro se acercaba a su daga para ver que le había dado exactamente en el mismo sitio.

Ketil se puso a su lado. —Es imposible, desde su posición no podía acertar de pleno. ¿Y si es una bruja?

—Cierra el pico —siseó mientras su anfitrión gritaba de la alegría haciendo que sus hombres levantaran las armas más que encantados.

—Jefe, has perdido el barco.

—¿No me digas? —dijo con ganas de matar a alguien. Fue hasta la mesa—. Exijo una revancha.

—¿Otra? —preguntó ella como si ya estuviera aburrida antes de coger su jarra con una mano y darle un sorbito—. ¿No estás satisfecho?

—Te aseguro que no.

—Uy, padre, que encima se enfada.

—Jarl no hace falta que nos des el barco, entiendo que estás en desventaja y…

Le fulminó con la mirada. —¿Cómo has dicho?

—Igual deberías apostar con algo que se te dé mejor —dijo ella casi haciendo que se saliera de sus casillas—. ¿Qué tal una piedra?

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos brillaron. —¿Sabes hacer ondas?

—¿Ondas en el agua?

—¡Sí! ¿Qué tal se te da?

—Cuando era niño no se me daba mal, pero apuesto a que tú eres muy buena en eso.

—No se me da mal —dijo mintiendo descaradamente.

—No, jefe, no entres en eso que nos arruina —dijo Ketil asustado.

—Propondré yo la revancha.

—Muy bien, ¿pues qué es?

Parecía que era un pesado mayúsculo, Hrafn no salía de su asombro cuando la mayoría de las mujeres se le tiraban a los pies.

—Y deprisita que me está entrando el sueño ahora que tengo la barriga llena.

Inga reprimió la risa y el jarl entrecerró los ojos. —¿Qué tal se te da el hacha?

Para sorpresa de todos Brynhild se echó a reír. —No es muy justo cuando tu brazo es cuatro veces el mío, pero si es lo que necesitas para aplacar tu ego, de acuerdo.

—No, no es justo —dijo su tío—. Si fuera un hacha pequeña todavía, pero…

—Que sea pequeña —sentenció Hrafn. Pero al ver las sonrisas de toda la familia de Brynhild, supo que ella se lo iba a poner muy difícil.

—Bueno, ¿y ahora qué apostamos?

—Ya que tú no quieres mi mano, igual puedo casarme con tu hermana.

Esben sonrió. —¡Inga ven aquí!

Su hermana palideció de golpe y Brynhild vio cómo se acercaba muerta de miedo. De reojo vio como Olef daba un paso al frente dispuesto a luchar por su amada y Brynhild le advirtió con la mirada deteniéndole en seco. La impotencia de su rostro la enterneció y se volvió hacia Hrafn que sonreía cruzado de brazos. —Si gano, me casaré con tu hermana y recuperaré mi barco.

—¿Y si pierdes?

—Un baúl de oro. Está en el barco, podéis ir a comprobarlo.

—No es necesario —dijo su padre—. Confiamos en tu palabra, jarl.

—¿Qué ocurre, jarl? ¿Hay escasez de mujeres fuera de este fiordo? Es lo que parece ya que estáis empeñado en buscar esposa aquí.

Varios se echaron a reír y Hrafn entrecerró los ojos. —Preferiría casarme contigo, pero ya que no quieres…

—Inga ya está comprometida —dijo dejando a su padre de piedra—. Ama a otro hombre y no se casará con nadie por obligación.

Olef suspiró del alivio.

—Pues ofrece tu mano para la apuesta —dijo Hrafn divertido.

Lo sabía, de alguna manera lo sabía y lo había hecho a propósito para que no pudiera rechazarle. —Mira, lo hago porque mi hermana esté tranquila durante la prueba, te voy a ganar.

—Eso ya lo veremos. ¡Traed el hacha!

Su padre se acercó para susurrarle —Hija, ese oro nos vendría muy bien.

—Lo sé, padre.

Cogió el hacha que le entregó su hermano Esben. —Suerte, hermana.

—No la necesito. —Tiró el hacha y la punta superior se clavó en la mancha haciendo que todos se quedaran con la boca abierta,

hasta los suyos que no se lo esperaban. —Ya podéis ir descargando el oro.

Hrafn no salía de su asombro viéndola ir hacia las escaleras.

—Padre, mañana celebraremos una boda. Diles a tus invitados que se den prisa por arreglar nuestro barco. Cuanto antes se vayan, antes traerán el barco de vuelta.

Cuando se fue los suyos gritaron de la alegría y Esben carraspeó. —Jarl, ¿quieres intentarlo tú? Creo que mi hija no se ha dado cuenta de que no has tirado siquiera.

Él gruñó. —No será necesario.

—Será mejor que bebas hasta olvidar. Por cierto, ¿te queda oro para pagar las ovejas?

Le fulminó con la mirada y Esben dijo a toda prisa —Te las regalo, no tienes que preocuparte por nada.

Hrafn miró hacia las escaleras de nuevo. —Tu hija es…

—Hermosa, única…

—Desconcertante.

—Eso también.

Le miró a los ojos. —¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto quieres por su mano?

Esben separó los labios de la impresión. —No te quiere en su vida y sería una mala decisión, enfadada es…

—Ya me he dado cuenta de que no tiene buen carácter.

—No te equivoques, jarl, mi hija furiosa podría pasar por la hija de Loki. Y no me gustaría separarme de ella enemistados. Tiene que aceptarte de buen talante o no hay trato.

Hrafn sonrió de medio lado mirando hacia las escaleras. —Entonces tendré que hacer que quiera ser mi esposa —dijo antes de alejarse hacia sus hombres.

Esben gimió y su hermano se acercó a toda prisa. —¿Enfadado?

—Empeñado más bien, quiere la mano de Brynhild.

—Hermano, es perfecto.

—No dejaré que mi hija se case de malos modos, podría herirle o matarle y entonces sí que estaríamos en guerra.

Eigil se pasó la mano por la barba. —Tendremos que hacer que le vea con buenos ojos, sería un aliado como no hay otro.

—Sí. ¿Pero cómo?

—Vendamos sus virtudes hasta que le entre por el ojo.

—Pues de momento no vamos bien.

—Tenemos unos días, igual ve algo en él que le llama la atención y termina perdiendo el corazón. Tengamos esperanzas.

Capítulo 7

Brynhild sentada en su cama mirando a las pequeñas, apretó los labios porque lo que deseaba era estar abajo con él, aunque fuera simplemente por verle. Tuvo que luchar contra sí misma para no regresar al salón, gimió tumbándose en la cama y miró el techo iluminado por la vela. La puerta se abrió sobresaltándola e Inga entró sonriendo de oreja a oreja. —Gracias, gracias. ¿Cómo lo sabías?

—¿Que amabas a Olef? No hace falta ser muy lista.

Se sentó a su lado. —¿Por qué le has rechazado de esa manera tan tajante? Es apuesto, mucho.

—No es para mí.

—Pues él no piensa lo mismo y no tiene aspecto de guerrero que se conforme, es de los que luchan, así que intentará conquistarte.

La miró sorprendida. —No fastidies, ¿no se ha enterado todavía?

Inga hizo una mueca. —Padre no quiere casarte obligada, pero según Eigil le ha dicho que si se gana tu amor será otro cantar.

—Rayos. —Se sentó de nuevo. —Rayos, rayos…

—Tampoco sería un mal partido —dijo su hermana asombrada.

—¿Tú lo querrías?

—No, pero yo tengo a Olef, tú no tienes a nadie.

—No me lo recuerdes —dijo entre dientes.

—Sería tu oportunidad de ser la esposa de un jarl poderoso, como te mereces.

—No es para mí.

—Eso ya lo has dicho, ¿piensas quedarte soltera?

—Me parece que esta conversación ya la he tenido. —Se levantó nerviosa y se apretó las manos. —¿Qué hacen ahora?

—Padre beber para celebrar su buena suerte y tu jarl bebe para olvidar la pésima noche que ha tenido. Le has dejado en evidencia ante sus hombres, eso es difícil de digerir. Eso por no mencionar la fortuna que ha perdido.

Gimió porque tampoco quería hacerle daño. —Leche, qué difícil es esto.

Se escucharon gritos abajo y ambas se miraron con los ojos como platos antes de correr fuera de la habitación hacia la escalera. Brynhild fue la primera en llegar y al ver que Olef tenía un cuchillo clavado en el costado se tapó la boca de la impresión mientras Inga gritaba de miedo corriendo hacia él. Los hombres retenían por los brazos a su primo Eigil que furioso gritó —¡Soltadme, todavía no he terminado!

Inga llorando suplicó que alguien fuera a buscar a Arna. Olef con lo grande que era miraba con furia a su rival. —¡Soltadle, yo terminaré con esto!

—¡Alto! —gritó su jarl poniéndose entre ellos—. ¡Esto lo acabaré yo! —Se volvió furioso hacia su sobrino. —Has intentado matarle sin ninguna provocación y ya sabes cómo se paga eso en mis tierras.

Su tío pálido dio un paso hacia él. —¿Pero qué dices?

—¡Es la ley, mi ley!

—Siempre ha estado enamorado de Inga, padre —dijo su hermano dejándola de piedra—. Desde niños, esta tarde les ha visto juntos y ha entrado en cólera, pero cuando se ha enterado de que va a casarse con él…

—Entiendo —dijo el jarl fuera de sí. Dio un paso hacia su sobrino—. ¡No es tuya para decidir su destino y nunca lo hubiera sido, ahora pagarás por tu delito!

—Hermano, no, por favor. Ha actuado por un impulso.

Hrafn se acercó a Olef y arrancó el cuchillo de su costado. Él hizo un gesto de dolor, pero no emitió un solo sonido. —Ketil quémale. Hay que retener la sangre en su cuerpo.

Su segundo al mando cogió un hierro candente del hogar y se acercó a Olef. Puso el hierro sobre su herida y Olef gimió de dolor demostrando que ya no era ningún niño. Hrafn sonrió cogiéndole de la nuca para que le mirara a los ojos. —Eres un gran guerrero, siempre serás bienvenido en mis tierras con tu familia.

—¿De veras? —preguntó sorprendido.

—Tendrás tierras y casa.

—Pero Hrafn, ¿qué dices? —preguntó su jarl sin salir de su asombro.

El jarl se volvió. —Si matas a tu sobrino, tu hermano no te lo perdonará, jarl. Es mejor que ellos se vengan conmigo para tener un nuevo futuro lejos de él.

—Pero no puedo consentirlo.

—Acepto —dijo Olef.

—¡No! —gritó su primo fuera de sí.

Su padre le pegó un puñetazo que le desmayó en el acto y Eigil se volvió hacia Hrafn. —Gracias.

—Eso no significa que no merezca un castigo —dijo fríamente —. Olef, ¿te contentas con veinte latigazos?

—Sí, mi jarl.

Hrafn la miró. —Para evitar problemas, uno de mis hombres será quien aplique el castigo. Ketil…

—Será un placer, mi jarl.

Arrastraron a su primo fuera del salón y ella impresionada se volvió sintiendo que le faltaba el aire. Aquello había sido culpa suya

porque había cambiado el futuro. Inga no había sido castigada por el accidente de Bjorn, así que su primo la había visto con Olef esa tarde… Todo había cambiado y casi habían matado a Olef por su culpa. Preocupada se sentó en los escalones, ¿sería una advertencia de los dioses?

—¿Estás bien?

La voz de Hrafn la estremeció. Levantó la vista lentamente por su cuerpo hasta sus ojos azules y sintiendo un nudo en la garganta asintió.

—Es fuerte, se repondrá. No ha tocado ninguna tripa, ha tenido suerte. Si no tiene calentura, en una semana ni lo recordará.

—Esto no debería haber pasado.

Escucharon el primer grito de su primo. —Hubiera pasado tarde o temprano, tengo la sensación de que tu primo está acostumbrado a salirse con la suya.

Puede que tuviera razón. Puede que hubiera pasado igual en cuanto se enterara de la boda. Estaba muy confusa, ya no sabía si estaba haciendo lo correcto.

Hrafn entrecerró los ojos. —¿Qué te preocupa, mujer? Tu hermana estará bien en mi pueblo.

No sabía por qué, pero eso no lo dudaba. —No es eso.

—¿Y qué es?

Se miró las manos y las apretó con fuerza pensando en el resto de sus hermanos. En sus pequeños. No, no podía abandonarlos. Se levantó y dijo —Buenas noches.

—Brynhild…

Se detuvo sin volverse y el jarl apretó los labios antes de decir —Sé que no me conoces, pero no soy de esos que se dan por vencidos.

—Lo sé.

—Serás mi esposa, tarde o temprano claudicarás.

—No soy lo que necesitas, guerrero, vuelve a casa.

La agarró por la muñeca volviéndola y le miró sorprendida por las maravillosas sensaciones que recorrieron su cuerpo. Él parecía tan sorprendido como ella y siseó —No pienso renunciar a ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No puedo dejarles…

A Hrafn se le cortó el aliento. —¿De quién hablas?

Se soltó y corrió escaleras arriba. Alguno de sus hermanos estaba despierto por el alboroto y se preguntaban qué ocurría. Cogió a Bjorn en brazos y le acarició la espalda metiéndolo en la habitación mientras Hrafn que la había seguido la observaba.

Cuando bajó al alba solo estaba durmiendo allí Hrafn. Estaba de espaldas a ella tumbado sobre una simple manta y se sintió culpable de no haberle puesto una cama. Sus ojos recorrieron la cicatriz de su espalda y apretó los labios yendo hasta el hogar para empezar a amasar el pan. Tiró la harina sobre la mesa y con la mano hizo un agujero en el medio antes de echar el agua. Empezó a amasar la harina hasta hacer una pasta homogénea y al levantar la vista se sobresaltó porque Hrafn no estaba en su sitio. Entonces sintió sus manos en su cintura y se le cortó el aliento.

—Buenos días… —Se pegó a su espalda y Brynhild sintiéndose embriagada por su proximidad apretó la masa en sus manos sin darse cuenta. —Te has levantado muy temprano. —Sus manos subieron por los costados de su cintura hasta llegar a sus pechos. Lo que sintió la dejó atónita y miró hacia abajo para ver como los amasaba igual que ella había amasado la harina. Gimió de gusto cerrando los ojos y Hrafn se agachó para besar su cuello pegándola a él. —Tendrías esto cada día —susurró en su oído—. Tú y yo, preciosa. —Sus manos bajaron por su trasero y elevó lentamente su vestido, pero ella estaba tan impresionada por todo lo que sentía su cuerpo que ni se dio cuenta. —Cada día… —Acarició la piel de sus glúteos y Brynhild abrió los ojos como platos apoyándose en la mesa. Una mano se metió entre sus piernas y cuando sus dedos recorrieron sus húmedos pliegues apretó la masa con fuerza

sintiendo que se le paraba el corazón. Las caricias la volvieron loca y su vientre se estremeció con tal fuerza que gritó necesitando más de lo que le daba. Entró en su interior tan lentamente que fue una tortura. —Sabía que sería así —dijo él, pero Brynhild ni se enteró porque se deslizó en su interior hasta llegar al límite de su virginidad —. Mía. —Posesivo la cogió por la cintura entrando en su ser de un solo empellón y Brynhild se quedó sin aliento inclinando su cuello hacia atrás porque no sintió dolor sino un placer indescriptible. Sin darse cuenta llevó su brazo hacia atrás y acarició su cuello mientras él se deslizaba hasta casi salir de su cuerpo. Un gemido de protesta salió de su garganta y volvió la cabeza hacia él, Hrafn besó sus labios y entró en su boca entrelazando su lengua con la suya antes de volver a llenarla. El placer crecía medida que invadía su cuerpo y sintiendo que le faltaba el aire, apartó sus labios inclinándose hacia delante, por lo que la llenó aún más haciendo que gimiera porque sentía que algo en su interior le pedía cosas que no entendía. Hrafn aceleró sus embestidas y llegó un punto que ni se tenía en pie, así que apoyó sus manos sobre la mesa que se deslizó sobre el suelo en cada empellón. Su canal se estrechó para sentir más placer y cuando creyó que no podía más, Hrafn empujó con tanta fuerza que algo en su pecho estalló haciendo que todo su ser llegara a rozar las estrellas.

Tardó varios minutos en reponerse y cuando su respiración se normalizó, miró la masa que tenía ante ella. Sintió las manos de Hrafn en su cintura, pero aún sentía algo entre sus piernas. Frunció el ceño y miró sobre su hombro. Hrafn besó sus labios suavemente. —Mujer, eres perfecta para mí.

—Enséñame las manos —dijo asustada.

—¿Las manos? —Las levantó para mostrarlas y ella chilló apretando su interior para sentirle aún dentro de ella. —Preciosa, ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —Miró hacia abajo y volvió a chillar. —¿Qué has hecho? —Se apartó y al ver su miembro ensangrentado jadeó señalándolo. —¡No!

—Preciosa, si lo sigues mirando, aunque sea con esa cara de susto… —Su miembro se elevó aún más poniéndose tieso como un garrote. —Pues pasa esto.

Le miró a la cara. —Estás muerto, lo has hecho a traición.

—¿A traición? ¿Cómo se hace el amor a traición?

—¡No sabía que eso, era eso! —Se llevó la mano al pecho. —Puede que me hayas dejado preñada. ¡A mí! Prepárate para morir. —Agarró un cuchillo.

—Preciosa, contrólate. —Se subió los pantalones a toda prisa. —Muy bien, te he tomado por sorpresa.

—Al menos lo reconoces —siseó.

—Pero piensa que matarías a tu marido.

Frunció el ceño. —Tú no eres mi marido.

—Ahora sí, tu padre…

—¡Mencionas a mi padre! —gritó furiosa.

—No, claro que no. Pero él nos casaría.

Gritó de la rabia porque sabía que tenía razón. —Te voy a… —Hrafn se inclinó a un lado a tiempo de evitar que le traspasara el cuchillo y se tiró sobre ella antes de que pudiera agarrar otro. De repente sintió que volaba y cuando pudo tomar aliento estaba sobre su hombro boca abajo. —¡Suéltame!

—Creo que necesitas calmarte, esposa. —Le dio un azote en el trasero haciéndola jadear antes de que se lo acariciara con pasión. —Serás muy feliz a mi lado.

Fuera de sí empezó a pegarle en la espalda y en el trasero con toda la fuerza de la que era capaz, pero él ni se inmutó. —Es evidente que no te he dejado satisfecha, porque sino no protestarías tanto.

Entonces a Brynhild se le cortó el aliento al ver las aguas del fiordo. —¿Qué haces?

—Preciosa necesitas lavarte, el agua te sentará bien en tu sexo.

—¡No, no!

La tiró al agua y de inmediato su piel se transformó. Asustada miró su mano que brillaba bajo la luz de la luna. A través del agua vio que él se acercaba al borde como si no entendiera lo que estaba pasando. Brynhild entrecerró los ojos. Tú lo has querido, pensó antes de impulsarse para salir del agua con una fuerza increíble. Él la miró asombrado antes de que le agarrara por el cabello para tirarlo al agua. Le sujetó del brazo y tiró de él a una velocidad vertiginosa hasta que notó que se quedaba sin aire. Entonces salió del fiordo tirando de su cuerpo, pero cuando tocó tierra ya le costó un poco así que le soltó para que saliera solo. Él tosió dejándose caer en el suelo mirándola como si no se lo creyera. —¿Qué eres? —Se puso de pie asombrado por su aspecto. —¿Qué… eres?

Puso los ojos en blanco. —Soy una descendiente.

—¡Una descendiente de qué! —gritó alteradísimo.

—La otra vez te lo tomaste mucho mejor.

—¿Qué?

Levantó la barbilla. —Soy descendente de Freya.

Él dejó caer la mandíbula del asombro mientras no dejaba de mirar sus escamas plateadas. —Hija del mar, descendiente de Njord.

—Sí, mi madre lo era y yo también. Mis dones solo los hereda la hija mayor, la hija de la hija de…

—La diosa. —Él se llevó las manos a la cabeza y se volvió. —Ahora entiendo lo de tu puntería.

Hizo una mueca. —Sí.

La miró a los ojos. —¡Preciosa, esto es muy gordo!

—¿Crees que no lo sé? ¡Llevo toda la vida intentando que no me descubra nadie, jamás me meto en agua salada!

Preocupado dio un paso hacia ella. —¿Y crees que Freya me acepta? Porque si estuviera en contra de esto ya hubiera hecho que me atravesara un rayo, ¿no?

Se mordió el labio inferior y de repente Hrafn sonrió. —Me acepta, aprueba este matrimonio.

—¡No estamos casados!

—¡Eso es lo que dices tú, pero los dioses me aceptan! —Sonrió cruzándose de brazos mostrando sus poderosos músculos. —Y no puedes ir en contra de los dioses, lo sabes.

—¡Oh, cállate! —Se miró. —Ahora no podré volver hasta que me seque. —Frustrada se sentó en una roca y él la observó. —No me mires, no me gusta.

—Pues pienso seguir mirándote porque eres hermosa. —Se acercó y se arrodilló ante ella para coger una de sus piernas. Deshizo el nudo de las cuerdas que rodeaban su pantorrilla. Le quitó la bota y acarició su pierna estremeciéndola. —Son suaves, como tu piel —dijo asombrado.

—Sí… —Emocionada por su caricia siguió el recorrido de su mano. —No te repugno.

—Claro que no. Eres hermosa, en tus dos formas. Suéltate el cabello, quiero verlo.

Cogió su trenza con reflejos plateados y se la deshizo para soltarlo.

—Como la estela de una estrella —dijo él cogiendo uno de sus mechones.

—No puedo irme.

—Preciosa, eso ya está decidido. —Se acercó y besó sus labios. —Estaba decidido en cuanto te vi.

Una lágrima relució en la piel de su mejilla. —Otra mujer…

—Otra mujer no serías tú. Y tus hermanos estarán bien, me aseguraré de ello. Vendremos al menos dos veces al año, te lo prometo.

—Te irás de incursión y nunca tendrás tiempo…

—Te lo juro por Odín —dijo tan serio que era imposible no creerle y más después de jurarle por el dios de dioses.

—Te arrepentirás.

—No me arrepiento de nada en la vida.

Sorbió por la nariz. —¿Ni de cortarle la mano a tu hermano?

Él apretó los labios. —Otro le hubiera matado, decidió Odín no yo.

—Debiste sufrir mucho. —Él desatando la otra bota asintió. —Era el único hermano que me quedaba.

—Es cierto que perdiste a tu gemelo.

La miró sorprendido. —¿Cómo lo sabes?

—Bueno… Digamos que ya había soñado contigo.

—¿Premoniciones? —De repente sonrió. —Soñaste conmigo, por eso estabas a la defensiva desde que me viste. ¿Qué pasó en ese sueño?

—Te aseguro que en la vida real han pasado muchas cosas más. —Él sonrió. —Excepto que…

—Dime.

—Mi pequeño Bjorn moría. —Se tapó la cara con las manos. —¿Que será de ellos si me voy…?

—Así que impediste la muerte de tu hermano gracias a tu sueño. —La abrazó. —Si tienes otro sueño vendremos enseguida. Preciosa, eres muy rápida, podrías estar aquí en menos que canta un gallo.

Se le cortó el aliento porque no había pensado nunca en eso, estaba tan acostumbrada a reprimir esa parte de ella que ni se le había ocurrido que pudiera hacer algo así. Hrafn se apartó para mirarla. —No habías pensado en eso.

—Pues no.

Se echó a reír. —No tiene gracia —dijo indignada.

Él la besó y el beso se fue intensificando. Ansiosa rodeó su cuello con las manos entrando en su boca y le saboreó. Ambos gimieron perdiendo el control y Hrafn la cogió por la cintura tumbándola en el suelo. Su marido se apartó unos centímetros y

ambos con la respiración agitada se miraron a los ojos. —Ya no te negaré —susurró ella.

Sonrió. —Niégame cuanto quieras, no podrás librarte de mí.

Capítulo 8

Su padre estaba desayunando con Hrafn a su lado y ella preocupada se acercó. Se apretó las manos mirando a su esposo y este asintió. —Padre, tengo algo que decirte.

—Hija, este pastel está para chuparse los dedos.

—Me alegra que te guste, padre. Thora sabe hacerlo, la he enseñado.

—Bien, muy bien. No debes pasarte tanto tiempo cocinando —dijo con la boca llena—. ¿Y los niños?

—Ya han desayunado. Deben estar pescando para la ceremonia. Inga quiere casarse cuanto antes. Al parecer Olef no tiene calentura y les gustaría que fuera hoy mismo.

—Bien. Les casaré por la tarde.

—Quiero casarme también.

Su padre que iba a dar otro mordisco se detuvo en seco antes de mirar a Hrafn que sonrió. —Al parecer la has convencido.

—Solo necesitábamos hablar, jarl.

Su padre asintió antes de mirarla. —No quiero que te sientas presionada, ¿es lo que quieres realmente?

—Sí, padre.

—Te echaremos de menos, pero es ley de vida. ¿Se lo has dicho a tus hermanos?

Apretó los labios antes de negar con la cabeza. —No, padre.

—Debes decírselo tú antes de que se enteren por alguien más.

—Lo sé, padre. Esperaba hacerlo en cuanto me dieras tu consentimiento.

—Lo tienes, no podrías hacer un matrimonio que me satisficiera más. Ve a hablar con tus hermanos.

—Sí, padre. —Se alejó, pero antes de salir miró hacia ellos. Hrafn le guiñó un ojo y ella bufó porque no es que su padre se hubiera quejado mucho por su matrimonio. Su ya marido se echó a reír. Salió de la casa y fue hasta el embarcadero donde los niños estaban mirando como arreglaban el barco. Se acercó a ellos sintiendo que se le retorcía el corazón por lo que iba a decir. —Niños…

Se volvieron para mirarla y Bjorn llegó hasta ella. —Mira hermana, ya han quitado el mástil de la vela.

—Son muy rápidos, cielo. En un par de días el barco podrá irse.

—Pero volverá porque lo ganaste.

Hizo una mueca por la pérdida que le había provocado a su marido. —Sí, así es. Venid, quiero hablaros.

Sus hermanos la siguieron hasta el borde del bosque y se sentó sobre la hierba. La rodearon sentándose también. —Debo deciros algo.

—¿Algo importante? —preguntó su hermana Thyra.

—Sí, algo muy importante. Me voy a casar.

—¿Con quién? —preguntó Arvid.

—Con el jarl Orvansen.

Thyra frunció el ceño. —Pero él no vive aquí, tendrás que irte.

Inga llegó en ese momento con su hermano Esben y se sentaron con ellos. —Debe hacerlo —dijo su hermana—. Debe seguir a su marido, como yo seguiré al mío. Es su obligación.

—Pero… —Los ojos de Bjorn se llenaron de lágrimas. —¿Te irás?

Sintió que se le rompía el corazón. —Sí, cielo, debo irme con mi esposo. Tú te quedarás con padre, con Thora y con tus hermanos que te cuidarán igual que he hecho yo. Ahora Thyra estará al mando de la casa. Tiene catorce años, pero sé que lo hará muy bien.

Thyra asintió intentando hacerse la valiente. —Lo haré lo mejor que pueda como cuando madre murió y te encargaste tú.

—Sé que lo harás bien —dijo emocionada.

—No quiero que te vayas —dijo el niño a punto de llorar antes de tirarse sobre ella para abrazarla—. Por favor, no te vayas…

—Cielo, vendré a veros a menudo, el jarl me lo ha jurado por Odín. —Sintió que se le rompía el corazón y miró hacia la casa donde su esposo les observaba desde la puerta. Abrazando a su niño susurró —No llores, ahora debes ser un hombre y los guerreros no lloran.

Su marido se acercó a ellos y cuando se puso tras los niños todos le miraron, todos menos Bjorn que seguía aferrado a ella. El jarl apretó los labios. —Niño, mírame.

Bjorn volvió la cabeza hacia él y sorbió por la nariz. —Si tu padre te da permiso, podrás venir con nosotros si es lo que quieres.

—¿Y yo? —preguntó Astrid levantándose con su muñeca de trapo—. ¿Puedo?

Confundido Hrafn dijo —Pues…

—Voy a preguntar —dijo antes de salir corriendo.

—Yo también voy a preguntar —dijo Arvid.

Asombrada vio que todos menos Esben e Inga corrían hacia la casa. Inga levantó una ceja. —La que has liado, guerrero.

Brynhild levantó una ceja y él carraspeó. —Debo admitir que no estoy muy acostumbrado a tratar con niños.

Ella corrió hacia la casa donde los niños lloraban a su jarl para que les permitieran ir con ellos. Se acercó a toda prisa. —No querréis que padre se entristezca por quedarse sin vosotros, ¿no? Sois sus hijos.

Bjorn la abrazó por la pierna como si no quisiera soltarla. —No me dejes…

—Vuestra hermana va a casarse y debéis aceptarlo. —Miró al pequeño y apretó los labios. —A él puedes llevártelo. Eres la única madre que ha conocido.

—¡No! —gritó Astrid asustada antes de correr hacia ella—. No me dejes.

Sollozó de dolor y se agachó para cogerlos en brazos mirando a los demás totalmente destrozada. —Lo siento, lo siento. —Besó a sus niños abrazándolos con fuerza.

Su padre se levantó, pero en ese momento Thyra se acercó a los niños y se arrodilló ante ellos. —Debéis ser fuertes —dijo con lágrimas en los ojos—. Ella siempre estará para vosotros.

—Pero estará lejos —dijo Arvid.

—Nuestra hermana es capaz de dar una orden desde la otra punta de Escandinavia, ¿no lo creéis? —Todos asintieron vehementes. —Y si la necesitamos, lo sabrá como siempre lo ha sabido. Brynhild es especial y lo sabrá. ¿Acaso dudáis de ello?

—No —contestaron todos a la vez.

—Si se tiene que ir es porque los dioses la necesitan en otro sitio y nosotros no debemos ser egoístas. Debemos ayudar para que eso pase. Astrid, cielo, ven aquí. Bjorn…

Los niños se separaron de ella rompiéndole el corazón, pero Thyra dijo —Debéis ser valientes como los dioses esperan de vosotros. Y cuando nuestra hermana vuelva, debéis mostrarle que os habéis portado muy bien como ella querría. Cuando se vaya no debéis llorar, porque se va a un sitio mejor y muy especial donde será muy apreciada.

—¿Volverá? —preguntó el pequeño.

—Claro que volverá. Y traerá mucho orgullo a nuestro pueblo. Tanto que todos nos sentiremos muy dichosos. Bjorn, tú ya casi eres un hombre, ¿no es cierto?

El niño asintió.

—Pues debes demostrarle que le deseas mucha felicidad en su matrimonio y que le deseas suerte en la importante tarea que los dioses tienen para ella.

El niño se volvió para mirarla y sorbió por la nariz antes de decir —Suerte, hermana.

—Gracias, mi vida. Pero todavía no me voy, estaré aquí unos días. ¿Quién quiere un bollo de jalea?

Los niños gritaron —¡Yo, yo…!

—Pues ir a Thora de inmediato que os los tiene preparados.

Los niños corrieron hasta la mujer, que con lágrimas en los ojos repartió los bollos. Brynhild reprimió las ganas que tenía de llorar y sonrió a Thyra. —Lo has hecho muy bien, hermana, estoy muy orgullosa.

—He tenido una gran maestra. —Se volvió hacia los niños y gritó —¡Venga, tomároslos fuera, que los mayores tienen algo muy importante que tratar!

Inga a su lado cogió su mano apretándosela con fuerza y le susurró —¿Estás tan asustada como yo?

—Sí.

—¿Y tan triste por tener que dejarlos?

—Sí, pero como ha dicho Thyra siento que debo hacerlo.

Y era cierto, desde que su hermana había dicho esas palabras esa sensación había aumentado en su pecho y ahora sabía que era cierto. Algo muy importante estaba a punto de pasar.

Su padre se empeñó en celebrar las dos bodas a la vez a pesar de que ella ya se sentía casada, pero por los niños y por su padre accedió. Con su mejor vestido, su cabello suelto lleno de flores y las joyas de su madre, se colocó al lado de Hrafn. Miró a su padre mientras les decía las palabras que les unirían hasta la muerte y cuando terminó todos los hombres lo celebraron levantando sus

armas para desearles un próspero matrimonio. La música lo inundó todo y festejaron su futuro juntos con los mejores manjares. Sentada al lado de Hrafn rio por las tonterías de los niños, que parecía que ya se habían hecho a la idea. Todos menos Bjorn, que se mantenía callado en la esquina de la mesa mirando su comida. Hrafn miró hacia allí y apretó los labios. —Está triste.

—Sí.

—Podemos llevárnoslo, tu padre ha accedido.

—No —dijo el jarl desde la cabecera—. Me he dado cuenta de que aquí estará mejor, con el resto de sus hermanos. En tu casa no conocerá a nadie y siempre irá a las faldas de su hermana. Se acostumbrará. Además, en un par de años su hermano le instruirá.

—Padre tiene razón —dijo Inga—. Si nos lo llevamos, le apartaremos de todo lo que conoce.

Thyra se acercó a Bjorn con una sonrisa y le tocó la nariz antes de cogerlo para ir a bailar como los demás. Al cabo de unos compases el niño reía y ella suspiró del alivio.

—Igual debemos dejarlo así —dijo su marido.

Asintió, aunque era terrible sentir que abandonaba a sus hermanos. Iba a ser algo que le costaría superar.

Hrafn preocupado miró a Inga sentada frente a ellos y esta agachó la cabeza demostrando que también sentía dolor. —Tengo una sorpresa para vosotras.

Las novias le miraron sorprendida. —¿Una sorpresa?

Le hizo un gesto a Ketil, que se acercó a ellos entregándole un cofre a su señor. —Toda novia debe tener un regalo en su día especial. —Sacó un paño rojo y otro azul. Puso el rojo ante Inga y el azul ante ella. —Espero que os guste.

Emocionada miró a su hermana que soltó una risita antes de apartar la tela y mostrar una pulsera de oro tan hermosa que cortaba el aliento. —Qué bonita… —dijo Inga impresionada. La elevó y todos vieron los grabados en las placas curvadas unidas por eslabones—. Mira Brynhild, son flores.

—Es hermosa.

—Abre el tuyo, esposa.

Sonrió apartando la tela azul y al ver un hermoso collar con una piedra verde en el centro separó los labios de la impresión.

—Es el collar de una reina —dijo Esben.

—Y eso es lo que será a partir de ahora. Será tratada por los míos como nuestra reina.

Emocionada miró a su marido a los ojos. —Es hermoso.

—No hay nada ni nadie más hermoso que tú. —La besó en los labios y lo cogió para ponérselo. La altura de la piedra quedaba justo encima de la concha marina de su madre y él sonrió. —Perfecto.

Al mirar su hermoso collar, se sintió algo avergonzada por su regalo porque no era tan valioso. Dudó en si dárselo, pero su hermana le hizo un gesto para que se lo diera en ese momento y seguro que Hrafn la había visto. Le miró. —Yo también tengo algo para ti.

—¿Y qué es?

—¿Padre?

Esben se miró la mano y apretó los labios con tristeza. —El día de mi boda, mi esposa me dio este anillo con la única condición de que se lo diera a mi yerno el día de la boda de mi primogénita, es una tradición familiar. No voy a negar que lo echaré de menos, pero ha llegado el momento.

—Gracias, padre. —Se quitó el anillo y lo dejó ante Brynhild que lo cogió para mostrar la hermosa piedra azul. Se giró hacia Hrafn y forzó una sonrisa. —Este anillo te protegerá en los mares. Mi madre decía que su color cambia cuando llegan tempestades. —Él separó los labios entendiéndola. —Si su color es oscuro, busca refugio, esposo.

—Lo haré. —Ella cogió su mano y se lo puso en el meñique. —No me lo quitaré nunca.

Se abrazó a él y susurró en su oído —Busca refugio.

—Tranquila, le haré caso.

Sonrió antes de apartarse. En ese momento uno de los hombres de Hrafn llegó. —El barco está listo para partir cuando quieras, mi jarl.

—¿Ya? —preguntó sorprendida—. Creía que nos quedaríamos unos días aún.

—Y así será, Ketil tiene que domar los caballos para que se los lleven por tierra. Nos quedaremos un par de días. Además, hay que arreglar el tejado del establo.

—Eres muy amable, Hrafn, te agradezco la ayuda.

—Ahora somos familia —dijo cogiendo la jarra y levantándola —. ¡Por la familia!

—¡Por la familia! —gritaron todos.

Su tío Eigil, de pie al lado del hogar, apretó los labios antes de beber de su jarra. Brynhild que lo vio, no le gustó nada el gesto y más después de que su hijo hubiera salvado la vida a pesar de su comportamiento.

—¿Cómo está tu primo, esposa?

La pregunta le indicó que su marido también había visto el gesto. —Con fiebres, pero Arna dice que sobrevivirá porque no ha perdido la consciencia. Aunque tiene la espalda en carne viva, varias partes se han tenido que quemar para que cerraran cuanto antes.

—Este sobrino mío —dijo Esben por lo bajo antes de mirar a Olef que se mantenía callado—. ¿Te das por satisfecho?

—Sí, mi jarl. Y aunque no lo estuviera, ya ha recibido su castigo, así que es inútil quejarse.

—Eres un hombre juicioso, yerno. Otro estaría pensando en cómo matarle en cuanto se levante de la cama.

—Cuando sea capaz de hacerlo, yo ya estaré muy lejos con mi esposa. Yo ya le habré olvidado, pero él me recordará siempre.

—Tendrás que vigilar su conducta, padre —dijo Brynhild.

—Tranquila, que sé exactamente lo que voy a hacer.

Recordó la conversación con Inga sobre que los jóvenes opinaban que ya no era un buen jarl, pero ya no se atreverían a tocarle porque su marido era un hombre muy poderoso y letal. Sonrió levantando la barbilla orgullosa y se giró hacia su esposo. —¿Quieres bailar, marido?

—Oh, no…

Se echó a reír levantándose. —No me negarás el gusto.

—Mujer, yo no te negaría nada, pero te aseguro que tengo dos pies izquierdos.

—Imposible, mi marido no hace nada mal. —Cogió sus manos y tiró de él.

—Tú lo has querido.

Se abrazó a él y le miró a los ojos. A pesar de que los demás bailaban una danza muy vigorosa, bailaron abrazados mirándose fijamente. —Ya está —dijo ella—. Somos marido y mujer.

—Gracias, preciosa.

—¿Por qué?

—Por todo a lo que vas a renunciar por unirte a mí.

Acarició su nuca. —Haz que merezca la pena.

—Lo haré. —Se acercó y besó sus labios.

El sonido del cuerno llegó hasta ella y se apartó intentando escuchar, pero con tanto ruido era imposible. —¡Callaos!

—Preciosa, ¿qué ocurre?

Todos se quedaron en silencio para escuchar de nuevo ese sonido y otros dos más. Brynhild miró a su padre. —Dos cortos y dos largos.

—¡Nos atacan! —Su padre se levantó y cogió su espada de la pared mientras los hombres se armaban.

—¿Cómo que nos atacan? —preguntó Hrafn.

—Dos sonidos cortos y dos largos, son dos barcos desconocidos. ¿A qué iban a venir dos barcos, marido?

Hrafn apretó los labios y se volvió hacia sus hombres. —¡Preparaos!

Inga se acercó. —¿Por qué? No somos importantes.

—Pero Hrafn sí —dijo mientras su marido daba órdenes a los suyos para que protegieran el pueblo.

Inga le miró sorprendida. —¿Crees que venían a por él?

—Sí, eso creo. Han aprovechado que está en un lugar con pocos guerreros y mal formados. Han aprovechado esta visita —dijo entre dientes. Se acercó a su marido—. Puedo ayudar.

—Mujer, llévate a tus hermanos arriba.

—Puedo ayudar en el agua.

Hrafn se tensó volviéndose. —¿Cómo?

Levantó una ceja. —Puedo hundir sus barcos. Dentro del agua tengo mucha fuerza, puedo hacerlo. —Él iba a protestar. —Cielo, son dos barcos y no tienes muchos hombres que te ayuden, deja que te eche una mano.

—Tendrá que ser cerca de aquí, no quiero que desembarquen lejos porque se hunda el barco, se desperdiguen por el bosque y nos sorprendan.

—Indícame dónde y yo haré el resto.

—¡Ketil, que los hombres pongan barricadas en el puerto! ¡Quedas al mando! —Salieron corriendo y llegaron al fiordo. —Preciosa, no quiero que corras mucho riesgo. Actuarás en el centro que es más profundo. Miró a su alrededor y señaló un punto. —Allí.

—Bien. —Fue tras una roca y se quitó el vestido con las botas. Su marido apretó los labios. —No pasará nada. —Iba a meterse en el agua, pero se volvió. —¿Si no son enemigos cómo lo sabré?

Él juró por lo bajo y miró hacia el poblado. —Si vienen a atacarnos lanzaré una flecha incendiada a uno de los barcos. ¿La verás desde abajo?

—Sí. —Se lanzó al agua de cabeza y desapareció para él. Brynhild nadó hasta el centro del fiordo y esperó de pie mirando hacia la desembocadura. El poco aire que tenía desapareció en pequeñas burbujas antes de que sus pulmones se llenaran de agua. Con paciencia esperó ver los cascos de los barcos y varios peces la rodearon mirándola como si fuera un bicho raro. Hizo una mueca levantando la mirada y allí estaban. Iban muy rápido para ir por esas aguas. Elevó la vista para ver si veía la flecha encendida, pero nada. Frunció el ceño, igual ellos todavía no les habían reconocido. Paciencia, Brynhild. Los barcos se acercaban cada vez más y fue cuando la vio. La luz de fuego recorrió la superficie hasta llegar a uno de los barcos. Brynhild gruñó antes de lanzarse contra uno de ellos hasta llegar al casco. Su puño hizo un buen agujero, pero lo golpeó de nuevo haciéndolo temblar hasta hacer una buena entrada de agua. Sin perder el tiempo hizo lo mismo con el otro barco. Pero como no se hundían lo bastante rápido, agarró uno de los barcos volviéndolo y provocando un choque entre ambos. Sonrió antes de pasar debajo y nadar hacia la orilla. Cuando llegó lo suficientemente lejos para que no la vieran, emergió hasta mostrar sus ojos para ver lo que ocurría. Se quedó con la boca abierta porque había muchas mujeres y niños gritando. Estiró el cuello intentando ver el puerto, pero no veía nada porque estaba justo en la curva del fiordo. Puso los ojos en blanco porque su marido se había equivocado. Salió escondiéndose entre los matorrales y desde allí veía mejor. No, aquellos no tenían pinta de guerreros, menudo desastre. ¡Iba a matar a Hrafn! Se secó lo mejor que pudo con su vestido e impaciente se lo puso. Se estaba poniendo las botas cuando su piel empezó a cambiar. Se aseguró mirándose el cabello, pero aún estaba húmedo, así que volvió a quitarse el vestido interior y envolvió su cabeza con él. Cuando se aseguró de que nada la delataba, corrió hacia la aldea donde Hrafn gritaba que había que rescatarlos. —¿Qué ha pasado?

Hrafn se tensó volviéndose y siseó —¡Yo no lancé la flecha, fue uno de tus hombres!

—Oh… ¿Por qué no pensaste en eso? ¿Por qué no lo impediste?

—Porque no pude.

—Marido, la próxima vez busca una señal solo tuya.

—¡Lo intentaré preciosa, ahora voy a salvar a los míos de que se ahoguen! ¡Me acabo de quedar sin dos barcos más!

Hizo una mueca viendo como furioso se subía a su barco.

Inga se acercó. —¿Qué harán aquí? —La miró con el ceño fruncido. —¿Te has bañado?

—Me he caído al abrevadero. ¿Crees que ha pasado algo?

—Tu vestido está casi seco.

—Es que he caído de cabeza. —Entrecerró los ojos. —¿Por qué habrán venido?

—Seguramente porque ha pasado algo en su pueblo y han venido a por su jarl.

Vio como varias mujeres llevaban a sus hijos en brazos. —Esto es la guerra.

—Creo que tu marido sabrá apañárselas. —Inga chasqueó la lengua. —Igual no es lo que nos imaginamos, igual hay enfermos en la aldea y han querido ponerse a salvo. ¿Recuerdas aquella historia que nos contó madre? Enfermó toda una aldea y murió más de la mitad. —Se miraron antes de correr hacia la casa.

Capítulo 9

Después de encerrar a los niños en las habitaciones con orden de que no salieran, ellas bajaron al salón. Desde la puerta vieron como desembarcaban. Había muchas familias. —Thora, calienta leche para los niños.

—Sí, Brynhild.

Cogió varias mantas y fueron a su encuentro. Una mujer con un bebé en brazos agradeció el detalle. —Es muy amable.

—No es nada. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó tapando a otra mujer.

—Hubo un desprendimiento ladera abajo y ha arrasado con todo —dijo angustiada—. Lo hemos perdido todo y ahora… Por Odín, ¿qué vamos a hacer?

—Shusss, conservas la vida y a tu hijo, todo saldrá bien. —La abrazó por los hombros y la llevó hasta la casa del jarl. Miró sobre su hombro para ver como su marido se llevaba las manos a la cabeza mientras un anciano le decía algo.

—Ha sido terrible, tuvimos días de mucha lluvia, pero todo estaba bien. Y de repente hace dos días… —continuó diciendo la mujer—. Era como una lengua de barro y piedras que arrasaba con todo. Se movía despacio, pero no dejó nada en pie.

—Habéis hecho bien en venir a buscar a vuestro jarl.

La mujer sollozó. —¿Conoces a Ketil?

—¿Es tu marido?

—Sí. —Miró a su alrededor. —No le veo, ¿está bien?

—Sí, sí, está bien. Debe estar recogiendo gente del barco, le avisaré. Entra y acércate al fuego para daros calor.

Salió corriendo y se cruzó con Inga que estaba ayudando a una anciana a llegar a la casa. Al llegar al puerto se acercó a su marido. —Cielo, lo siento.

Él apretó los labios. —Estamos arruinados. Halfdan me acaba de decir que todo está arrasado.

—¿Has perdido muchos hombres?

—Afortunadamente no. No fue tan rápido como para que les tomara por sorpresa. —Miró hacia el fiordo. —¿Qué voy a hacer? Ya no tengo ni barcos para ir de incursión, ¿cómo les voy a dar de comer a los míos?

—Mi padre te ayudará. —Le cogió por el brazo. —Y los barcos… —Él la miró. —Puedo reflotarlos.

Incrédulo preguntó —¿Puedes qué?

—Dime dónde los dejo y los arreglas…

Se volvió cogiéndola por los brazos. —¿Puedes reflotar un barco?

—Sí, ya te he dicho que tengo mucha fuerza ahí dentro.

Entonces Hrafn sonrió abrazándola. —Sí que eres una enviada de los dioses.

—¿A qué te refieres?

—Ya hablaremos de esto después, ahora hay que encargarse de nuestra gente.

El salón estaba lleno de personas que intentaban dormir y después de darle un caldo a una mujer que estaba algo acatarrada, se acercó a la mesa del jarl donde los hombres hablaban de lo que había ocurrido.

—Ha sido una fatalidad, de esto no tiene la culpa nadie —dijo su padre.

Ella acarició su hombro dándole la razón y Esben se la cogió mirando a Hrafn fijamente. —¿Qué vas a hacer?

—Volver a construirlo.

—Para eso necesitas dinero, jarl —dijo Halfdan acariciando su barba blanca—. Te aseguro que todo lo que tenías está bajo una gruesa capa de lodo o en el fiordo, sería difícil de encontrar. No tenemos ni una mísera sierra para empezar.

Hrafn bebió de su jarra pensando en ello. —Arreglaremos los barcos.

—Todavía no entiendo cómo es que han encallado —dijo Esben incrédulo.

—Otra fatalidad, padre. Igual chocaron con una ballena.

—¿Una ballena en un fiordo tan al sur?

—Cosas más raras se han visto.

—Tus barcos se han hundido, olvídalos —dijo su tío.

Hrafn la miró de reojo antes de asentir. —Igual los dioses me echan una mano.

—Es evidente que lo necesitas.

El tono de satisfacción de su tío empezó a sacarla de sus casillas, pero se mordió la lengua porque ya tenían bastante. Se tocó su collar. —Cielo, si lo vendemos sacaremos para las herramientas y algo más. Comida para los tuyos.

Su marido sonrió. —No, preciosa, es tuyo y no quiero que lo pierdas también. Encontraré el oro que necesito.

—Te ayudaré en lo que sea.

—Lo sé.

—Tendremos que buscar otro asentamiento —dijo Halfdan—. No queremos que esto vuelva a ocurrir en el futuro.

—Por supuesto, iremos al final del fiordo, siempre me han gustado esas tierras.

Halfdan asintió. —Las mejores, siempre lo he pensado.

—¿Nunca antes había pasado algo parecido? —preguntó su padre.

—Hace muchos años llovió con tal fuerza que el agua caía en tromba, perdimos un par de casas, pero nada más. Nada como esto, jarl. —El viejo la miró. —Así que te has casado, chico, debe ser una mujer excepcional.

Hrafn sonrió. —Ni te lo imaginas, viejo. Brynhild, te presento a mi abuelo.

—Oh… —Se acercó y cogió su mano. —No lo sabía, lo siento.

—Niña, no te disculpes. Tal y como has tratado a mi pueblo, con esa amabilidad y dulzura, ya eres de la familia.

Se sonrojó de gusto. —Pues no suelen decir que soy amable, la verdad.

Varios rieron por lo bajo.

—Así que esta hermosura tiene carácter.

Hrafn sonrió. —Sí, abuelo, tiene malas pulgas cuando la contrarían.

—Bien, rayos, hace falta espíritu para levantar un pueblo. Espíritu y energía, así que me voy a dormir.

—Le he puesto allí las cobijas, jarl —dijo ella señalándoselas —. Junto al fuego.

La miró pensativo. —Hacía muchos años que nadie me llamaba jarl, niña.

—Un jarl lo es hasta la muerte, mi jarl.

Halfdan sonrió. —Muy cierto, niña. —Miró a su nieto. —Me gusta.

—Sabía que te gustaría. Ven aquí, mujer, o mi abuelo te secuestrará y por respeto no puedo pelear contra él.

Este se echó a reír. —Para secuestrar a esta preciosidad necesito mucha energía, buenas noches a todos.

—Que descanses, abuelo.

Se acercó a su marido y este la cogió por la cintura sentándola sobre sus piernas. —Siento todo esto, la celebración…

—Shusss… Eso no importa. —Le besó en los labios antes de mirar a los suyos y a Ketil que parecía alicaído. No le extrañaba, casi había perdido a su familia y él estaba lejos. —Tu mujer es estupenda.

Ketil sonrió. —Gracias, lo es.

Su padre carraspeó. —Jarl, por supuesto en estas circunstancias puedes recuperar todo lo que mi hija te ganó.

—No es necesario, una apuesta es una apuesta.

—Pues entonces considéralo un préstamo, ya me lo devolverás.

Hrafn apretó los labios. —Te lo agradezco mucho, haré lo que sea para que lo recuperes todo.

—Sé que lo harás, eres un hombre de palabra. —Se puso en pie. —Yo también voy a acostarme, mañana hay mucho que hacer para dar de comer a tanta gente. Hijo… —Esben se levantó. —Mañana habrá que salir a cazar, a la cama.

—Sí, padre.

Sorprendida vio que Esben le seguía. Desde el episodio de Olef, estaba mucho más responsable, lo que indicaba que su primo tenía mucha culpa de su comportamiento en el pasado. —Tío, ¿tú no te acuestas?

Eigil se levantó. —Sí, por supuesto, como dice mi hermano tendremos mucho que hacer con tanta gente por aquí —dijo ácido antes de ir hacia la puerta.

Ella apretó los labios porque no había movido un solo dedo por ellos ni lo movería. —Maldito egoísta —siseó mientras cerraba la puerta tras él.

—Preciosa, cálmate. —Miró a Ketil y se acercó sobre la mesa para susurrar —Dime que lo recuerdas.

—Jarl como si fuera ayer, pero es imposible.

—¿Qué es imposible?

—Hace dos años regresaban a casa después de una incursión y uno de nuestros barcos naufragó en una dura tormenta. Ketil iba detrás con otro barco.

Se le cortó el aliento. —Me estás diciendo que en el mar, en un sitio que Ketil conoce hay uno de tus barcos…

—Y está cargado de oro, preciosa. De hecho, en esa ruta tiene que haber unos cuantos, porque con las tormentas las aguas se encabritan como el mismísimo Loki.

Entendía lo que quería decir. —Ah…

—Es imposible, mi jarl —dijo Ketil, pero ninguno de los dos le hizo caso porque ambos sonreían de oreja a oreja antes de lanzarse el uno sobre el otro para besarse como posesos. Ketil carraspeó—. Mi jarl, ¿damos por terminada la conversación? —Ella le abrazó por el cuello pegándose a su marido todo lo que podía. —Sí, creo que seguiremos mañana.

Les dejó solos y Hrafn se apartó para mirar sus ojos que aún seguían cerrados por sus besos. Cuando ella elevó los párpados sonrió. —Eres muy listo, mi jarl.

—Si no fuera por ti, no serviría de nada.

—Suerte tienes de haberme conocido.

Estaba repartiendo las gachas cuando la puerta se abrió de golpe y su hermano Esben entró con cara de susto. —Padre, los barcos que se hundieron ayer están en la orilla del bosque.

Su padre se volvió mirándole como si estuviera loco. —Hijo, ¿has bebido? ¿Tan temprano?

—¡Qué no! ¡Están allí! ¡Uno junto al otro! ¡Salí a cazar al amanecer y me los encontré! ¡Es una señal de los dioses para ayudar a los Orvansen!

Los hombres salieron corriendo y Hrafn le guiñó un ojo siguiéndoles.

—No parece que tu marido se haya sorprendido demasiado —dijo Inga con ironía.

—¿Tú crees? Pues es de lo más sorprendente. Estoy deseando ir a verlos, pero antes repartamos estás gachas.

—Sí, hermana…

Esta se olía algo, solo había que ver esa sonrisa. Bufó volviéndose, ya hablaría con ella. Sonrió porque hasta Bjorn ayudaba llevando a sus invitados cuencos de madera. Vio que estaba más contento y se preocupó por si pensaba que se quedaría. Si era así, tendría que quitarle esa idea de la cabeza cuanto antes.

Fue hacia el hogar y se acercó a Thora. —¿Nos falta algo? ¿Necesitas ayuda?

—Todo en orden, pero solo es el desayuno.

—Lo sé, han ido a cazar. Lo solucionaremos.

—¿Puedo ayudaros?

Se volvió y sonrió a la mujer de Ketil. —No, de momento todo está en orden. ¿Y tu hijo?

—Está con mi madre. —Se volvió para señalarla. —Se llama Kara como yo.

—Oh, yo soy Brynhild y ella es Thora.

—Ketil me ha hablado de ti. —Soltó una risita. —Y de tu puntería.

Se sonrojó. —Tuve suerte.

—No me extraña que nuestro jarl se haya prendado de ti, según mi marido lo supo en cuanto entró por esa puerta.

Había visto su conversación con su amigo y se sonrojó. —Eres muy amable.

—Se merece una gran mujer y estoy convencida de que lo eres. Por favor dejarme ayudar, no puedo estar sin hacer nada todo el día. Las demás también quieren echar una mano.

—Muy bien, pues dos que amasen el pan, dos que traigan agua y leche… —Empezó a organizarlas y entre todas se encargaron de las tareas para la comida. Brynhild decidió echarles un ojo a los niños y fue hasta el puerto. Estiró el cuello para ver los dos barcos juntitos en la orilla rodeados de hombres que no salían de su asombro. Sonrió volviéndose sobresaltándose cuando vio a Inga ante ella. —Eres igual que madre, ¿no es cierto?

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué?

—Un día la seguí hasta el fiordo. Yo era una niña, pero recuerdo perfectamente como se metió en el agua, se volvió plateada, tenía escamas y…

—¿Has perdido la cabeza?

—Le decía a todo el mundo que le salían ronchas con el agua salada, ¿adivina quién más lo dice?

—Lo soñaste, Inga —dijo muy seria.

—¿Te tiro al fiordo y lo comprobamos?

—¡No!

—¡Lo sabía! Cuando dijiste que te salían ronchas con el agua, me dije que era una casualidad, una casualidad enorme, pero podía ser, ¿no? ¡Pero eres como ella!

—Sí, pero no se lo dirás a nadie.

—¿Y que crean que estoy loca? —Dio un paso hacia ella. —Tú sacaste los barcos.

—Sí… —susurró—. Y no hables tan alto.

—Y tú los hundiste.

—Creí que nos atacaban.

—Por el rayo de Odín, has hundido los barcos de tu marido. —Se echó a reír. —Qué bien empiezas el matrimonio.

—Shusss… te van a oír.

—Él lo sabe todo, ¿no?

—Sí, me vio en el agua. Y si los hundí fue por su culpa, yo lo sugerí, pero tiraron la flecha ardiendo y creí que era la señal, no fue

culpa mía.

—Así que lo sabe… —dijo impresionada.

—Sí, me tiró y… Bueno da igual, sí que lo sabe.

—¿Y lo sabe todo?

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Vamos, no te hagas la tonta ahora. ¿Sabe que no puedes vivir lejos del mar?

Pálida susurró —¿Cómo sabes eso?

—¿No recuerdas cuando padre quería hacer un viaje al interior y madre se negó en redondo? Nos puso a nosotros de excusa, pero ya la había visto y supe por qué lo decía. No puedes alejarte del mar, ¿no es cierto?

—Madre me dijo que si un día me iba antes de oscurecer debía sentir el olor a sal, ese es mi límite. No puedo estar lejos si sale la luna.

Inga la miró preocupada. —¿O sino?

—No lo sé, según me dijo madre ni su abuela ni su madre se alejaron lo suficiente por miedo.

—¿Así que no sabes si es verdad?

—Y no quiero comprobarlo, gracias.

Inga se volvió para mirar los barcos. —Tu marido es muy afortunado de tenerte, sobre todo en este momento. Es como si fuera una señal de los dioses.

—¿Tú crees?

—Debías estar casada con él cuando ocurriera esta desgracia, debías ayudarle… Los dioses están detrás de este matrimonio y me pregunto la razón para que tu jarl sea tan afortunado.

Miró a su marido que a lo lejos pasaba la mano por el borde de uno de los agujeros que ella había hecho. Como si supiera que le observaba se volvió para mirarla. Fue en ese momento cuando se dio cuenta del grueso lazo que les unía. Algo que solo uno de ellos o

los dioses podrían romper. Y sintió auténtico terror a que eso ocurriera.

Tumbada al lado de su esposo en la bodega de su barco después de hacer el amor, le abrazó apoyando la mejilla sobre el martillo de Thor. —¿Por qué este tatuaje?

—Porque necesitaba su fuerza. En aquel momento necesitaba toda su fuerza.

—¿Fue cuando murió tu hermano mayor?

—Sí. Después de que le cortara la mano, después de que muriera el único hermano que me quedaba, no encontraba las fuerzas para continuar. Un hombre pasó por nuestra aldea, estaba buscando a su hija. —Entrecerró los ojos. —Lo recuerdo como si fuera ayer. Llegó caminando por la ribera del fiordo con un hatillo al hombro. En cuanto me vio dijo que lo necesitaba y te juro que después de que me lo dibujara me sentí mejor.

Acarició su piel. —Es hermoso.

—Cuando lo terminó dijo que Thor le había inspirado, que nunca había hecho un dibujo mejor. —Rio por lo bajo. —Y lo demostró con mi padre, le hizo un tatuaje en la espalda que era un desastre, pero todos le dijimos que era increíble.

Rio. —¿De veras?

—Menos mal que no se lo veía.

—Así que tuviste suerte.

—Viendo los dos, nadie diría que los había hecho la misma persona.

—Igual sí que le inspiró Thor.

—Mi abuelo está convencido de ello.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Mi padre se puso enfermo, le dolía el pecho no llegó ni a la noche. Mi madre murió seis días después. —Su mirada se oscureció.

—Se tiró por un acantilado. Pocas horas antes dijo que no soportaría más dolor.

—Lo siento mucho, cielo. —Levantó la cabeza para mirarle. —Debió ser terrible.

—Lo fue, pero tú ya sabes lo que es perder a un ser querido.

Sí, y precisamente por eso sabía todo lo que había sufrido. —Mi madre murió en el parto de Bjorn.

No disimuló su sorpresa. —¿Siendo quién era?

—Sí. Somos medio humanas, nos herimos como los demás y morimos como los demás. Fuera del agua no somos especiales.

—Preciosa, tú serías especial en cualquier sitio.

Le miró emocionada. —¿Siempre me vas a decir esas cosas?

—Siempre.

—Te lo recordaré dentro de muchos años.

Él cogió un mechón de su cabello y lo acarició. —Nos iremos en unos días, necesito ese oro.

—Te ayudaré en lo que sea.

—Tendremos que decírselo a Ketil.

Se tensó sentándose. —¿Qué has dicho?

—Necesitaré su ayuda para subir el oro, preciosa.

—No puede saberlo nadie.

—No podemos ir los dos solos.

—Pues… —Nerviosa dijo —¡Piensa otra cosa! ¡Mi madre no se lo dijo ni a su marido, yo no pienso ir diciéndolo por ahí!

—Mujer, ¿entonces cómo lo hacemos? ¿Me dejas el oro en la costa y digo que lo he encontrado? ¿Que ha venido solo?

Sus ojos brillaron. —Un regalo de los dioses por lo que ha pasado.

—No sabrás encontrar los barcos.

En eso tenía razón, nunca había salido del fiordo y tenía la sensación de que el mar era muy grande. Preocupada apretó los

labios. —Nunca he salido de estas aguas.

—Mi barco necesita varios remeros para moverse si no hay viento, es un barco muy grande.

—El barco de mi padre es más pequeño, nos lo dejaría.

—Aun así, necesitaremos más personas para navegar. Entraremos en mar abierto, no son aguas tan tranquilas como estas.

Se mordió el labio inferior pensando en ello. —¿Y si me llevas hasta allí para que vea dónde está?

—¿Y si te pierdes al ir a buscarlo o al volver? Preciosa, esto no me gusta. Ketil es de confianza y…

—He dicho que no. No puede saberlo nadie.

Hrafn apretó los labios. —Está bien, no se lo diré. Buscaré otra solución.

Suspiró del alivio. —No desconfío de ti, pero… Mi madre nunca lo dijo, siempre se ocultó y no confió en nadie porque a su madre la mataron.

—¿Qué?

—La mataron los de su pueblo, creían que era una maldición. Les mataron a todos excepto a mi madre, que logró huir tirándose al agua. Me dijo que mi abuela había ayudado mucho a los suyos, en una mala época ni tenían que comer, pero ella salió a pescar, los alimentaba. Al parecer hubo un incendio en su pueblo y el jarl murió con su familia. La responsabilizaron a ella, su presencia les había maldecido. Y una noche cuando dormían les atacaron. Un sacrificio para Odín —dijo con desprecio—. Lo repetían una y otra vez.

—¿Qué pasó con ellos?

Sus ojos se oscurecieron. —Mi madre les mató a todos cuando menos se lo esperaban. No le costó, estaban mucho más delgados por la falta de alimento. Al parecer su sacrificio les maldijo de verdad.

—Rechazaron un regalo divino.

Se le cortó el aliento. —¿De veras crees que soy eso?

—Preciosa, para mí eres el mejor regalo que recibiré nunca. —La abrazó con fuerza. —Y te juro por Odín que nunca te pondré en peligro.

Capítulo 10

Su marido decidió regresar a casa en cuanto los barcos fueron arreglados, así que una mañana dos semanas después se despedía de sus hermanos, que haciéndose los fuertes la besaron en la mejilla antes de que se subiera al barco. Desde la popa se despidió con la mano mirando a Bjorn que lloraba en brazos de Thyra. Le lanzó un beso y gritó —¡Volveré, cielo! ¡Volveré muy pronto! ¡Os quiero! —Las lágrimas cayeron por sus mejillas y miró a su padre que sonrió al lado de Arna. —¡Volveré!

—¡Cuídate mucho! —gritó él.

Hrafn se acercó y la cogió por el hombro atrayéndola a él. —No llores, mujer. Pronto les verás de nuevo. Te lo juré, ¿no es cierto?

—Sí. —Le miró forzando una sonrisa. —Y lo cumplirás.

Rio por lo bajo. —Más me vale. —La besó suavemente en los labios. —¿Por qué no vas abajo y descansas un poco? Ayer no dormiste nada pensando en nuestra partida. No llegaremos hasta mañana a la tarde.

—Sí, estoy muy cansada… —Se limpió las lágrimas y se volvió. Inga la esperaba en las escaleras y se acercó. —¿También vas a dormir?

—Me voy a asegurar de que tú lo hagas, no tienes buen aspecto.

—Estos últimos días no he descansado muy bien. —Cuando bajó los escalones se dejó caer sobre la piel de lobo que usaba con su marido para dormir y se tumbó. —Odio provocar sus lágrimas —dijo pensando en su niño—. Estaba tan triste porque nos íbamos.

—Se repondrá. —Se sentó a su lado. —Ahora descansa. Debes tener fuerzas para la nueva vida que tienes por delante. Y no será fácil empezar de cero.

—Tienes razón. —Cerró los ojos y bostezó. —Jamás me he sentido tan cansada.

—La vida de casada.

—Sí, es de lo más ajetreada.

—En cuanto tengas tu casa, todo cambiará.

—Para eso necesitamos dinero… —Apretó los labios mirando hacia la escalera. —Mi marido…

—Dime.

—Quiere decirle mi condición a Ketil para ir a buscar tesoros de barcos hundidos. ¿Crees que hago mal al negarme?

—¡No! Si alguien se enterara…

—Lo sé, pero necesitamos que alguien nos ayude con el barco y la carga.

—Yo puedo ir.

—Cielo, tú no sabes navegar, no lo hemos hecho nunca. Dos giros de un remo y nos tirarías a todos por la borda.

Inga soltó una risita. —¿Y mi Olef?

—Si se entera Olef, mi esposo se ofendería, le hice prometer que no se lo diría a nadie. Ni siquiera sabe que tú conoces mi condición.

—Qué dilema, hermana.

—Saben de un lugar donde se hunden muchos barcos que vienen de incursiones del sur, seguro que encontraría algo en esas aguas. Pero el mar es muy grande, no sé si sabría volver si fuera sola.

—No, no irás sola. ¿Y si te pierdes? —dijo Inga asustada cogiendo su mano—. Se lo diremos a Ketil y a Olef, pero a nadie más, ¿crees que será suficiente para llevar el barco?

—Espero que sí. ¿Tu marido guardará el secreto?

—Antes se mataría que traicionarte, te adora casi tanto como a mí.

—Entonces ahora hay que rezar porque Ketil sepa mantener el secreto.

Escuchó pasos y ambas miraron hacia las escaleras. El jarl bajaba por ellas y Brynhild se sentó. —Cielo, ¿ocurre algo?

—¿Estás bien? ¿Estás cómoda?

Se emocionó porque se preocupara tanto por ella. —Muy cómoda. Ven, quiero contarte algo.

Su marido se acercó. —¿Estás en estado?

Parpadeó de la sorpresa. —¿Por qué piensas eso?

—La esposa de Gorm acaba de decirme que no has podido probar bocado en el desayuno, algo que le pasó a ella al tener el bebé.

Inga separó los labios de la impresión. —Eso también le pasaba a madre, ¿recuerdas?

—Sí, pero puede ser una casualidad, no tenía nada de hambre de los nervios.

—Entonces habrá que esperar a ver si se te hincha el vientre, mujer —dijo él —. ¿Qué querías decirme?

Miró de reojo a su hermana, a ver cómo se tomaba aquello después de decirle que no debía saberlo nadie. —Inga descubrió mi problemilla con el agua.

Él miró a su hermana como si nada. —¿De veras? ¿Qué problemilla con el agua?

Inga bufó. —El mismo problema que tenía mi madre. Un día la descubrí, pero no dije nada hasta que encontré señales alarmantes en mi hermana.

—No es nada alarmante, es un regalo de los dioses —dijo él muy serio.

—Sí, pues su regalo impide que pueda bañarse en el fiordo a la vista de todos.

Hrafn la miró. —Lo sabe.

—Te lo acabo de decir.

—Inga, como tu nuevo jarl te ordeno categóricamente que no digas nada a nadie sobre este tema.

—Anda este, ahora me lo ordena.

—Inga…

—No pensaba decir nada.

—Le he prometido a mi esposa que no se enteraría nadie y cerrarás la boca.

—Cielo, se lo vamos a decir a Ketil y a Olef, ¿crees que será suficiente fuerza humana para llevar el barco?

Su marido no se lo podía creer. —Pero si dijiste…

—Sé lo que dije, pero les necesitamos, ¿serán suficientes sí o no?

—Mi Olef vale por dos. —Su hermana levantó la barbilla orgullosa. —Qué hijos más fuertes voy a tener.

—Hermana céntrate, por favor.

—Estoy muy centrada, ¿serán suficiente o no?

—Estoy pensando —dijo el jarl—. En mar abierto se necesitan muchas manos para guiar un barco. Quizás el barco pequeño.

—¿Uno de los reparados? Ah, no —dijo Inga—. Que no me fío.

—Está bien reparado.

—Ya, ya, pero yo voy en este. Que es la primera vez que piso el mar y quiero algo bien grande.

La miró sorprendido. —Tú no vas.

—Donde va mi hermana ahí voy yo, que se lo he prometido a padre.

Emocionada cogió su mano. —¿De veras te pidió eso?

Inga sonrió. —Seré como una lapa.

Soltó una risita. —Vete acostumbrándote, marido. Nuestra familia no falta a una promesa. Busca otro hombre que pueda echar una mano y que sea de fiar.

Gruñó volviéndose y yendo hacia las escaleras. —Otro que sea de fiar…

—¿Acaso tus hombres no lo son?

—¡Es que esto es muy gordo y si se va de la lengua la culpa será mía!

—Claro, por haber elegido mal —dijo su hermana como si fuera lo más evidente del mundo.

—¡Pues eso he dicho! —Entonces se detuvo en seco y miró a su esposa como si la viera por primera vez.

—¿Qué?

—Moviste los barcos bajo el agua, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y podrías hacerlo para sacarnos de una situación difícil? ¿Durante cierto tiempo?

—Sí, ahí abajo no me canso.

Hrafn sonrió. —Entonces no necesitamos a nadie más. Nos las arreglaremos con Olef, Ketil y el viento.

—Perfecto. ¿Y cuándo se lo decimos?

Su hermana hizo una mueca. —A mi marido habrá que demostrárselo o no se lo creerá.

—Y a Ketil también.

—Pues les haré una demostración el día en que partamos, no hace falta que sepan nada hasta ese momento. —Se tumbó. —Ahora que este dilema ya no me ronda en la cabeza, voy a dormir.

Inga se tumbó a su lado y bostezó. —¿Puedes decirle a mi amado esposo que voy a descansar?

—No te preocupes por eso.

El jarl subió y vio que se estaba levantando viento, al mirar su anillo se dio cuenta de que la piedra se estaba oscureciendo. —Perfecto para su primer viaje —dijo entre dientes—. ¡Remad! ¡Hay que llegar a casa cuanto antes!

Brynhild se despertó y parpadeó cuando se vio en el otro extremo de la bodega con su hermana al lado y la piel de lobo sobre ellas. ¿Cómo habían llegado allí? Se apoyó en el codo, Inga gimió abriendo los ojos. —Un poquito más.

Las escaleras estaban empapadas y el agua había llegado a la mitad de la bodega. —Despierta. —Se levantó preocupada y fue hasta la salida para mirar al exterior. El cielo tenía un color azul precioso, ¿habría llovido? —Subió los escalones y sacó la cabeza para ver que todos estaban agotados durmiendo en distintos sitios del barco. Su marido se acercó cogiendo su mano para que subiera los últimos escalones. —¿Qué ha ocurrido?

—Hemos tenido la peor tormenta que recuerdo.

—¿De veras? Pues no me he enterado de nada.

—Ya me di cuenta, tuve que moveros porque te hubieras mojado y no queremos eso.

—Oh… —Una gota la salpicó en la cara y al instante mostró un reflejo plateado que su marido cubrió con la mano. —Oh…

—Preciosa, será mejor que no subas. Que tu hermana se encargue de ti.

—Pero me lo perderé todo.

Él apretó los labios. —No hay otra opción.

Puso mala cara antes de volverse e ir hacia las escaleras para bajar. Inga subía. —¿Qué pasa?

—Que no puedo salir.

Su hermana hizo una mueca. —¿El mar te ha salpicado? Entiendo. Esto es mar abierto no es como las aguas del fiordo,

podrás salir en cuanto entremos en el suyo.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se miró las manos. —A veces pienso que esto es una maldición.

—No digas eso. —Su hermana se sentó a su lado. —Es un regalo de los dioses.

La miró de reojo. —¿Eso crees?

—Yo me alegro mucho de no ser como tú, pero tiene que serlo.

Sonrió sin poder evitarlo. —Así que te alegras.

—Yo no sabría lidiar con ello. ¿Crees que tus hijos…?

—Solo la primera niña.

—Ah… Bueno, solo será una, podrás lidiar con ello.

—Más me vale, a la abuela la mataron por esto.

A Inga se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Creían que era una maldición, la maldición les llegó después.

—¿Madre se vengó?

—Sí.

—Pues me alegro. —Apretó los labios. —Mi Olef no dirá nada que nos ponga en peligro, no te preocupes. Y Ketil adora a su jarl, antes se cortaría la lengua que exponerte.

Escucharon un cuerno y ambas miraron hacia arriba. —¿Qué es eso? ¿Viene alguien? —preguntó su hermana.

—Corre, dime lo que pasa.

Su hermana corrió escaleras arriba mientras se escuchaban pasos acelerados en la cubierta hacia la popa del barco. —¡Están en problemas! —gritó alguien.

—¡Virad, hay que ayudarles!

Sin aliento se levantó mirando el techo. Uno de los barcos necesitaba ayuda. Gimió porque ella había provocado que tuvieran problemas. Fue hasta las escaleras y apretando los labios subió.

Como temía a lo lejos el barco del abuelo se estaba hundiendo y muy rápidamente. No les daría tiempo a virar y no veía el otro barco, se debía haber alejado por la tormenta.

—¡No, no! —gritó Hrafn—. ¡Volved a los remos, debemos virar!

Los hombres corrieron y Hrafn reparó en ella. —No, preciosa.

—No hay otra opción.

Se subió a la borda y se lanzó al agua. Inga se llevó la mano al cuello viendo una estela plateada cruzando el mar tan rápido que cualquiera pensaría que se lo había imaginado. Varios miraron a su jarl gritando que su esposa se había tirado al agua, pero él simplemente miraba el barco de su abuelo con los labios apretados. De repente el barco se elevó en el agua y se acercó a ellos a buena velocidad. Su abuelo miraba hacia el agua sin poder creérselo. Durante unos instantes, hasta se veía la tabla separada del casco por donde entraba el agua, pues quedaba por encima del mar. El barco se acercó al suyo y el jarl gritó —¡Ayudadles a subir!

Los hombres corrieron dando gracias a los dioses y el jarl ayudó a varias mujeres a subir al barco. —¡Inga, encárgate de ellas, que se queden abajo!

—Sí, jarl.

—¡Hay que descargar las provisiones! —gritó el abuelo—. ¡Aún podemos salvar las herramientas y otras cosas, aunque se hayan mojado!

—¡Rápido, haced lo que dice mi abuelo!

Mientras los hombres trabajaban, él miró hacia el mar y vio un reflejo plateado bajo el casco. —Muy bien, preciosa. Les has salvado.

Cuando su abuelo subió a cubierta se puso a su lado. —Njord está de nuestro lado.

—Eso no lo dudes, abuelo. El dios del mar ha tenido mucho que ver en esto. —No sabía cómo avisarla de que ya estaban a salvo. Entonces recordó. —¡Encended una flecha!

Uno de sus hombres lo hizo sin dudar y se acercó con el arco. —Tienes que lanzarla lo más bajo que puedas sin que caiga al agua, ¿me has entendido?

—Sí, mi jarl. —Se agachó poniendo la flecha ardiendo al borde de un barril y la lanzó al horizonte.

Brynhild vio la estela anaranjada pasar al lado del barco y lo soltó alejándose de él. Su marido al ver que lo había entendido suspiró del alivio. —¡Una manta, Inga!

Su cuñada corriendo llegó con ella. —¿Qué vamos a hacer? La verán todos.

—¿A quién? —preguntó su abuelo.

El jarl dio un paso al frente. —Muy bien, es evidente que todos habéis visto lo afortunados que hemos sido por la gracia de los dioses.

Todos con los ojos como platos asintieron. —Y por ello, ahora mismo todos os daréis la vuelta mirando hacia el sol, os pondréis de rodillas y con los ojos cerrados y la frente en el suelo, daréis gracias por todo lo que han hecho por nosotros. No debemos ser desagradecidos y en cuanto podamos sacrificaremos dos vacas para dar las gracias a Odín. De momento les rendiremos pleitesía de este modo.

Su abuelo frunció el ceño y caminó hacia los demás. —¿No habéis oído a mi nieto? ¡Y no se os ocurra levantar la cabeza hasta que el jarl lo diga! ¡Agradeced su generosidad con los nuestros!

Todos se volvieron y se arrodillaron. Cuando estuvieron con la frente en el suelo, Hrafn se volvió para ver que su esposa estaba justo debajo. Se agachó para alargar su mano y Brynhild que la vio, salió del agua alargando la suya. Su marido tiró de ella sacándola del agua y su hermana asombrada por su aspecto la envolvió a toda prisa hasta cubrirle la cabeza. —En la bodega hay alguna mujer —susurró Inga.

—Hay que secarla cuanto antes. —Entre los dos la frotaron todo lo que podían y después de unos minutos frenéticos solo su

cabello la delataba.

—Dadme algo para envolverlo —dijo cubriéndose la cabeza con la manta.

Su hermana corrió hacia abajo para ir hacia una de sus bolsas y cogió una camisa de Olef. Subió a toda prisa y entre las dos cubrieron su cabello plateado. Hrafn sonrió. —Lo has hecho muy bien, preciosa.

Le guiñó un ojo. Hrafn se aseguró de que todo estuviera bien antes de volverse y no le sorprendió que su abuelo lo hubiera visto todo. Nunca había sido de los que recibían órdenes. Se acercó a él que levantó una ceja. —Tú no podías casarte con una mujer normal y corriente. Siempre supe que tenía que ser alguien excepcional.

—Pues has dado en el clavo.

El abuelo asintió. —Muy bien, ya está bien hasta que realicemos los sacrificios. ¡Hay que llegar a casa!

Cubierta con la manta se puso en pie y miró hacia el barco que casi se había hundido del todo. Su marido se puso a su lado abrazándola por el hombro. —¿Crees que el barco de Ketil está bien?

—Más nos vale —dijo él preocupado mirando el horizonte—. Esto es culpa mía.

—No, no digas eso.

—Me precipité en los arreglos para regresar a casa y esta es la consecuencia.

—Creías que estaban bien, nunca les hubieras puesto en peligro. Además, recuerda por qué hubo que hacer esos arreglos.

—Yo te alenté.

—Ahora ya no sirven de nada las lamentaciones, debemos solucionar el problema.

Él sonrió. —¿Qué tal tu primer baño en alta mar?

—El agua está un pelín más fría y mucho más salada.

Rio por lo bajo. —¿De veras?

—Y da algo de miedo, la verdad. Desde ahí abajo parece infinito.

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe. —Si te da miedo lo dejaremos.

—Cielo, tengo que acostumbrarme. Estoy acostumbrada a la anchura del fiordo y esto es muy distinto. —Ambos miraron el mar. —Es muy hermoso, realmente lo es.

—La primera vez que salí a navegar estaba terriblemente asustado.

—¿De veras?

—Había oído tantas historias de hombres que no volvieron a casa…

Ella acarició su pecho. —Pero regresaste y regresarás siempre a mí.

—Te aseguro que lo intentaré con todas mis fuerzas, preciosa.

Capítulo 11

Ver aquel lodazal endurecido que había arrasado toda su aldea, fue desolador. Ella que no había entendido cómo podía haberles pasado eso, lo comprendió al ver la montaña que había tras el antiguo pueblo. Estaba lejísimos y aun así parte de ella se había deslizado como una gran lengua de tierra hasta el fiordo. Increíble. A medida que el barco pasaba, todos sus antiguos habitantes se acercaron a la borda para ver lo que quedaba de su antigua vida. Fue terrible ver sus caras y oír sus llantos, pero lo que a Brynhild le dolió más fue la expresión de su esposo, era evidente que creía que les había fallado a los suyos al no estar con ellos. Le cogió por el brazo para intentar consolarle, pero él se apartó y gritó —¡Subiremos hasta las antiguas tierras de los Eiriksen!

El abuelo se acercó a ella. —Al menos tendremos un techo, aunque pueda desplomarse sobre nosotros en cualquier momento.

—¿Quiénes son los Eiriksen?

—Unos ladrones y unos asesinos. —Sonrió con ironía. —Eran familia de la madre de mi madre.

Ella levantó una ceja. —Así que eran familia vuestra.

—Yo no les conocí, mi padre tuvo que darles una lección porque nos robaron ganado. Los expulsó de esas tierras y a los que se les permitió quedarse cambiaron de vida.

—Entiendo.

—Hace muchos años que no voy por allí, igual no tenemos ni techo.

—Al menos hoy hará buena noche.

El abuelo se la quedó mirando y Brynhild se sonrojó. —¿Qué?

—Le has cambiado, ¿sabes?

Le miró sin entender.

—A mi nieto. Desde que murió su hermano mayor ha querido mostrar al mundo lo fuerte y valiente que es, sin sentimientos sin pasión, pero tú… Tú le has cambiado. Hacía muchísimo que no le veía sonreír como lo hace contigo.

Se sonrojó de gusto. —¿De veras?

—¿Qué has dicho? —gritó Olef ofendido cogiendo de la camisa a uno de los guerreros de Hrafn—. ¡Atrévete a repetirlo, canijo!

—¿Qué ocurre? —gritó el jarl.

—¡Este imbécil ha dicho que desde que hemos entrado en vuestras vidas solo hay desgracias entre los suyos!

El jarl entrecerró los ojos mirando a su hombre. —¿De veras has dicho eso, Erik?

—Puede que te hayas casado con una de ellos y estés ciego a la realidad, pero es evidente. Iniciaste ese viaje para conseguir ovejas y has perdido este barco y una fortuna en oro. ¡Hemos perdido nuestro pueblo y dos barcos más, de manera inexplicable, casi se hunden en su fiordo y para colmo fueron mal reparados! ¡Los dos se han hundido!

—¡Ketil aparecerá en cualquier momento!

—¡Seguro que el de Ketil se ha hundido también! ¡Desde que entraron en nuestras vidas solo ha habido desgracias!

El corazón de Brynhild empezó a latir con fuerza viendo cómo se gritaban los unos a los otros y otras imágenes de gente gritando aparecieron en su mente. Vio a su abuela, como era empujada hacia el fiordo por una masa de gente furibunda. Su abuela se volvió y gritó —¡Huye! ¡Huye, hija!

—¡Ella te ha cegado, jarl! —gritó una mujer dejándola sin aliento—. ¡Por algo no se relacionaban con nadie! ¡La gente les tiene miedo!

—¡Deja de decir estupideces! —gritó imponiéndose a todos—. ¡Mi esposa y su gente tienen tanta culpa de lo que ha pasado como tú, que es ninguna! ¡Hace unas horas rezabais dando las gracias a los dioses por la suerte que habíais tenido! ¡Nadie ha muerto y eso ya es una suerte! —Fulminó a su hombre con la mirada. —Y Ketil volverá con nosotros. Hemos sobrevivido a muchas cosas en el pasado y esta es una más. Intentar culpar a las personas que os acogieron tan amablemente, es mezquino y estúpido. ¡Los dioses han querido que nuestra vida cambie y no tiene por qué ser para peor! ¡Nunca me gustó nuestro asentamiento, y esta es una oportunidad para mejorar!

—No nos queda nada —dijo una mujer llorando.

—Te queda la vida y gracias a la familia de mi esposa tendremos comida y mantas para no pasar frío. ¡Nos han dado herramientas y muchas cosas más! ¿Y les tratáis así? ¡Nunca me he avergonzado de los míos hasta hoy! —Muchos agacharon la mirada. —Dejad de quejaros tanto y reservad las fuerzas para levantar vuestras casas de nuevo, nos irá mucho mejor.

—¡Ya habéis oído a mi nieto! ¡Preparaos para desembarcar!

Hrafn se acercó a ella y siseó —Preciosa, no te separes de mi en unos días, hasta que los ánimos se calmen.

Inga separó los labios de la impresión. —¿Corremos peligro?

—Hace unos días te hubiera dicho que no porque mi palabra era ley, pero ahora todo ha cambiado.

El abuelo se acercó. —Algunos están murmurando que ella se tiró al agua poco antes de que se acercara el barco. Que es ella la que nos ha salvado a todos.

Brynhild gimió y al mirar hacia ellos se dio cuenta de que la observaban.

—No te preocupes, es un rumor, no pueden estar seguros de nada —dijo Inga—. Diré que creíste que había que ayudar así.

—¿Tirándome al agua? —preguntó con ironía.

—En situaciones de pánico nunca se sabe lo que se nos ocurre.

Bufó mirando a su marido que dijo —No se enterará nadie. Ni se imaginan la verdad.

—¿Es cierto, jarl? —preguntó una joven sonriendo ilusionada —. ¿Es cierto que tu esposa nos ha salvado? ¿Que tiene la magia en su interior?

Miró a su marido como si fuera tonto y él carraspeó volviéndose. —¿De qué hablas, Edith? ¿Quién te ha dicho esa estupidez?

—Varios la vieron tirarse al agua y después una estela plateada llegó al barco de tu abuelo… —Se sonrojó. —¿No es cierto?

Había tal esperanza en su voz, que su marido apretó los labios antes de mirarla. Brynhild se dio cuenta de que si no utilizaba eso a su favor, en el futuro tendría problemas. Dio un paso al frente. —¿Que si tengo magia en mi interior? No. —Varios mostraron su decepción. —Yo no hago magia, yo soy así. —Alargó el brazo por la borda y el agua ascendió hasta mojar su mano. La levantó y todos separaron los labios de la impresión. —Soy Brynhild, descendiente de Freya y del dios del mar. Y voy a vivir entre vosotros porque así lo quieren los dioses.

—Menos mal que no ibas a decir nada —dijo su hermana por lo bajo.

—Cierra el pico. ¿No ves que están asustados?

—Más te vas a asustar tú como entren en pánico y quieran liquidarte.

—Sonríe… —dijo entre dientes.

Inga hizo una mueca mirando a su marido que no disimulaba su cara de pasmo. —Hala, ya me lo has cabreado.

—Tus problemas conyugales están al final de una lista larguísima de preocupaciones, ¿sabes?

Su marido dio un paso al frente. —No íbamos a decir nada porque es importante que nadie fuera de nuestro pueblo se entere

de esto por la seguridad de mi esposa.

Varios asintieron mientras otros murmuraban con admiración. —Descendiente de Freya y Njord, son dioses muy generosos con sus fieles.

El jarl se tensó con fuerza. —¿Qué has dicho?

El hombre se sonrojó. —¿Es algo que sabe todo el mundo, jarl?

—¿Te parecía que su padre era rico? ¿Que nadaba en la abundancia?

—Pues no, mi jarl.

—¡Es una mujer! ¡Tan mundana como tú y como yo! ¡Los dioses le han dado una habilidad, eso es todo! ¡No pienses que los dioses se van a presentar ante ti para hacerte rico, porque te vas a llevar una decepción!

—Claro que no, jarl —dijo avergonzado—. Ni se me ocurriría pensar algo así, no soy merecedor de ello.

—¡Exacto! ¡Así que dejaos de sueños y de todas esas tonterías que se os pasan por la cabeza! ¡Mi mujer es tan real como todos nosotros y siente lo mismo que los demás, así que dejad de ofenderla a ella y a su familia!

—Sí, jarl —dijeron muchos aún impresionados por su mano que ya se estaba secando.

Hrafn se acercó a ella y preocupada preguntó —¿Crees que he hecho bien?

—En este momento no sé qué decirte. Tú por si acaso no muestres mucho más, pueden asustarse.

—¿Eres descendiente de Njord? —preguntó Olef asombrado.

—Shusss —contestó Inga—. Pues sí, pero a mí no se me entregaron esos dones. Y no, yo no nado como ella, así que coge ese remo que tengo unas ganas de llegar que no puedo con ellas. —Se acercó a su hermana a toda prisa. —¿Somos descendientes de los dioses o solo estabas exagerando un poquito, hermosa?

Hizo una mueca. —Tendría que habértelo dicho, ¿no?

—¡Pues sí! —De repente se llevó la mano al pecho. —Por eso tengo esos sueños.

—¿Qué sueños?

—A veces sueño cosas como cuando Olef me dio nuestro primer beso o cosas así. Soñé que me iba por eso creí que era con la familia de él.

—Entiendo. También tienes premoniciones.

—¿Eso son?

—Y yo que pensaba que todo iba a la primogénita… —Sonrió abrazándola. —Me alegro mucho por ti.

—Lo que pasa es que así no te sientes tan sola en esto de tus rarezas.

—Exactamente.

El abuelo se acercó mirando al frente y ambas se volvieron para ver el desolador y ruinoso poblado. Las casas eran de piedra y muy pequeñas, por supuesto no tenían tejado porque la paja había desaparecido hacía mucho y no había casa del jarl. Era tan primitivo, que les desmoralizó a todos.

—Hermana, hay mucho trabajo por delante —dijo Inga—. No podrían tener una mujer del jarl mejor.

—Muy graciosa.

—Lo sé.

—Bueno, manos a la obra.

Esa noche algunos durmieron en el barco y otros en las casas de piedra. Habían cubierto las casas con las mantas más viejas, atadas a cuerdas con estacas de madera. No era lo ideal sobre todo si llovía. Afortunadamente, la cena se solventó con pescado salado y algo de cecina con queso. Su marido no pudo dormir en toda la noche de la preocupación por su pueblo y ella lo sintió muchísimo.

Casi al alba, ella se volvió sobre su piel de lobo dándole la espalda y suspiró.

—Siento todo esto, siento haberte traído aquí sin ninguna comodidad y haberte expuesto a los míos de esta manera.

—Eh, me tratan muy bien. Ayer por la noche estaban encantados conmigo. Y las comodidades llegarán. —Se volvió mirándole ilusionada. —Haremos una casa del jarl enorme para que todos cenen con nosotros cada noche. Será perfecto, ya verás.

Él cogió su mano y sonrió. —¿Eso crees?

—Claro que sí, en cuanto solucionemos donde tienen que dormir y el tema de la comida, podremos irnos y regresaremos con tanto oro que todos estarán tranquilos.

—Espero que Ketil llegue pronto.

—Llegará, los dioses nos echarán otra mano, ya verás.

—Ya son unas cuantas.

Hizo una mueca. —Y espero que sigan así. Si estoy aquí es por algo, cielo. Por algo importante, no nos darán la espalda.

Él acarició su mejilla y Brynhild cerró los ojos disfrutando de su contacto antes de recibir un suave beso en los labios. —Tenemos mucho que hacer antes de que llegue nuestro primer hijo, así que a trabajar.

Brynhild abrió los ojos sonriendo y escucharon un cuerno. Sonrió aún más. —Ahí están, cielo.

Su marido salió corriendo de la casa desencajando la puerta y ella hizo una mueca. —Se veía venir. —La puerta cayó al suelo y suspiró dejándose caer sobre la piel de lobo. —Freya, ayúdanos un poquito. Sé que estás muy ocupada, pero échanos una mano, por favor.

Esa noche sentados alrededor de una hoguera, ella sirvió un cuenco de guiso de conejo a los hombres, al igual que el resto de las

mujeres porque se consideraba una más. Cuando terminó, se sentó en un tronco al lado de su marido y comió con ganas.

—Está muy sabroso, nieta —dijo el abuelo sonrojándola—. Todos hablan de tus habilidades en la cocina y es evidente que son muchas con los pocos recursos que tienes.

—Gracias, abuelo. Hay más si queréis repetir.

Los hombres asintieron con la boca llena. Ketil la miró fijamente, lo que la sonrojó aún más. —Sí, lo que te han dicho es cierto.

—Lo siento, pero es que aún no doy crédito.

—Mi mujer tiene una habilidad que vamos a explotar. ¿Seguro que recuerdas el sitio?

—Sí, jarl. Sé exactamente donde se hundió nuestro barco. No se me olvidará nunca, solo pude salvar a cinco hombres aquella noche. Varios venían conmigo, si quieres…

—No meteremos a nadie más en esto. —Se volvió hacia Olef que escuchaba atentamente. —¿Te preocupa venir?

—¿Con mi señora a bordo? No, mi jarl.

Brynhild sonrió. —Gracias, cuñado.

—La familia para las buenas y para las malas. ¿Está muy lejos?

—A tres días en barco —respondió Ketil—. Si el tiempo sigue así, será una buena travesía.

—No te confíes, amigo, ya sabes cómo va esto.

Ketil asintió. —Pero la tenemos a ella.

—Mi mujer es tan mortal como nosotros, no debemos correr riesgos. Como va a nadar muy abajo, llevará una cuerda. No sabemos el estado de los barcos, hay que tener precaución.

—Cielo, si algo se me cayera encima no podrías sacarme, la cuerda daría lo mismo.

Hrafn apretó los labios. —La llevarás.

—Como quieras.

Ketil suspiró. —Allí hay muchas corrientes, jarl. ¿Estás seguro de esto?

—Te aseguro que lo que menos querría es poner en peligro a mi esposa —dijo molesto—. ¿Pero acaso tenemos otra opción? Estamos arruinados y debo a mi suegro hasta el barco que nos ha traído hasta aquí. Y no hace falta que me recuerdes que perdí ese barco y el oro que hemos podido traer.

—Nunca te lo recriminaría, mi jarl. Querías conquistar a tu mujer y yo hubiera hecho cualquier cosa para conseguir a la mía.

Su marido carraspeó mientras ella reprimía la risa. —No tiene gracia —dijo él por lo bajo.

Terminó su cocido y cogió el cuenco de su marido. —¿Quieres más?

—No —dijo de mal humor.

Las mujeres recogieron los cuencos y fueron a lavarlos. Ella ofreció a los hombres un poco de pan con queso, pero su marido lo rechazó, seguramente para que los demás tuvieran más ración.

Inga regresó del fiordo con los cuencos ya limpios. —He pensado que lo mejor era reservar el agua del pozo por si acaso.

—Bien visto, no sabemos de cuanta agua disponemos. Lo averiguaremos mañana.

Inga miró al grupo alrededor del fuego. —Tu marido está furioso, no lleva muy bien esta situación.

—Creo que no está acostumbrado a depender de nadie para solucionar sus asuntos.

—Y que su mujer le saque las castañas del fuego es algo que no soporta, ¿no es cierto?

—No se da cuenta de que las mujeres llevamos haciendo eso desde el principio de los tiempos. Cuidamos su casa, a sus hijos y sus tierras cuando se van de incursión, sin nosotras su vida sería mil veces más difícil, ¿no crees?

Inga entrecerró los ojos. —Cierto, pero aun así te preocupa.

—Tengo el presentimiento de que toda esta situación se va a complicar.

—¿En qué? No podemos estar peor. —Miró a su alrededor. —Con la llegada de Ketil somos más y la comida ya escasea.

—Mañana saldrán de caza. Los caballos de padre nos hubieran venido muy bien en estas circunstancias.

—Los traeremos la próxima vez que vayamos.

Su marido se levantó y se alejó. Vio como cogía un hacha y empezaba a cortar leña. Era evidente que necesitaba desquitarse. —Acuéstate, Inga, tienes que estar agotada, has trabajado más que nadie.

—Esa has sido tú y te aseguro que muchos se han dado cuenta. —La besó en la mejilla. —Hasta mañana.

—Que descanses. —Caminó hacia su marido y se sentó en un tuco para observar a su esposo. —¿Estás enfadado porque la solución depende de mí?

Él apretó los labios cogiendo un tronco. —Estoy enfadado porque la solución depende de ti poniéndote en peligro y no puedo hacer nada.

Sonrió. —¿Y si te prometo que no cometeré ninguna imprudencia?

Dejó caer el hacha y la miró. —Júramelo por Odín.

Hizo una mueca pensando que igual en algún momento tendría que correr algún riesgo y él juró por lo bajo. —Júramelo, mujer.

—Te lo juro. No me pondré en peligro.

—No, porque si te pierdo no merecerá la pena.

Se tiró sobre él y le abrazó con fuerza sintiendo lo afortunada que era por tenerle. —Vámonos a dormir, cielo. Eso puedes hacerlo mañana.

Hrafn dejó caer el hacha y cogiéndola por la cintura fueron hacia su casita de piedra, que ahora con la llegada de los demás

compartían con Olef y su hermana. —¿Cuándo crees que podremos irnos?

—Una semana, nos iremos cuanto antes. Necesito ese oro para ir a Heirst y comprar todo lo que necesitamos para el invierno. Tenemos muy poco tiempo.

—Lo lograremos.

Ante la puerta tiró de ella para pegarla a su cuerpo y se miraron a los ojos. —Me lo has jurado, esposa.

—No correré ningún peligro.

Besó sus labios suavemente. —Ya no podría vivir sin ti, te me has metido en la sangre, mujer.

Emocionada le miró a los ojos. —Yo también te amo.

Él sonrió. —Espero que Olef no ronque.

Capítulo 12

Pues sí que roncaba, sí, pero Inga no parecía enterarse porque dormía como un tronco pegada a él. Volvió la cabeza para mirar a su marido que tampoco parecía enterarse. Espero que Olef no ronque, ¿quién decía algo así después de confesar tu amor? Entrecerró los ojos. A él se le había metido en la sangre, pero quería entrar en su corazón y por su contestación era evidente que no lo había hecho. Hablar de los ronquidos de su cuñado justo en ese momento, era buena muestra de que él no sentía lo mismo y que su corazón aún estaba libre. Pero está casado contigo, dijo una vocecita en su interior, es tuyo para siempre. No, para siempre no que puede que la dejara por otra, no era la primera vez que ocurría. Sin poder dormir porque su cabeza no dejaba de dar vueltas, se levantó y después de ver que su marido ni se había dado cuenta, apretó los labios antes de salir de la casa. Caminó hacia el fiordo mirando a los que dormían cerca del fuego aún encendido. Se acercó al agua y se sentó en una roca. El reflejo de la luna en el agua la embelesó y se la quedó mirando durante unos minutos. Entonces vio una especie de anillo de oro dentro de la luna y un caballo alado que se acercaba. La luna cada vez parecía más grande y sin poder creérselo se levantó para ver salir del reflejo un hermoso caballo blanco y sobre él la mujer más hermosa que vería jamás. Llevaba una corona de oro sobre sus hermosos mechones rubios. Sus ojos la miraron como si pudieran leer en ella. —Llevaba mucho tiempo deseando este momento, hija.

—Freya… —dijo impresionada.

Sonrió aún más. —¿Te importa si te llamo hija? Es que ni recuerdo cuantas antecesoras has tenido, la verdad. Ha pasado

mucho tiempo desde que mi querida hija tuvo a la primera de vosotras.

—No me importa.

—Tu nombre es Brynhild, ¿no es cierto?

—Sí, mi diosa.

—Me agrada tu esposo, es el hombre que necesitas para tu misión.

Dio un paso hacia ella. —¿Misión?

Freya perdió la sonrisa del todo. —Hace mucho tiempo, alguien me robó algo muy valioso para mí.

Se le cortó el aliento. —El collar que te quitó Loki. Brisingamen… Mi madre me lo contó de niña. Es del ámbar más hermoso y dicen que no tiene rival. Pero lo recuperaste. Mi madre me contó que nunca te lo quitas.

—Hace cien años me lo volvieron a robar —dijo con rabia—. El desgraciado que lo hizo ha tenido que esconderlo en las profundidades del mar, pues es el único lugar donde no lo siento y por mucho que lo he buscado no he dado con él. Ni mi padre lo ha encontrado, pero he tenido la visión de que tu podrás ayudarme. Si lo encuentras recompensaré a tu familia con riquezas que no tendrán fin.

—No hace falta que nos recompenses, mi diosa, te ayudaré con gusto si está en mi mano. ¿Cómo puedo encontrarlo?

—No lo sé, solo sé que está en tu mano dar con él. Déjate guiar por el instinto, hija. Si lo encuentras, tus descendientes y tú jamás tendréis que preocuparos por el oro. Consíguemelo y tendréis todo lo que deseáis.

—Intentaré encontrarlo, mi diosa.

—Sigue tu instinto. —Su caballo se acercó hasta ella y alargó la mano. Se la cogió sin dudar y sin entender lo que ocurría sintió que cogía la mano de su madre. —Era una buena mujer, una guerrera, como lo eres tú, sigue sus pasos y todo irá bien. No temas, hija.

Emocionada susurró —No temeré.

Levantó la vista y sonrió. —Guerrero, la has seguido.

—Siempre.

Freya sonrió. —Has elegido muy bien, hija. —La miró y bajó la vista hasta su colgante. Cogió su concha marina. —Me lo dio mi padre hace muchos años.

Brynhild separó los labios de la impresión. —¿De veras?

—Hónranos a los dos. —Volvió su caballo alado haciendo flotar su larga melena. —Encuéntralo por mí.

—Lo haré, mi diosa —dijo aún temblando de la impresión por haber tocado a su madre.

Freya sonrió y se sumergió en la luna. A medida que se alejaba el reflejo volvió a su tamaño normal. Su marido se puso a su lado. —Su collar, quiere que encuentre su collar. —Sus ojos brillaron mirando a su esposo. —Por eso te he conocido, por eso te han puesto en mi camino.

—¿Y si no lo encuentras?

—Freya ha tenido la visión de que puedo ayudarla y debe ser por algo. Debemos seguir nuestro destino, ir a por nuestro oro, seguramente el collar estará allí.

—No puedes estar segura.

—Hace unos meses ni se me hubiera ocurrido salir a alta mar. No lo entiendes, teníamos que encontrarnos para llegar allí. Para llegar donde se hunden esos barcos. —Miró la luna. —El collar estará allí o muy cerca.

—Loki es traicionero, seguramente habrá puesto trampas que protegen el collar.

—Ella me ha dicho que no tenga miedo y no pienso tenerlo. Freya me protegerá.

Sentada en la borda intentaba ignorar el viento mirando las negras aguas. Volvió la vista hacia su marido que aseguraba la cuerda a su cintura.

—Esto no me gusta —dijo Inga—. ¿Por qué tienes que hacerlo de noche?

—¿Para qué esperar?

Hrafn miró su anillo. —Se acerca una tormenta, mujer.

—Lo sé, por eso cuanto antes lo haga mejor y así podremos alejarnos.

Su marido la cogió por la nuca para que le mirara a los ojos. —Escúchame bien, me da igual lo que diga Freya, si sientes que estás en peligro, sal de ahí tan rápido como puedas. Me da igual ese collar, las riquezas de las que no dejas de hablar, me da igual todo, tú sube.

—Lo haré.

—Ten cuidado —dijo Inga.

—Estaré aquí antes de que os deis cuenta. —Besó a su marido en los labios y antes de que pudiera rodearla con sus brazos, Brynhild ya se había tirado al agua.

Hrafn se acercó a la borda para ver como su silueta plateada descendía en picado. —Odín ayúdala… Thor dale tu fuerza.

Brynhild ajena a sus ruegos, descendía sintiendo cada vez más miedo porque la oscuridad la rodeaba. Agradeció la cuerda, porque estaba segura de que en algún momento podría perder el sentido de la orientación. A medida que descendía más frío hacía, hasta que llegó un punto en que su cuerpo tembló. Se detuvo mirando hacia abajo. Por Odín, ¿cuánto faltaba para llegar? Su cuerpo ya no reflejaba ninguna luz, por lo tanto no veía lo que tenía a su alrededor y sintió aún más miedo si eso era posible. Vamos, un poco más. Siguió bajando y unas algas la rozaron asustándola. Bien, has llegado al fondo. Miró a su alrededor. Caminó por el suelo de arena casi a tientas y entonces sus ojos se fueron acostumbrando a la falta de luz para ver siluetas. Separó los labios de la impresión

porque estaba entre dos barcos semidestruidos. Siguió caminando y vio otro. Nadó elevándose y se giró, había barcos hasta donde alcanzaba la vista. Sonrió. Cogiendo la cuerda ascendió lo más rápido que podía. Al salir a la superficie sobresaltó a todos. —¡Los he encontrado! ¡Dadme los sacos!

—¿Los has encontrado? —preguntó asombrado mientras Olef y Ketil la miraban atónitos—. Rápido, los sacos. —Estiró la mano y como no se los dieron miró a Ketil. —¿Quieres espabilar? —gritó sobresaltándole.

—Joder, jarl, es que es impresionante.

—¡Aprisa!

Se los pasó Inga que chasqueó la lengua. —¿Tardarás mucho, hermana?

—Tengo que encontrar el oro, solo he encontrado los barcos. —Los cogió. —Igual tardo un poco, no os preocupéis.

—Estás helada —dijo su marido entre dientes—. Deberías esperar hasta el amanecer.

—¿Y que nos coja la tormenta? Bajaré un poquito más.

Su marido gruñó cuando volvió a sumergirse. Inga le palmeó el hombro. —Vete acostumbrando, a mi hermana no hay quien la domine.

Brynhild siguió bajando y al llegar a uno de los barcos, pisó encima con cuidado por si la madera se partía. Sintió que crujía y con cuidado fue hasta las escaleras. Decidió nadar porque estaba muy debilitado y no tenía casi escalones. Al meterse en la bodega se estremeció al ver el contorno de varios esqueletos tirados en el suelo. Se acercó a unos sacos y abrió uno casi palpando el nudo. Le dio miedo meter la mano, pero el saco se rasgó y cayó al suelo lo que parecía un casco y varias monedas. Dejó caer uno de sus sacos y con el otro en las manos volcó el saco podrido dentro del otro. Cogió otro saco y sin abrirlo hizo lo mismo. Subió a toda prisa con ellos siguiendo la cuerda. Al llegar arriba los elevó y Olef cogió uno

mientras que Ketil cogía el otro. —No sé lo que tienen —dijo temblando de frío—. No se ve mucho.

Hrafn alargó la mano. —Sube, si te mantienes en el agua enfermarás.

Ketil gimió tirando del saco. —¡No lo sueltes! —gritó ella asustada.

Olef le ayudó a subirlo al barco y suspiró del alivio.

—Sube preciosa, volveremos cuando mejore el tiempo. Ahora buscaremos un lugar seguro, el anillo está casi negro.

Asustada le miró a los ojos y cogió su mano a toda prisa. La sacó del agua y su hermana la cubrió mientras se dejaba caer en el suelo muerta de frío. Olef volvió el saco para volcar su contenido. Tiró de la tela del que estaba dentro rasgándola y mostró gran cantidad de oro. Inga chilló de la alegría. —¡Lo has conseguido!

—Hay muchos barcos.

—¿De veras? —preguntó Ketil volcando el suyo. Una gran cruz de oro y piedras preciosas quedó a la vista—. Jarl, esto es una fortuna.

—Ketil ponte al timón, tenemos que alejarnos cuanto antes —dijo agachándose ante su esposa que no dejaba de temblar.

—Tenemos que venir de día, marido, a ver si así hay algo más de luz ahí abajo.

—No te preocupes por eso ahora, ya hemos conseguido lo que queríamos.

Frunció el ceño sin entender mientras se alejaba. —¿Qué ha querido decir?

—Creo que no vamos a volver —dijo su hermana—. Ya tenemos el oro que necesitamos.

—Pero eso no puede ser, apenas acabo de empezar. —Se levantó como pudo y se acercó a él que estaba arriando una vela. —Marido, tenemos que volver. Freya…

—Ya tenemos lo que buscábamos, esposa. Con ese botín saldremos adelante.

—Pero ahí abajo hay mucho más y Freya necesita…

—¡No necesita nada! ¡Ha estado sin ese collar muchos años y no lo necesita! ¡Son problemas de los dioses, no nuestros!

—¡Que no se te olvide que si tienes ese oro es gracias a ella y a su padre! ¡Ni te atrevas a contradecirles!

—¡No voy a dejar que arriesgues tu vida por uno de sus caprichos!

Le agarró por el brazo. —Ni pienses en eso siquiera, ¿me oyes? Freya quiere mi ayuda y se la pienso dar.

—Te lo prohíbo.

Parpadeó asombrada. —No puedes prohibírmelo, ¿quién te crees que eres?

—¡Tu marido!

—¡Marido porque yo he querido, no lo olvides!

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Qué puedo cambiar de idea cuando quiera!

Él entrecerró los ojos. —¿Me estás amenazando con dejarme si no me pliego a los deseos de Freya?

—¡Qué yo te deje será el menor de tus problemas como sigas comportándote así, creo que no recuerdas de quién hablas! —Se volvió. —¡Regresaremos mañana para buscar su collar!

—¡No!

Se detuvo en seco sin poder creérselo y se volvió. —¿Has perdido la cabeza? —Un trueno recorrió el cielo justo tras ella.

—Jarl, ¿qué estás haciendo? ¿Vas a enfurecer a una diosa? —preguntó Olef incrédulo.

—¡Si eso implica que mi mujer arriesgue su vida, sí, le llevaré la contraria!

—¡Ella me protege!

—¡No la veo aquí contigo! ¡Si tanto le interesa que baje ella! ¿Por qué no lo hace?

Dio un paso hacia él. —Estás siendo irracional, ella no lo encuentra.

—¿Y si una diosa no da con él te envía a ti? ¡Esto no me gusta nada!

—¿Pero qué temes?

—¡Qué mueras, eso temo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estoy bien.

—¡Estás temblando todavía y apenas has estado en el agua! Además, ¿quieres problemas con Loki?

Se estremeció de miedo.

—¿Los quieres? ¡Porque si él lo ha escondido allí no creo que le guste nada que tú lo encuentres!

—Freya me protegerá.

—¿De veras? ¿Acaso protegió a tu abuela? ¿A tu madre cuando paría? ¡No le importáis nada! ¡Tú, la descendiente de la diosa, has trabajado como una mula para sacar a tu familia adelante! ¡Y no le importaba! ¿Y ahora te busca por su estúpido collar?

Inga miró a su hermana que estaba pálida. —En eso tiene razón.

—Los dioses son caprichosos —dijo Olef—. Eso lo sabemos todos, pero no es buena idea llevarles la contraria.

Hrafn apretó los labios. —Y debemos arriesgar la vida sin protestar, ¿no es cierto?

—¡Sí! —gritó Brynhild—. ¡Exactamente eso! Así que regresaremos en cuanto podamos para buscar su collar.

—¿Y si no lo encuentras? ¿Cuándo te detendrías?

—¡Aún no he empezado! Yo confío en su palabra y si dice que mi instinto me llevará a él, lo haré. Y espera que tú me ayudes a conseguirlo. No la defraudes.

—¿A ella o a ti?

—¡A las dos! ¡Deberías apoyarme! ¡Ella cree que lo harás!

—¿Y eso no te indica lo equivocada que está tu diosa?

Pálida de miedo por lo que podría pasarle se acercó. —Por favor, no hables así.

—¡No quiero perderte! —gritó fuera de sí—. ¿Es que no lo entiendes?

Dos lágrimas recorrieron sus húmedas mejillas. —Eso no está en tu mano, mi amor. Sucederá cuando tenga que pasar.

Se volvió ignorándola. —¡Ketil tensa esa vela! ¡Regresamos a casa!

Fue hasta él y le cogió del brazo. —¡Fue ella la que me indicó que eras el adecuado! ¡Ese rayo en el mástil me lo indicó cuando se lo pregunté! ¡Había soñado contigo, supe que llegarías, pero no quería separarme de mis hermanos, temía por ellos! ¡Le pregunté si enfadaría a los dioses si te rechazaba y lanzó un rayo! ¡Y después otro arruinando tu barco para que tuvieras que quedarte y que te diera una oportunidad!

—¿Y debo darle las gracias?

—¡Sí! ¡Si me quieres deberías! ¡Y es evidente que me quieres cuando no soportas la idea de perderme, mi amor! —Le rogó con la mirada. —Necesito que estés conmigo en esto, te necesito a mi lado como ella espera… Por favor, no temas por mí, lo vas a arruinar todo.

—Hazle caso a tu esposa, jarl —dijo Ketil—. Llevarse mal con los dioses no es la mejor opción. Que busque ese collar un tiempo, Freya no podrá negar que lo ha buscado.

Hrafn apretó los labios. —Subirás al barco en cuanto empieces a tener frío.

—Lo prometo.

—Y solo lo harás de día. Tendrás una semana, ni un solo día más.

—De acuerdo, una semana, si no encuentro nada en una semana regresaremos a casa, te lo prometo.

Él asintió alejándose, lo que indicaba lo furioso que estaba. Se apretó las manos y su hermana la abrazó por los hombros. —No te preocupes, se ha alterado porque has tardado mucho.

La miró sorprendida. —¿De veras?

—Hermana casi va a amanecer. Se desesperó pensando que te había pasado algo, a punto estuvo de tirarse detrás de ti, pero Ketil y Olef se lo impidieron.

Sorprendida miró al cielo y era cierto que quedaba poco para que amaneciera, ya se veía algo del reflejo del sol en el horizonte. —No he sentido que hubiera pasado el tiempo…

—Pues ten cuidado, porque como eso vuelva a pasar, tu marido no te dejará bajar de nuevo. Y le darán igual todos los dioses de Asgard.

Bajó a la bodega donde su marido estaba metiendo el oro en cajas de madera y por la expresión de su rostro era evidente que no quería hablar. Pero no podía dejar las cosas así.

—Lo siento, perdí la noción del tiempo.

—No importa.

—Sí que importa, cielo. Lo que a mí me parecieron unos minutos fueron horas y no sé por qué ha pasado —dijo confundida —. Solo entré en un barco.

Hrafn la miró. —¿Qué quieres decir?

—No me dio la sensación de que estuviera mucho abajo, de hecho, creía que estaba siendo muy rápida, para mí fueron unos minutos.

Se tensó. —Preciosa, esto cada vez me gusta menos.

—Debo hacerlo.

—¡Has estado abajo casi toda la noche y ni te has dado cuenta! ¿Y si pierdes la noción del tiempo del todo y no vuelves a subir?

—Tiene que haber una explicación —dijo empezando a asustarse también.

Dio un paso hacia ella. —Por favor, olvídalo.

—No puedo hacerlo, Freya disgustada puede ser peligrosa, lo sabes tan bien como yo.

Hrafn apretó los labios y se volvió para seguir con su tarea. —Una semana, esposa, me lo has prometido.

—Una semana, ni un día más. —Se acercó a él y miró la caja impresionada por la cruz de oro macizo. —Con eso podremos hacer una gran casa del jarl.

—Es increíble, tú eres increíble.

Le miró emocionada y le abrazó con fuerza. —Siento haber insinuado que te dejaría, eso no pasará jamás. A veces me enfado y…

Sonrió acariciando su espalda. —Lo sé.

—Te amo, si tengo miedo es porque algo pueda romper lo que tenemos.

—Pues no les dejes. —La besó en la frente y ella le miró a los ojos buscando un beso que él le dio suavemente de una manera embriagadora. —Debes cambiarte de ropa, todavía estás helada.

—Sí… —Se miró el cabello que aún mostraba destellos y bufó. —No me gusta acostarme con el cabello mojado.

—Pues en una semana te vas a acostar mucho así —dijo con ironía cogiendo el otro saco para volcarlo en la caja.

—Ja, ja… —Se quitó el vestido quedándose desnuda ante él. Su piel aún mostraba las pequeñas escamas plateadas y le miró con picardía. —Marido, ¿me haces entrar en calor?

Dejó caer el oro dentro de la caja con saco y todo mientras se la comía con la mirada. Brynhild rio corriendo hacia las pieles y se

tumbó encima mirándole provocadora. —Date prisa, guerrero. —Él se abrió sus pantalones de cuero y Brynhild se mordió el labio inferior. —Te necesito.

Su miembro salió ya erecto y ella alargó la mano para cogerlo con suavidad. Hrafn dio un respigo. —¡Por todos los rayos de Odín! —dijo dando un paso atrás—. ¡Mujer, no toques!

—Uy, lo siento. —Miró su miembro que seguía tieso. —No ha parecido afectarle, ¿mi boca estará igual de fría? —Se acercó y exhaló sobre su sexo haciendo que su marido gruñera de placer. —Parece que te gusta, esposo. —Abrió las piernas. —¿Crees que mi interior estará igual de frío? —Hrafn se arrodilló y pasó la mano por sus húmedos pliegues. Brynhild cerró los ojos disfrutando de sus caricias. —Ardo por ti.

Su color fue volviéndose humano y él acarició su vientre. —Te calientas rápido, mujer.

—Gracias a ti, mi amor.

La agarró por las caderas pegándola a su pelvis y colocó sus pantorrillas sobre sus hombros antes de introducir su dureza en ella haciendo que gimiera de placer. Sujetándola por los muslos se deslizó hasta llenarla por completo y Brynhild gritó arqueando su espalda. Su deseo aumentó de manera enloquecedora y su marido movió las caderas con firmeza, pero tan lentamente que llegó a ser una auténtica tortura. Brynhild sintió que su vientre se estremecía entre el dolor y la alegría por recibirle. Se aferró a las mantas en cada duro empellón porque lo que estaban compartiendo era mucho más intenso que nada que hubiera sentido antes. Hrafn la agarró por la cintura pegándola a su pecho y casi sin fuerzas se abrazó a su cuello mirando sus ojos y estos le decían que siempre sería suya. Apoyando los talones se elevó siguiendo su ritmo que poco a poco se volvió frenético. La besó con pasión moviendo las caderas con firmeza y lo hizo de nuevo dejándola sin aliento, porque todo su ser se tensó con tal fuerza que creyó que su vientre estallaría. Y con el siguiente empujón lo hizo, dándole tanta dicha que se aferró a él estremeciéndose de arriba abajo.

Capítulo 13

—¿Preparada?

Bajo el sol del mediodía asintió a su marido que había confeccionado una cuerda mucho más larga. —La tensaré lo suficiente como para que no se enrede, pero debes estar atenta a ella siempre.

—Entendido.

—Preciosa, tiraré de la cuerda si veo que tardas mucho. Respóndeme.

—Lo haré. —Se subió a la borda y le guiñó un ojo a su hermana que estaba tan nerviosa como todos.

Cogió los sacos y su cuñado dijo —Buena pesca.

—Prepara los siguientes, pienso sacar todo el oro que pueda de esto. —Se tiró al agua y nadó hacia el fondo sin perder el tiempo. La inmersión de día y sin tormenta hacía que el agua estuviera mucho más clara, aunque al descender todo se fue oscureciendo, pero no hasta el punto de no ver nada. Las siluetas eran mucho más claras y entró en el primer barco que tuvo a mano. Allí no había nada, ese había naufragado a la ida, eso estaba claro. Entró en el siguiente donde se encontró varios cofres. Intentó abrirlos, pero las cerraduras estaban oxidadas y no quería arrancar las tapas. Sintió un tirón y miró hacia arriba. Tiró de su cuerda con fuerza y siguió trabajando. Dejó los sacos a un lado y agarró un gran cofre. Le costó un poco sacarlo por el hueco de la escalera, pero al final lo logró. Nadó hacia su barco y al llegar arriba parpadeó al ver a su marido en el agua intentando subir con ayuda de los suyos. —¿Qué haces?

La miró sobre su hombro. —Mujer, me has tirado al agua.

Se sonrojó. —Uy, perdón. Quería que lo sintieras.

—¡Y vaya si lo he sentido!

Todos arriba se echaron a reír y el jarl gritó —¿Queréis ayudarme de una vez?

—Sí, porque yo no puedo, tengo las manos ocupadas.

Su marido la miró con horror. —No hace falta que me ayudes mujer, mejor sigue sosteniendo eso.

—Eso hago. ¡Olef! ¡Mueve el trasero y tírame otra soga!

Su cuñado lo hizo de inmediato. Sujetando el cofre con una pierna, ató la soga a las agarraderas laterales del cofre y lo soltó. —Hala marido, súbete encima.

Gruñó agarrándose a la soga. —¡Subidme!

Los hombres tiraron desde arriba gimiendo porque entre el enorme baúl y su marido era una buena cantidad de peso. —¡Dejad de quejaros! —Hrafn consiguió agarrarse a la borda y subió al barco, al volverse su mujer estaba allí con otro baúl. —Sí que eres rápida, mujer.

—Te lo dije.

Hrafn apretó los labios. —Mantén los ojos abiertos, empiezo a creer que lo de ayer tiene algo que ver con algún hechizo.

Se le cortó el aliento porque ni se le había pasado por la cabeza. —Estaré atenta. —En cuanto subieron el segundo baúl fue a por los dos que quedaban y estaba a punto de subir con el cuarto cuando sintió algo tras ella. Se volvió de golpe, pero no vio nada raro salvo algunos peces. Frunció el ceño mirando a su alrededor. Allí había alguien, lo sentía. Nadó a toda prisa hacia su barco y cuando llegó arriba le dijo a su marido —Rápido, cogedlo.

—¿Qué pasa?

—No lo sé.

Lo ató a la cuerda y los hombres tiraron de él mientras su marido alargaba la mano. —¡Sube!

Asustada estiró la mano, pero antes de que pudiera cogerla algo la agarró del pie tirando hacia abajo. Se hundió y consiguió soltar su pie saliendo a la superficie, pero la volvieron a agarrar con fuerza hundiéndola del todo.

—¡Brynhild! —gritó su marido desesperado mirando las aguas. Se iba a tirar, pero los hombres se lo impidieron—. ¡Dejadme!

—Si ella no puede contra lo que la retiene, tú tampoco podrás, mi jarl.

Brynhild sorprendida miraba a una mujer ante ella que estaba también llena de escamas, pero tenía una cola de pez enorme y una aleta desde la frente hasta la nuca, su color era verde y hermoso. Volvió la mirada hasta otra igual, pero su cola era azul.

—¿Quién eres? —escuchó en su mente.

—Brynhild —respondió de la misma manera.

—Eres una humana muy especial, nunca había visto a nadie como tú —dijo otra voz.

Miró a la otra mujer. —Soy descendente de Njord y Freya.

—Oh, tienes sangre de dioses. —Una de ellas se volvió ligeramente y vio que tenía otra aleta que recorría su espalda.

—¿Qué sois?

—Somos las guardianas de la cueva.

Separó los labios de la impresión. —¿Y qué hay en esa cueva que necesita que la custodien?

Una de ellas sonrió. —Algo de gran importancia.

El collar. —¿A quién servís?

—A Njord, por supuesto.

Se le cortó el aliento, el dios de los mares le había quitado el collar a su propia hija. ¿Por qué? Uy, uy, Brynhild que te estás metiendo en terreno peligroso. Era evidente que Loki no tenía nada que ver en eso y que el dios de los mares había querido darle una lección a su hija por algo. Entonces se le cortó el aliento, la estaba

utilizando. Freya la estaba utilizando para conseguir arrebatarle el collar a su padre. Se mordió el labio inferior.

—¿Te preocupa algo? —preguntó una voz en su cabeza.

—Sabe que estoy aquí, ¿no es cierto?

Ambas sonrieron y no disimularon que no la entendían. —Te vio ayer mismo. Cuando dormías. Te llevamos hasta su hogar y te echó un vistazo.

—¿Por qué no quiso hablar conmigo?

—Hablarás en su momento. Antes quiere saber de qué lado estás.

—¡Del mío!

Sonrieron como si esa respuesta les gustara.

—No sé lo que está pasando, Freya me pidió ayuda y no tenía por qué negársela. ¿Qué ha hecho? ¿Ha ofendido a su padre?

—Nuestro dios tiene muy buen carácter, pero su hija rebasó el límite.

—No quiero meterme en esto.

—Ya no puedes huir de lo que ocurre, debes tomar partido.

—¿Tomar partido en una guerra entre dioses? ¡Soy humana, no quiero meterme en sus discusiones, terminaré perdiendo yo! ¡Y puede que ellos consideren que tengo poco que perder, pero para mí lo es todo!

—¿Hablas de ese hombre que está ahí arriba? ¿De tu esposo?

Palideció. —No se os ocurra hacerle daño. Es un buen hombre y un gran jarl.

—No tiene por qué pasarle nada.

—Freya enfurecida puede ser muy dañina.

—Ahora ya no tanto —dijeron las dos a la vez divertidas.

—¡Esto no es un juego!

—Piensa que Njord puede ser muy generoso contigo.

—Eso mismo me dijo Freya.

—¿Y qué piensas decirle?

—Creo que ya lo sabéis, que no he encontrado nada.

—Mi hija se enfadará. Esa respuesta no es lo que se espera.

Brynhild se volvió de golpe para ver a un hombre rubio con pantalones de cuero. Su melena y su barba rubia hondeaban con el movimiento de las corrientes y la miraba fijamente con unos ojos verdes idénticos a los suyos. Njord sonrió. —Tienes muchas cosas de mí, y muchas de mi hija, puedo verla en ti.

—Yo soy morena —dijo molesta.

Él rio por lo bajo. —Sin duda tienes su carácter.

—No me metas en esto.

—No he sido yo, pequeña. Freya ha querido aprovechar nuestro parentesco para que no sea duro contigo. Otro ya estaría muerto por traicionarme.

—¡No sabía que tú eras quien le había quitado el collar, lo juro!

—Ahora lo sé. —Preocupado se pasó la mano por la barba. —Estás en un problema, niña.

—Ayúdame —le rogó.

—La única manera de que se dé por satisfecha es que le llevaras el collar, pero no puedo permitirlo, su poder gracias a él aumentó hasta tal punto que amenazaba al mismísimo Odín. No puedo permitir que lo recupere, ¿entiendes?

—Creía que el collar no tenía poder.

—Lo hicieron los enanos, todo lo que hacen tiene magia en su interior.

—¿Y si los enanos le hacen otro?

Njord la miró fijamente. —¿Otro?

—Exactamente igual, pero sin magia.

Su dios miró sorprendido a sus guardianas. —¿Por qué no se os ha ocurrido algo así?

—Pues…

—Al grano, abuelo, ¿puedo llamarte abuelo?

—Pues…

—Claro que sí, ¿cómo te iba a llamar sino?

—¿Dios?

—Eso es un nombre muy serio, estamos en familia. Y la familia se ayuda. Yo le devolveré a Freya el collar y cuando lo haga le diré que he luchado con dos guardianas de manera feroz. También le diré que ellas dijeron que quieres aproximarte a tu hija del alma, pero que yo pensando que se lo había robado Loki como la vez anterior, no me creí una palabra. Todos sabemos lo sibilino que es Loki.

—Se dará cuenta de que el collar ya no tiene poder.

—Puede que sí, pero le diré que es debido a que ha estado lejos de ella tantos años. Sin ella a su lado ha perdido parte de su poder.

—No te creerá.

—Pero no podrá asegurarlo, ¿no es cierto? Soy humana, ¿por qué iba a mentir? Y más a mi abuelita querida. En cuanto recupere el collar, le dirás que quieres tener la relación que teníais antes, que sientes mucho lo ocurrido, pero que lo hacías por su bien y bla, bla, bla.

—Nunca hemos tenido una gran relación.

—¡Pues la cambias! Debes llevarte bien con tu hija, es la diosa del amor y la belleza.

—Y de la muerte, ¿o eso no lo recuerdas?

Gruñó. —Abuelo, no me pongas las cosas difíciles. Es la única solución que tenemos. —Miró hacia arriba. —No nos estará escuchando, ¿no?

—No, aquí no puede escucharnos.

—¿Los enanos serán rápidos?

—Por el precio adecuado se darán toda la prisa que haga falta.

—Me estará vigilando, así que tendré que seguir bajando el tiempo que estén trabajando.

—No podrás decirle nada a tu esposo, ella podría oírlo.

Apretó los labios. —Me las arreglaré. Mételes prisa a los enanos y yo haré el resto.

—Bien. Sabes que si se da cuenta del engaño, mi hija se enfurecerá contigo, ¿no es cierto?

—Abuelo, ¿y cómo iba a saber yo que ese no era el collar auténtico si jamás lo había visto?

Njord sonrió. —Eres mucho más lista que cualquier humano.

Ella se acercó sonriendo y le abrazó sorprendiéndole. —Siempre he querido conocerte.

Su dios la abrazó a él. —Siento no haber ido a verte mucho antes.

—No importa, los dioses debéis estar muy ocupados. —Se alejó sin darse cuenta de que la concha de su pecho se había vuelto de oro. Tengo que irme. Mi marido debe estar muy preocupado.

—Un hombre muy afortunado.

Le guiñó un ojo antes de ascender tan aprisa que solo fue una estela plateada. Njord sonrió satisfecho. —Sí, tiene mucho de mí.

—Por supuesto, mi dios.

Brynhild salió con tanta fuerza a la superficie que hasta se elevó sobre el agua dejándoles con la boca abierta y cuando les vio ahí abajo chilló moviendo los brazos antes de descender pegándose un porrazo de primera contra la cubierta. Gimió con la mejilla contra el suelo de madera y su marido corrió hacia ella. —¿Estás bien, mujer?

—Ay, diosito, qué golpe. —Se volvió suspirando y sonrió a su marido. —Creo que no me he roto nada.

—¿Qué rayos ha pasado? —gritó furibundo.

—Cielo, ¿te he preocupado?

Hrafn parpadeó. —¿Tú qué crees?

—Estoy bien. No sé qué ha pasado con la cuerda se me ha enredado del pie y me ha tirado hacia abajo.

—¿Qué? —preguntó Inga incrédula.

—Menudo susto, me ha costado un montón quitármela.

—¡Te has soltado! —Su marido estaba alteradísimo. —¡La cuerda está ahí!

Parpadeó levantando la cabeza y sí, allí estaba. Mierda. —Vale, fue una ballena.

Inga jadeó.

—Me ha cogido por el pie y me he llevado un susto. La cuerda debió soltarse en el forcejeo.

—Una ballena —dijo su marido entre dientes.

—¿No era una ballena?

—¡No!

—Es que nunca he visto ninguna, marido, era un pez muy grande.

Cogió su pie elevándolo y después el otro. —No tienes marcas.

—Sería un bebé. No tienen dientes, ¿no?

—¿Me tomas por idiota?

Bufó. —Es que si te digo lo que he visto, te vas a enfadar.

—¿Más?

—¡Sí!

—Mujer…

Gimió. —Es que lo que he visto es muy raro.

—¿Qué era? —preguntó Ketil muerto de curiosidad.

—He visto… —A ver qué decía ahora.

—Mujer, ¿estás buscando una mentira que creamos?

—¡No! Era una mujer con cola de pez. Empezó a pegarme. Debía querer que me fuera, para asustarme, pero le di una paliza y salió nadando.

Inga se llevó la mano al cuello. —¿Protegerá el collar de Freya?

—Eso mismo he pensado yo.

—Nos vamos —sentenció su marido.

—¡No! ¡Estoy muy cerca! Y no tiene la fuerza necesaria para enfrentarse a mí. —Orgullosa levantó la barbilla. —Porque me sorprendió por el tobillo que sino…

—Pues a ver si te sorprende en otro momento y la liamos —dijo su hermana.

—Nos vamos —dijo su marido entre dientes.

—Freya dijo que no tuviera miedo. Por algo será. Sabe que soy muy fuerte ahí abajo.

—¿Y si te ataca por la espalda? —preguntó Olef.

—Estaré muy atenta, pero no creo que vuelva.

—¿Y si pide ayuda? —preguntó Hrafn—. ¡Estarás sola ahí abajo!

—Bajaré armada, ¿de acuerdo? Pero ahora no puedo dejarlo, que apareciera esa mujer-pez es por algo, he debido pasar muy cerca del collar.

Todos se miraron y Ketil dijo—Jarl, ahora no puede echarse atrás. Freya es muy poderosa, seguro que la protege de alguna manera.

Días después empezó a impacientarse, solo le quedaba un día para que se cumpliera la semana y ya no sabía qué decirle a su marido. La bodega estaba llena hasta los topes y a pesar de eso Hrafn empezaba a tener un humor comparable a Loki con un

sarpullido. Quería irse cuanto antes, pero faltaba un día y ella intentaba aplacarle diciendo que al día siguiente por la noche se irían para siempre. Freya no podía negar que lo había intentado. Pero en su fuero interno tenía miedo de que los enanos no terminaran el collar a tiempo, ya no se le ocurrían más mentiras para decirle a su marido y convencerle de quedarse allí más tiempo. De ahí su impaciencia. Y sus nervios, unidos al mal humor de su esposo hacían que discutieran a cada rato de manera acalorada para después hacer el amor como si se les acabara el tiempo.

Tumbada a su lado la noche antes del último día rezó porque al día siguiente estuviera el collar. Cerró los ojos suspirando y se pegó a su marido apoyando su mejilla contra su pecho. Mañana sería el día en que se liberaría de ese problema.

Corrió hacia la aldea para llegar a la primera casa, pero antes de llegar le cerraron la puerta. —¡Ayuda! —Corrió hacia la siguiente y la puerta se cerró también. Corrió hasta la casa del jarl y Hrafn estaba esperándola. —¡Mi amor, huye! ¡Viene a matarnos!

Hrafn cerró la puerta justo antes de que llegara a él y sorprendida se quedó allí de pie mirando la puerta sintiendo que se le rompía el corazón por su rechazo. Sollozó tocando la puerta. —¿Marido?

El viento la azotó con fuerza y consiguió volverse para ver como el caballo alado de Freya se acercaba por el fiordo sobre una estela de fuego. Asustada corrió alejándose de las aguas, corrió lo que pudo oyendo su risa. Miró hacia atrás viendo que se acercaba muy aprisa y se metió entre los árboles intentando que no la viera, pero tropezó con una piedra y cayó haciéndose daño en el tobillo. Cojeando siguió corriendo, pero sintió que estaba tras ella. —¡No, aléjate!

Freya la cogió por la espalda del vestido y la tiró al suelo haciendo que rodara hasta golpearse contra un árbol. —¿Me engañas? ¿A mí?

—¡Yo no quería!

—¡Fue idea tuya! ¡Olvidaste que tengo el don de la clarividencia!

Sollozó. —Lo siento, solo quería ser feliz.

—¿Y mi felicidad? —gritó sobresaltándola.

—Lo siento, lo siento… —dijo desesperada apretándose el vientre—. No me mates antes de que la traiga al mundo, por favor. ¡Es mi hija! —gritó desgarrada.

Freya separó los labios de la impresión. —Esperas una niña.

Asintió sin dejar de llorar. —Mátame a mí, pero déjala vivir.

Sobre su caballo tiró de sus crines para dominarle mirándola fijamente. —Has traicionado a tu marido y me has traicionado a mí —dijo con desprecio—. No mereces los dones que te he dado. —Sonrió maliciosa. —¿Quieres que tu hija viva?

—¡Sí!

—Pues no tendrás la oportunidad de congraciarte con tu familia ni tu marido. Sufrirás el resto de tu vida sin ellos. ¡En cuanto nazca la niña, se la entregarás y te irás para siempre si quieres que ella viva, si quieres que vivan los demás!

Sintió que se le desgarraba el alma. —Por favor, no tuve opción…

—Siempre hay una opción.

Sobresaltada se sentó sobre su piel empapada en sudor respirando agitadamente. Hrafn se sentó acariciando su espalda. —Mujer, ha sido una pesadilla.

Se abrazó a él con fuerza. —Lo siento, lo siento.

—¿El qué, preciosa? No ha pasado nada.

Acercó los labios a su oído y le dijo lo que había pasado bajo el agua. Cuando terminó la cogió por los hombros con firmeza para mirarla a los ojos. —¿Estás loca?

—Se va a enterar.

—Claro que sí.

—Si no hago el cambio, Njord se enfadará.

Hrafn apretó los labios levantándose. —¿Dices que el dios de los mares se lo quitó porque estaba acumulando demasiado poder y Odín empezaba a molestarse?

—Eso entendí.

—Entonces necesitas la ayuda de Odín.

Parpadeó. —¿Y cómo hago para ponerme en contacto con él, marido? ¿Pego cuatro gritos a ver si me oye?

Hrafn levantó una ceja. —Le dirás a Njord que quieres que te proteja el dios de dioses. Freya no podrá tocarte.

—No sé si eso la detendrá, en mi sueño estaba furiosa. —Agachó la mirada. —Y tú también, me dejabas sola.

—Eso no pasaría nunca. Igual era una pesadilla.

—Era muy real, tan real como cuando soñé contigo.

Hrafn apretó los labios. —¿Qué hiciste para que me enfadara contigo?

—No lo sé.

—No me mientas más.

—¡Te juro por mi vida que no lo sé! —Se le cortó el aliento. —Ya habíamos hecho la casa del jarl. Cerrabas la puerta de la casa del jarl.

—Así que eso que has soñado no pasará pronto y como hiciste con la muerte de tu hermano puedes cambiarlo. Habla con Njord sobre ello, tiene que garantizar tu seguridad o sino serás sincera con Freya.

Gimió tapándose la cara. —¿Por qué me han metido en esto?

—No lo sé, preciosa. —La abrazó. —Pero tenemos que arreglarlo.

Capítulo 14

Se sumergió y al llegar abajo miró a su alrededor deseando que llegara alguien. Esperó horas sentada sobre una roca, pero no llegó nadie para hablar con ella. Iba a subir para no preocupar a los suyos cuando vio una luz ante ella. Esta se acercó casi cegándola y de repente la luz giró mostrando su reflejo antes de que el rostro de Freya apareciera ante ella. Separó los labios de la impresión. —Lo sabes.

—Sueñas muy fuerte —dijo divertida.

—No sabía qué hacer.

—Siento tu arrepentimiento, no hace falta que sigas torturándote.

Jadeó. —¿De veras?

Rio por lo bajo. —No se puede negar que tienes ingenio.

—Vaya, gracias.

—Así que padre quiere hacer las paces.

—Lo está deseando.

—¿Seguro?

—Bueno, no tanto, pero estoy convencida de que lo ha hecho por tu bien.

Suspiró. —El collar no tiene tanto poder. El poder ha surgido de mí y no soporta que le haya superado en rango entre los dioses.

—Bueno, esos son problemas de dioses que a mí no me competen, ¿puedo irme?

—No.

Gimió. —Por favor.

—¿Sabes por qué me gusta tanto ese collar?

—Pues no sé qué decirte, la verdad.

—Me hace sentir hermosa.

Parpadeó. —Perdón, ¿qué has dicho?

—Ese es su poder.

—¿Me estás diciendo que llevo siete días helándome de frío porque ese collar te hace sentir hermosa? —preguntó alterándose—. ¿Pero tú estás bien de la cabeza?

Freya jadeó. —Niña, más respeto.

Respiró hondo intentando calmarse. —Perdón, pero es que… Bueno, ¿qué quieres ahora?

—Mi collar —dijo como si fuera lo más evidente del mundo.

—Pues perfecto, te doy el nuevo y te seguirás viendo muy hermosa.

Freya negó con la cabeza.

—Que no —dijo intentando contenerse para no soltar cuatro gritos—. ¿Pero que más te da? Si son iguales.

—No, el otro es mágico, hace que me sienta…

—Muy hermosa, ya me lo has dicho. —Entonces se le cortó el aliento. —¿Y si consigo cambiarlos?

Freya sonrió. —Sabía que encontrarías la solución. ¿Cuándo lo tendrás?

—Pues no lo sé, no soy tan clarividente como tú —dijo entre dientes.

—Tienes muy mal carácter.

—¿De quién lo habré heredado?

Freya soltó una risita. —Tienes razón, mi padre es un gruñón.

Con ganas de estrangular a alguien forzó una sonrisa. —¿Esos enanos son rápidos?

—La última vez tardaron en hacerlo seis meses.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. ¡No puedo estar seis meses ahí arriba! ¡Llega el invierno!

—Muy bien, pues vuelve en seis meses.

—¿Cómo que vuelva?

—Mi padre tendrá ya el collar falso y harás el intercambio.

Y lo decía tan pancha. No se iba a librar de ella en al menos seis meses.

—No puedo irme tan alegremente, sospecharán. ¡Se supone que estoy esperando por el collar!

—¿Me has gritado?

—¿Yo? No, es por si estás muy lejos y no me oyes bien.

—Estoy aquí.

—Ya te veo, ya. ¿Por qué no hablas con tu padre e intentas arreglarlo?

—Eso hija, ¿por qué no hablas conmigo en lugar de buscar a una humana para solucionar nuestros problemas?

—¡Eh! Que soy una humana muy especial. —Levantó la barbilla. —Llevo vuestra sangre.

Freya se materializó totalmente y se dio la vuelta para mirar a su padre. —Fuiste tú quien me ofendió, padre. Yo no te hice nada.

—¿No hiciste nada? Te burlaste de la esposa de Odín, la humillaste porque no es tan bella como tú. ¡Diste a entender que su marido comparte tu cama y enfureciste al mismísimo Dios de dioses!

Freya se sonrojó y Brynhild dio un paso hacia ella. —Anda, ¿en serio hiciste eso?

—¡Te quité el collar para que aprendieras la lección, hija!

—Pero padre…

—¡Pero nada! —gritó haciendo que las aguas se revolvieran lanzándola a ella de un lado a otro. Cuando consiguió estabilizarse y acercarse a ellos, Njord continuaba diciendo —¡Ese collar solo aumenta tu engreimiento y eso puede ser muy peligroso!

—Eso, abuelo, que no se crea tanto que solo es una diosa.

Jadeó ofendida. —¿Solo una diosa?

—¡Ser hermosa no significa que puedas hacer a los demás de menos! Debes ser más humilde y hacerle ver a tus súbditos que la belleza se lleva en el corazón. Por cierto, como tú no te mueres, ¿tienes corazón? No estoy segura. ¿Si te pincho sangras como yo?

La miró furiosa. —¿Quieres comprobarlo?

Carraspeó. —Mejor lo dejamos para otro día que tienes cosas muy importantes que tratar con tu padre.

—Hija debes cambiar. Eres una diosa muy poderosa, pero nadie es más poderoso que Odín y le estás llevando al límite.

Entonces Freya separó los labios de la impresión. —Padre, ¿estás preocupado por mí?

—Cielo, eres mi hija, por supuesto que sí. ¿Por qué crees que he retenido el collar en lugar de destruirlo? ¡Porque en estos cien años has estado entretenida en otra cosa y no has molestado en Asgard!

—Oh…—Freya sonrió. —Así que lo has hecho porque me quieres.

El dios del mar levantó la barbilla. —Eres mi hija favorita.

—Oh, padre… —Se tiró a sus brazos y Njord la abrazó con ternura. —Yo también te quiero, excepto cuando me enfadas, ahí te quiero menos.

Brynhild sonrió. —Bueno, pues yo tengo un viaje muy largo por delante, así que si me disculpáis…

Freya la miró. —¿Dejamos que se vaya, padre? Me gusta.

Njord asintió. —Y a mí también, hija, pero su marido la espera. Tienen un futuro prometedor por delante.

—Sí —dijo la diosa—. Además, espera una niña.

—Una gran noticia. —Abrió la mano y sobre su palma había una daga de oro con incrustaciones de perlas en la empuñadura. —

Este será mi regalo para ella. Cuando crezca dile que venga a verme.

—Eres muy amable, abuelo.

—¿Abuelo? —preguntó Freya divertida.

—Es el abuelo de mi abuela y de mi abuela y…

—Entiendo.

Sonrió. —Espero que a partir de ahora estéis más unidos. No hay nada más importante que la familia. Y yo ahora me voy con la mía.

—Brynhild…

Miró a Freya que sonrió. —Mi regalo es hablarte del futuro.

Separó los labios de la impresión.

—No mostréis demasiado las riquezas que puedes conseguir, eso trae casi tantas envidias como mi belleza.

—Entiendo.

—Y sobre ese sueño que tuviste. —Soltó una risita. —No se cumplirá, pero tu marido sí que te rechazará ante los suyos, intenta no tener el orgullo que he tenido yo durante estos años y todo irá bien.

—¿Me rechazará?

—Bueno, vivir con alguien como tú no es fácil.

—¿Me rechazará? ¿A mí?

—¿Quién hablaba del ego?

—No me has dejado acabar. ¿A mí que le he hecho rico?

—Niña, el oro no lo es todo. Un hombre puede sentirse decepcionado por mil asuntos que no tienen nada que ver con las riquezas.

Jadeó ofendida. —¡Esto era lo que me faltaba por oír! ¡Así que me cierra la puerta en las narices de verdad! —La diosa iba a decir algo. —¡Lo he entendido, no será exactamente como en el

sueño, pero me rechazará! Es que es para matarle. —Nadó hacia la superficie sin despedirse siquiera.

—Padre, ¿he hecho mal en decírselo? Igual debería haber dejado que ella se encontrara su rechazo de sopetón.

Njord hizo una mueca. —Hija llevas demasiados poderes en tu interior. Deberías controlar mejor tus impulsos.

Mirando hacia arriba sintió que le había hecho daño y se arrepintió de haberle dicho nada. Se arrepintió muchísimo. —Quizás tienes razón, padre.

—Mírale, qué contento va de vuelta a casa llevando el timón —dijo entre dientes sin quitarle la vista de encima a su marido.

—¿Qué te pasa?

Se sobresaltó y volvió la cabeza hacia su hermana. —Nada.

—Uy, ese nada significa que va a pasar algo.

—Es algo que me ha dicho Freya que me tiene algo inquieta, nada más.

—No será una desgracia, ¿no?

—Depende de para quién. —Volvió la vista hacia su esposo. —¿Te parece que mi marido está contento conmigo?

—Claro que sí, ¿qué hombre no lo estaría con una mujer como tú?

—Eso mismo pensaba yo, pero según nuestra diosa va a cambiar. Al parecer en el futuro ya no le pareceré tan bien y me dará con la puerta en las narices.

Inga la miró impresionada. —Eso no puede ser.

—¿Crees que Freya hierra en sus predicciones?

—No, eso es imposible, ella no falla nunca, o eso dicen. —Miró con otros ojos a su jarl. —Me parece increíble, si no te quita ojo. —Justo en ese momento miró hacia ellas y sonrió. —Mírale, está tan contento.

—¿Será porque le acabo de hacer el hombre más rico de Escandinavia?

Inga la miró preocupada. —Dudas de sus sentimientos.

—Te juro que hasta que tuve ese sueño hubiera dicho que no. Lo que siento a su lado… Pero yo le he dicho que le amo y él a mí no.

Inga apretó los labios.

—Pero es normal, ¿no? Es un guerrero. —Forzó una sonrisa. —Ellos no dicen esas cosas.

—Voy a preparar la comida.

La cogió del brazo deteniéndola. —Padre nunca nos decía que nos quería.

Inga agachó la cabeza. —Mi Olef me lo dice todos los días.

—¿Todos los días? —preguntó impresionada.

—Es más, se queja porque yo se lo digo menos.

Sintiendo que se le retorcía el corazón asintió. —Eres muy afortunada, hermana.

—Lo sé —dijo avergonzada—. Pero eso no significa nada si no te demuestra su amor. ¿Te lo demuestra?

—No lo sé. Me hace el amor. —Sus ojos brillaron. —Y me ha dicho que no puede vivir sin mí.

Inga sonrió. —Pues ahí lo tienes. Eso significa mucho.

—Sí… Soy una tonta, claro que me quiere.

—Igual lo que vio Freya es que os enfadáis, pero yo lo hago mucho con Olef y eso no significa que le quiera menos.

—Tienes razón. Además, yo tengo carácter, discutiremos mucho.

—Uy, vaya si lo tienes. Olvídalo y vamos a preparar la comida, los hombres deben estar hambrientos.

Cuatro meses después

Se aferró a la piel sintiendo escalofríos al salir de la casa. Aprovechando que no nevaba, los hombres estaban intentando arreglar un tejado que se había venido abajo con el peso de la nieve. Su marido con un abrigo de piel que ella misma le había cosido, señaló algo del tejado que Ketil colocó de inmediato. Se acercó a él. —¿Os queda mucho?

—Mujer, ¿qué haces aquí fuera? Te vas a helar.

Frunció el ceño porque antes nunca le hablaba así y en los últimos días lo hacía a menudo. Parecía que estuviera enfadado con ella. —Cielo, ¿ocurre algo?

—¿Qué va a ocurrir? Vuelve a la casa, esposa, estamos trabajando.

Miró hacia arriba y Ketil que lo había escuchado todo apartó la mirada. Preocupada fue hasta la casa del jarl que tampoco era tan grande como ella había soñado porque no les había dado tiempo por la llegada del invierno a hacerla más grande. Entró en el salón y fue hasta el hogar donde las mujeres alrededor del fuego pelaban unos pollos para la comida. Inga la vio llegar y entrecerró los ojos por su palidez. —¿Te encuentras bien?

—Oh, sí, hace un frío que pela.

—Siéntate al fuego —dijo la esposa de Ketil.

Se sentó a su lado dejando caer la piel y se disponía a coger un pollo cuando Ingrid se lo quitó de las manos. —Tú descansa.

—Me aburro. ¿De qué hablabais?

Se miraron las unas a las otras y Kara sonrió tirando de las plumas. —De que espero otro hijo.

—Felicidades.

—Gracias, mi Ketil está muy contento. Esperamos que sea un niño esta vez.

—Seguro que sí y será un gran guerrero. —Ella se acarició su pequeña tripa y miró a su hermana que apretó los labios antes de seguir pelando el pollo. Brynhild frunció el ceño. ¿Qué pasaba allí? Primero su marido y ahora ellas le ocultaban algo. Empezó a tener un mal presentimiento. —Dentro de poco habrá muchos niños correteando por aquí.

—Que Odín los proteja —dijo una de las ancianas.

—Seguro que será así.

—Hermana, ¿sabes qué día es hoy?

—No. —Se llevó la mano al pecho. —¿Tenemos algo que celebrar y no lo sé?

Kara susurró mirando hacia la puerta —Hoy es el día de la muerte del hermano del jarl.

Separó los labios de la impresión. —No me ha dicho nada.

—El jarl no quiere recordarlo, pero su humor se agría durante estos días todos los años. Deberás tener paciencia con él, a veces es algo… Hiriente.

—Entiendo. —Se apretó las manos. —Intentaremos no disgustarle. —De repente se le ocurrió algo. —De hecho, tenemos que animarle el día.

Kara la miró de reojo. —No sé si es buena idea.

—No, no es buena idea —dijo el abuelo sentado en su silla al lado de la chimenea afilando su daga—. Mejor dejarle a su aire, niña. Al menos durante unos días.

—De acuerdo. —Suspiró levantándose. —Me voy a coser. Al menos así estaré entretenida.

Todas la observaron mientras se alejaba y Kara apretó los labios. —Parece triste.

—Hace varios días que el jarl casi ni le habla y cuando lo hace es muy seco con ella —dijo una de las ancianas—. Ha tenido que notar el cambio.

—Todavía no puedo entenderlo —dijo Inga—. No ha hecho nada. —Todas se quedaron en silencio. —No lo ha hecho, ella es así y cuando se casó con Brynhild lo sabía. Es mandona, con mucho carácter y…

—Y le ha contradicho varias veces ante sus hombres —dijo Kara—. El otro día le apartó la jarra de hidromiel, todos nos dimos cuenta.

—No quiere que beba de más como mi padre, no hay nada de malo en intentar cuidar a tu esposo.

—Es invierno, no se acercaría por aquí ni un oso con el frío que hace.

—Sobre todo porque hibernan.

—Muy graciosa. Lo que quiero decir es que el jarl ahora mismo no tiene nada que defender.

—¡Tiene que defender a su pueblo! ¡Y da igual el día que sea es jarl siempre! Lo que pasa es que se está cansando de ella. Antes estás tonterías le hacían gracia, pero ahora es otro cantar, ¿no? —Las mujeres evitaron su mirada. —Ya veo, ahora que os ha hecho ricos mi hermana empieza molestar, pues enteraros bien, no tendríais nada si no fuera por ella.

—Nadie niega eso, Inga —dijo el abuelo.

Se levantó. —Yo creo que sí. —Ofendida siseó —Mi hermana se deja la piel por su pueblo todos los malditos días. ¡Os lo ha dado todo! Se ha alejado de lo que más quería por él y se ha despellejado las manos construyéndoos un techo bajo el que cobijaros antes del invierno, incluso esperando a su bebé. Deberíais avergonzaros por insinuar siquiera que la culpa es suya, la culpa es de vuestro jarl que no la aprecia como se merece.

—Está pasando por un mal momento —dijo el antiguo jarl levantándose—. Son malas fechas y tiene a su pueblo viviendo casi en la indigencia cuando antes éramos un pueblo próspero y muy rico.

—¡Pues ahora lo volvéis a ser gracias a Brynhild!

Su hermana salió al salón y les miró sorprendida. —¿Qué pasa aquí?

Inga apretó los labios. —Nada, hermana. ¿Te ayudo a coser? Debe ser de lo poco que no se te da muy bien.

Jadeó ofendida. —Si te enseñé a ti.

—Por eso.

No dejó que la distrajera y dio un paso hacia ellos. —He preguntado qué pasa aquí.

Inga miró de soslayo a las demás que se hacían las locas. —¡No lo va a dejar hasta que se entere, porque ella es así!

—Inga… —No podía sorprenderla más lo enfadada que estaba. —¿Qué ocurre?

—Dicen…

—Continúa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dicen que parte de que el jarl este así es culpa tuya.

Separó los labios de la impresión. —¿Culpa mía?

—Dicen que eres una entrometida, que le apartas la bebida en las cenas y que te inmiscuyes en los asuntos de los hombres. Vamos, que ahora les molesta todo de ti.

Dio un paso atrás de la impresión y miró a las mujeres que avergonzadas le dieron la espalda. Atónita miró al abuelo que apretó los labios. —¿De veras piensas eso?

—El jarl está acostumbrado a gobernar solo, tiene que acostumbrarse.

—No mientas, viejo —dijo Inga furiosa—. ¡Esto lo iniciaste tú en la última asamblea, que no estoy sorda!

Brynhild atónita preguntó —¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando se pelearon esos dos aldeanos y el jarl dictó sentencia haciendo que uno le diera un cerdo al otro?

—Sí.

—Y tú dijiste que eso no era justo, que los dos se habían pegado y que el otro debía darle sus gallinas. Lo que más apreciara cada uno para que sintieran el castigo.

—Sí.

—Pues ese comentario ante todos, le sentó al abuelo de tu marido como una patada en el estómago. Y le dijo a su nieto que no debías ayudarle en los juicios.

Palideció. —¿Ahora no puedo dar mi opinión?

—Al parecer no, hermana. Antes podías, pero ahora lo encuentran de lo más molesto.

—Inga, no todos pensamos así —dijo Kara.

—No me tomes el pelo, ¿quieres? ¡El otro día le diste la razón a Ketil cuando insinuó que mi hermana se pasaba de la raya!

—¿Cuándo?

—Cuando exigiste a los hombres que fueran a por leña.

No salía de su asombro. —No habían partido leña en toda la semana y ya nos escaseaba.

—Pues al parecer les sentó muy mal, ¿y por qué? Porque interrumpiste ese juego absurdo de puntería con los cuchillos. ¿Adivina por qué no te invitaron a jugar? ¡Porque saben que eres la mejor y te tienen envidia! ¡Y miedo, muchos tienen miedo de ti!

Al ver los rostros de las mujeres supo que le decía la verdad porque no sabían dónde meterse.

—No te tienen miedo —dijo el abuelo muy incómodo.

—¡Saben que tienes el favor de los dioses! ¡Llevas su sangre! ¡Creen que como vino ese inmenso tesoro puede venir un castigo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque creía que la apreciaban, pero todo era falso, su comportamiento, sus sonrisas eran por cómo era y quiénes eran sus antecesores. —Por eso madre no quiso que se lo dijera a nadie. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —No son sinceros y te traicionarán en cuanto les des la

espalda, eso decía. Creía que me habíais aceptado, pero todo era mentira.

Kara la miró arrepentida. —Nadie duda que todo lo que haces es con buena intención.

—Pero molesto, ¿no es cierto? Estáis incómodos a mi lado. —Inga se acercó a toda prisa. —¿Y mi hija? ¿Qué sentiréis cuando nazca mi hija? ¡Porque será como yo!

El silencio se podía cortar. —Ven, hermana, necesitas acostarte.

La miró a los ojos. —¿Mi marido sabe esto?

Inga apretó los labios y asintió. Pálida dio un paso atrás. —El sueño se está cumpliendo…

—Si te he dicho todo esto es para que lo evites como sea —susurró sacándola del salón—. Temo lo que pasará si haces algo que les moleste de veras. —Entraron en la habitación del jarl y cerró la puerta. Brynhild se dejó caer en la cama mirando el suelo mientras las lágrimas no dejaban de rodar por sus mejillas. —Si lo hablas con tu marido…

—No se puede parar —dijo con la mirada perdida negando con la cabeza—. Freya lo vio, no se puede detener.

Angustiada se acercó. —¿No has notado nada?

—Últimamente mi marido es más frío conmigo, ya no me hace el amor, pero creía que era porque estaba agotado después de trabajar todo el día en las casas de sus aldeanos.

—Desde que regresamos poco a poco le han estado envenenando contra ti y ni te has dado cuenta.

Sollozó tapándose la cara con las manos. —¿Qué voy a hacer?

—Darles una lección a toda esa panda de desagradecidos —dijo Inga—. Mi hermana es una guerrera descendiente de la misma Freya y ella jamás se queda con el golpe. ¿No te quieren aquí? Pues vete y llévate el tesoro contigo, a ver qué tal les va.

La miró sorprendida. —No puedo hacer eso. ¿Abandonar a mi esposo?

—Tienes que hacer algo o entonces sí que le perderás para siempre. El barco es de padre como el cofre que hay junto al tesoro que tú encontraste. Te helaste para conseguirlo, es tuyo. Llévatelo, llévatelo todo. Olef y yo nos iremos contigo.

—Entre los tres no podríamos llevarnos el barco, además tendríamos que entrar en mar abierto.

—Mi marido sabe navegar y si tenemos problemas puedes meterte en el agua.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¡Está helada!

Inga hizo una mueca. —Si esperamos a la primavera puede que sea demasiado tarde. Esta mañana en el desayuno he visto como el jarl te miraba y gruñía con disgusto.

Sollozó. —No digas eso.

La puerta se abrió de golpe y su marido se detuvo en seco al ver que lloraba. —¿Qué ocurre, mujer? —preguntó de malos modos.

Se limpió las lágrimas a toda prisa agachando la cara. —Nada. ¿Tú estás bien? —preguntó sin poder evitarlo.

Él, que estaba dejando su abrigo sobre un cofre que tenía allí para su ropa, se detuvo en seco y la miró sobre su hombro. —¿Por qué no habría de estar bien? —lo preguntó de una manera tan heladora que solo alguien con mucho valor diría la verdad.

Y ella después de lo que acababa de escuchar había perdido el valor. —No, por nada, como has vuelto tan pronto… ¿Ha empezado a nevar?

—¡Hemos terminado! —gritó sobresaltándola —. ¿Insinúas que por comodidad y no mojarnos no hemos terminado de arreglar el tejado?

—No.

La fulminó con la mirada antes de ir hacia la puerta. —Tú ocúpate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

—Marido…

Él se detuvo en el pasillo sin volverse. —¿Ya no quieres estar casado conmigo?

La miró como si fuera estúpida. —Deja de decir absurdos, mujer. ¿Es que acaso ese embarazo te está volviendo loca?

Se fue y su corazón se retorció en su pecho porque hablara así de su hija. Su hija. Dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas mientras Inga la miraba con pena. —¿Qué vas a hacer?

—No puedo abandonarle, es mi esposo.

Apretó los labios. —Pues esto no va a acabar bien y después de lo que me contaste de la abuela temo por ti.

—No me van a hacer nada, le respetan demasiado.

—¿Y él te respeta? Porque acaba de demostrar que no.

Capítulo 15

En la cena se mantuvo callada mientras los hombres hablaban sobre lo que harían con el tesoro. Miró a Inga de reojo y esta apretaba los labios como si se estuviera mordiendo la lengua.

—Debemos contratar a unos artesanos —dijo Ketil ilusionado —. Seguro que en Heirst los encontramos. Para que hagan muebles y cosas bonitas. La casa del jarl debe tener los grabados de protección más increíbles de todas las tierras de los alrededores.

El jarl asintió antes de meterse en la boca una cucharada del cocido que Brynhild había hecho.

—La casa debe ser diez veces esta para cuando recibas a tus aliados, jarl —dijo otro hombre.

—Podría tener dos pisos como la de padre —dijo sirviéndole más hidromiel—. Las habitaciones que están sobre el hogar son muy calientes en invierno.

—Será de una planta como la que tenía antes.

—¿Por qué? —preguntó Inga.

Todos miraron hacia ella. —Porque lo digo yo —dijo el jarl.

—Pero tendrá que haber una razón para que desoigas los consejos de tu esposa que ya ha vivido en una de dos plantas. Y por cierto, yo también y tiene razón. ¿O solo dices que la quieres de una planta para llevarle la contraria?

Hrafn se tensó. —¿Y por qué habría de hacer eso?

—No lo sé, jarl. Dímelo tú.

—Mi jarl.

Parpadeó. —¿Perdón?

—Debes decir, mi jarl —siseó—. Dilo.

Inga la miró y le rogó con los ojos que no le contradijera. —Mi jarl —dijo entre dientes.

—Parece que te ha costado.

—Me cuestan más otras cosas, mi jarl —dijo con ironía.

Hrafn la miró y siseó —¿Qué le pasa a tu hermana?

Su instinto de protección hizo que le mirara a los ojos. —¿Qué quieres decir? ¿No puede dar su opinión?

—Debería guardársela cuando no se la ha pedido nadie —dijo lo bastante alto como para que todos lo oyeran. Inga se tensó y miró a su marido que cogió su mano sobre la mesa como si quisiera protegerla. Lo que haría cualquier marido entregado, era evidente que el suyo no era así. Volvió la vista hacia su mano y vio el anillo que le había dado el día de su boda. La piedra estaba negra como la noche y su labio inferior tembló porque sintió que su matrimonio se había acabado. El hombre que conoció en el pasado ya no estaba. Hacía semanas que no le sonreía ni le hacía el amor, parecía que la odiaba y se preguntó si todo lo ocurrido en el pasado había sido una mentira que ya se había acabado. Entonces recordó sus palabras en su sueño: "Pienso sacar mucho de esto." Su alma se estremeció, la había utilizado, la había utilizado desde el principio y ella le había entregado su corazón sin conocer sus verdaderas intenciones. Se puso a temblar con fuerza mirándole como si no le conociera y Hrafn que se percató de su mirada dejó la cuchara que estaba a punto de meterse en la boca. —Mujer, ¿qué ocurre?

—Dame mi anillo —dijo con la voz distorsionada de la pena.

—¿Qué has dicho?

—¡Sí, al fin se ha dado cuenta! —gritó Inga levantándose.

La fuerza de su hermana le dio fuerzas a ella y se levantó. —Dame mi anillo.

Dejó caer la cuchara. —Mujer, no sé qué te pasa últimamente, pero…

Gritó de la rabia y el dolor haciendo que todos la miraran mientras sus ojos se oscurecían. Inga jamás la había visto así y asustada susurró —Te aconsejo que le des el anillo, Hrafn.

—¿Ya no soy el jarl para ti?

—Mi padre es mi único jarl —dijo con rabia—. Dale el anillo.

Los hombres se levantaron y alguno con las armas en la mano. Brynhild les miró y rio con desprecio. —¿Tanto miedo me tenéis?

—¡Mujer siéntate y cálmate!

Le miró a los ojos. —Jamás me has querido.

Hrafn palideció. —¿Pero qué dices? —Se levantó de golpe. —¡Será mejor que vayas a tu habitación!

—No —dijo fríamente.

—¡Respeta la orden del jarl!

—Recuerda con quien estás hablando —dijo haciendo que varios murmuraran. Se acercó a él y siseó —Al menos me debes respeto.

—Jarl, creo que aquí hay un malentendido —dijo Ketil intentando calmar los ánimos—. Las mujeres han dicho cosas esta tarde que tu mujer se ha tomado a mal.

Le fulminó con la mirada. —¿Acaso han mentido?

—Lo has entendido mal.

—Lo he entendido perfectamente —dijo con desprecio—. ¡No me queréis aquí! Y lo peor de todo, mi marido estaría encantado de que me fuera, así que le voy a dar el gusto. ¡Dame mi anillo!

—Dijiste que nunca me dejarías.

—Creía que me amabas, pero solo te amas a ti mismo. No pasa nada, me llevo mi anillo, mi oro y cada uno por su lado.

Varios hombres se adelantaron con sus armas. —¿Qué ha dicho del oro?

Rio divertida. —Es mío, lo conseguí yo. —Dio un paso hacia el guerrero. —¿O acaso te sumergiste tú para agarrarlo de la

profundidad del mar? ¡No recuerdo haberte visto allí! —gritó en su cara—. ¡No recuerdo haberos visto a ninguno mientras yo me helaba de frío para traeros algo que llevaros a la boca, panda de desagradecidos! ¡Ese oro es mío!

El filo de una navaja apareció en su cuello y sorprendida miró hacia atrás para ver que su marido portaba el arma. El dolor fue tan intenso que no se lo podía creer. ¿Hasta ese punto la odiaba?

—Cierra la boca, no tengo el cuerpo para uno de tus numeritos —siseó—. No te llevarás el oro ni te irás de aquí. —La cogió por el brazo y la empujó con tal fuerza que cayó al suelo. —¡Ahora vuelve a tu habitación!

Sollozó apoyando sus manos sobre el suelo de paja y escuchó a alguien que soltaba una risita de mujer. —¿Hija de la hija de una diosa? No me hagas reír.

Hrafn pálido dio un paso hacia ella. —Brynhild, yo…

Levantó la vista mostrando todo el dolor que tenía en su interior y como un animal herido gateó hacia atrás hasta levantarse.

—Vete a tu habitación —dijo levantando la mano hacia ella—. Esposa, discutiremos esto después y…

Brynhild pasó corriendo a su lado tan rápido que no pudo detenerla y Hrafn la siguió fuera de la casa, pero no la encontró. —¡Buscadla!

—Se habrá metido en el agua, jarl —dijo Ketil tan impresionado como él.

Hrafn corrió hacia el fiordo para ver que la fina placa de hielo que había sobre el agua aún seguía intacta. —No, no ha venido hasta aquí.

—¡Jarl! —gritó Kara en un lateral de la casa—. ¡Las huellas!

Fueron hasta allí para ver que se dirigían a las montañas. Inga perdió todo el color de la cara. —No puede alejarse del agua —susurró impresionada.

El jarl la cogió del brazo—¿Qué dices?

—¡No puede alejarse del agua! ¡Si lo hace tiene que regresar antes de que salga la luna! ¡La luna salió hace horas! —gritó muerta de miedo—. ¡Tiene que oler la sal, ese es el límite de distancia! ¡No puede alejarse más!

—¿Qué le pasaría si lo hiciera, esposa? —preguntó Olef preocupado.

—No lo sé, madre no se lo dijo. Pero mi madre jamás se alejaba del agua. Nunca lo hizo.

Hrafn gritó —¡Buscadla!

Varios hombres entraron en la casa para buscar con que abrigarse y Ketil se acercó a su señor. —Estamos en noche cerrada, jarl.

Le agarró por la camisa acercándole a él. —¡Todo esto fue idea tuya, ya puedes encontrar a mi mujer!

Inga sollozó. —Nunca debería haber dejado que me convencierais.

—Debíamos mostrar su debilidad para que no la temieran —dijo Ketil—. Y ha funcionado.

—Morirá —Inga sollozó.

—Mi mujer regresará —dijo entre dientes antes de entrar en la casa e ir hacia su habitación para coger su abrigo, el abrigo que ella le había hecho con tanto cariño. Intentando controlarse se volvió y se quedó de piedra al ver a una mujer hermosísima vestida como una diosa. —Tú…

—He venido a advertirte, guerrero —dijo muy seria—. Si la sangre de mi sangre muere, perderás todo aquello que aprecias antes de rogar por tu vida.

Hrafn pasó a su lado mirándola con desprecio. —Si pierdo a mi mujer y a mi hija, me tiraré yo mismo a las aguas del fiordo porque ya no tendré nada por lo que vivir.

Corrió fuera de la casa, sus hombres se habían distribuido con antorchas por el camino hacia las montañas y después de casi una

hora estaban agotados de caminar por la nieve. Llegó hasta Ketil que le iluminó con su antorcha. —Se pierden las huellas, mi jarl.

—¡No digas eso! —Desesperado miró a su alrededor y le arrebató la antorcha para buscar sus huellas.

—Es más, parece como si se hubiera caído de rodillas. Igual aquí no olía la sal del fiordo, mi jarl.

—¿Y dónde ha ido? —gritó desesperado—. Tiene que estar por aquí, no ha podido desaparecer. —Entonces se dio cuenta mirando hacia el fiordo. —Ha regresado por sus huellas. —Corrió con su hombre detrás, pero cuando llegaron a la casa del jarl en el salón no estaba. Las mujeres hablaban en un corrillo y él preguntó —¿Ha vuelto a casa?

—No, mi jarl —dijo Kara—. Por aquí no ha pasado.

Él miró a su alrededor. —¿Dónde está Inga?

—Pensaba que estaba contigo buscando a su hermana.

Hrafn salió de la casa buscando a Olef entre sus hombres que llegaban agotados. —No, no… —Volvió la vista hacia el fiordo y se dio cuenta de que el barco de su padre había desaparecido. Se llevó las manos a la cabeza. —No seas loca. —Corrió hacia allí y vio el hielo roto camino hacia el mar. El barco se alejaba y la luz de la luna iluminó el rostro de su esposa antes de que se volviera dándole la espalda. La había perdido, por su estupidez la había perdido.

Ketil llegó hasta él sin aliento. —Mi jarl, el tesoro ha desaparecido —dijo impresionado—. Se lo han llevado todo.

Hrafn apretó los labios. —En realidad era suyo. No puedo culparla porque se lo haya llevado con el daño que le hemos causado. Sobre todo yo.

—¿Pero qué haremos? —preguntó desesperado.

—Sobreviviremos hasta la primavera.

—¡Debemos ir tras ellos!

—¿Y sobrevivirás en mar abierto en pleno invierno?

—Ellos…

—¡Ellos tienen a mi mujer! —Se volvió hacia los demás que escuchaban en silencio. —¡Ella tiene a Njord de su parte! ¡Nosotros no tenemos nada! Es lo que queríais, ¿no es cierto? ¡Queríais que se fuera, le teníais miedo, queríais que se alejara, pues ya lo habéis conseguido!

—No nos eches la culpa solo a nosotros, jarl —dijo uno de sus hombres—. Ella tiene un carácter muy especial. El otro día me gritó por tocar a una de las sirvientas.

El puñetazo le tiró al agua del fiordo y gruñó. —¡No se tocará a ninguna mujer sin su consentimiento! ¿Lo habéis entendido?

—Sí, jarl —dijeron varios a la vez dando un paso atrás por no llevarse el siguiente golpe.

Apretó los labios mirando hacia el fiordo y ya no vio su barco. Quiso gritar de la frustración. —En cuanto se deshaga la nieve, esposa... En cuanto ya no haya nieve volverás a verme.

Puso un pie en el embarcadero. Nadie fue a recibirle excepto su suegro y por la cara de malas pulgas que tenía, no iba a ser bienvenido. —No está aquí.

Se detuvo en seco. —¿Qué has dicho?

—Mi hija fue invitada por su otra familia a vivir con ellos y se ha ido.

Perdió todo el color de la cara. —Lo sabes.

—No quiero hablar de esto contigo. Nadie de por aquí sabe su condición y así va a seguir siendo. No está, así que olvídala.

—Mientes viejo, no dejaría a sus niños si pudiera evitarlo. —Caminó hacia la casa del jarl hasta echar a correr. —¡Brynhild! ¡Sal y hablemos, mujer!

Inga salió de la casa mostrando su vientre hinchado, comía un muslo de pollo a dos carrillos. —¿Qué haces aquí, jarl?

—¿A ti te ha perdonado? Tú participaste.

—¡Jamás lo hubiera hecho si hubiera sabido que la tratarías con tanto desprecio ante tus hombres!

—¿Dónde está mi mujer? —gritó frustrado.

—Se ha ido. Está con Njord, le llama abuelo. La trata como a su nieta, la agasaja y la consiente. Hasta calienta el agua con su magia para que se sienta a gusto, ¿a que es increíble? Está deseando que la niña nazca. Sería la primera descendiente que nace en el agua. Estará rodeada de magia, algo que Brynhild agradece porque las protegerán en el nacimiento.

—Así que hablas con ella, la ves. ¿Está bien?

—Es lo primero que tenías que haber preguntado.

—¿Se lo has explicado? ¿Sabe cuáles fueron mis razones para comportarme así?

—Por supuesto —dijo fríamente antes de cerrarle la puerta en las narices.

—Le has roto el corazón, jarl —dijo Esben apesadumbrado—. Mi hija ya no es la misma. De hecho, fui yo el que le sugirió que se fuera.

—Pero lo hice…

—Sabe por qué lo hiciste. Por eso mi mujer y yo jamás dijimos como era realmente, porque la temerían. Cometisteis un error que ya no tiene marcha atrás.

—Lo sabías, sabías que tu mujer era especial…

—Conocí a mi mujer en el fiordo. Me salvó la vida cuando estaba a punto de ahogarme un día que estaba de pesca. Ella había huido de su pueblo y sabiendo lo que podía pasarle, se arriesgó a salvarme mostrando su verdadera naturaleza. Nos callamos, la traje aquí y me casé con ella porque perdí el corazón en cuando sus ojos se pusieron en mí.

—En todas mis conversaciones con Brynhild estaba convencida de que no sabías nada.

—Lo hicimos así para que mi hija no hablara conmigo de ello por temor a que nos escuchara alguien. Intentamos que se alejara

del agua todo lo posible y a su vez le dijimos que nunca se alejara del agua para que…

—Tuviera una vía de escape.

—Exactamente. Y tú lo destruiste todo cuando podía haber tenido una vida normal. Tú cambiaste su futuro y lo arriesgó todo por ti para que la traicionaras negándola ante todos.

—No la he negado, no quería hacerle daño. Si pudiera hablar con ella…

—No la verás más.

Desesperado dio un paso hacia él. —No digas eso.

—No volverá. Y no te daré el oro, ya no lo tengo.

—¿Crees que me importa el oro?

—Por supuesto que sí. ¿Acaso no le sugeriste tú que arriesgara su vida para conseguirlo y tu hombre os llevó hasta allí? —gritó perdiendo los nervios.

—Ella quiso hacerlo.

—Vete de mis tierras y llévate tu barco, tienes el cofre que te ganó mi hija dentro, no queremos nada de ti. —Pasó a su lado para entrar en la casa.

El joven Eigil que lo había oído todo se acercó al jarl saliendo de detrás del abrevadero. —Si me das el cofre, yo te diré donde se ve con su hermana.

Le miró sorprendido. —¿Traicionarías a tu propia familia?

—Dejé de ser de su familia cuando tu hombre me dio de latigazos —dijo con rencor—. ¿Quieres saber dónde se ven o no?

—Ese cofre es tuyo.

Capítulo 16

Escondido tras una roca miró hacia el cielo donde estaba la luna llena. Rayos, iluminaba demasiado, si esa era la noche puede que les viera llegar y huyera antes de que pudiera impedirlo. Ketil tosió y él le miró como si quisiera arrancarle la cabeza. —Perdón.

—Haz un solo ruido más y te despellejo vivo.

Escucharon un movimiento en el agua y al mirar hacia allí vio el reflejo plateado. Su mujer salió del agua mostrando un vestido plateado que se pegaba a su cuerpo evidenciando su avanzado estado. Caminó hasta el prado mirando hacia la aldea y bufó sintiendo frío. Se abrazó a sí misma. ¿Por qué Inga se había retrasado? Miró hacia el agua y pensó en meterse de nuevo porque allí estaba calentita. Caminó hacia el agua y su marido asustado porque se fuera se puso en pie. —Brynhild.

Se le cortó el aliento volviendo su rostro hacia él. No, era real. No como en todos los sueños que había tenido desde que se había alejado del dolor. Él salió de detrás de la roca. —¿Cómo estás?

Dio un paso hacia el agua.

—No, por favor, no te vayas… —La miró de arriba abajo. —Estás preciosa.

Se tensó con tal fuerza que se dio cuenta que había cometido un error. —¡No, no!

Su esposa se lanzó al agua antes de que pudiera evitarlo.

—Lo has hecho muy bien, jarl —dijo su segundo saliendo de detrás de la roca.

Le miró como si quisiera desmembrarle.

Ketil carraspeó. —Igual deberías decirle eso de que está preciosa cuando no fuera un pez.

—¡No es un pez!

Escucharon un crujido y al volverse Inga se quedó de piedra al encontrárselos allí. Miró hacia el agua con una manta en sus manos. —No, no… —Se acercó al agua. —¿Se ha ido? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Solo puedo verla unos minutos cada luna llena!

—Lo siento.

—¡Hoy iba a ver a los niños, la están esperando en mi casa!

Hrafn apretó los labios. —Intentaba disculparme, pero al parecer no quiere escucharme.

Se le quedó mirando. —¿Llevas esperándola desde que visitaste a mi padre? Fue poco después de la anterior luna llena.

Hrafn asintió antes de alejarse. Inga se mordió el labio inferior mientras Ketil decía —Ha venido todas las noches, pero no ha servido de nada.

—Cree que no la amas.

Separó los labios de la impresión. —Sé que le hice daño, pero…

—Nunca le has dicho que la amas y después de lo que hiciste está convencida de que nunca has sentido nada por ella. No se quita de la cabeza aquello que dijiste y cree que solo la utilizaste para conseguir el oro.

—¿Aquello que dije?

—Pienso sacar mucho de esto.

La miró sin entender. —¿Cuándo he dicho yo eso?

—En su sueño. Lo dijiste en su premonición antes de que os vierais la primera vez.

—Cuando Bjorn murió.

—Sí, cuando descubriste en su sueño como era.

Él cerró los ojos llevándose las manos a la cabeza e Inga apretó los labios. —Lo pensaste, ¿no es cierto?

Juró por lo bajo volviéndose y negó con la cabeza. —No puedo negar que pensé que tener a los dioses de nuestra parte era una ventaja. Y después cuando creí que nos atacaban y ella sugirió hundir los barcos para ayudarnos, me di cuenta de todo lo que podía llegar a hacer.

—Así que siempre supiste que vuestro matrimonio os beneficiaría.

—Sí. Pero lo que sentía por ella siempre fue muy real, desde el principio fue tremendamente real. Por eso me preocupé tanto cuando me di cuenta de que muchos de los míos la temían.

—¿La amas?

—¡Más que a mi vida! ¡Nunca he pasado tanto miedo como cuando se sumergió por el oro! ¡Tú estabas allí! ¡Lo viste!

Inga suspiró. —Pero ella no lo vio, solo escuchó los gritos, que te querías ir de allí cuanto antes porque temías a los dioses… Además, Freya…

Dio un paso hacia ella. —¿Qué?

—Freya le dijo que le darías la espalda.

—¡Solo lo hice para que todos pensaran que puedo dominarla! ¡Para que me temieran a mí más que a ella! —Desesperado dijo —Sin ella ya no soy nada, ayúdame.

—Solo se me ocurre una manera.

—¿Cómo? Estoy dispuesto a todo.

—Jarl esto no me gusta, no le hagas caso, está de su lado —dijo Ketil mirándola con desconfianza.

—¡Mi madre salvó a mi padre y tuvieron ocho hijos!

Hrafn entrecerró los ojos. —¿Insinúas que intente ahogarme?

—Ella acudirá en tu ayuda antes de que eso ocurra.

—¡Eso será si está cerca, porque puede estar en la otra parte del mar por como nada!

Inga miró a Ketil como si quisiera soltarle cuatro gritos —Ella vendrá.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque no se iría sin ver a los niños, sabía que les prepararía para la visita.

—¿Está aquí? —Miró a su alrededor.

—No saldrá hasta que te vayas. —Hizo una mueca. —O hasta que tenga que salvarte. Su amor por ti impedirá que deje que te ahogues.

—O no —dijo Ketil—. Así se libra del problema. Jarl esto no me gusta, volvamos a casa.

—No regresaré sin ella —dijo acercándose al agua.

—¡Piénsalo bien, no puede ni verte! ¡Y tu gente ahora le tiene rencor por llevarse el oro!

Inga jadeó. —¡El oro era suyo!

Ketil hizo una mueca. —Ellos no lo consideran así.

—Y tú tampoco, ¿no?

—Eh, que yo también estaba allí y me deslomé para subirlo, ¡pesaba muchísimo!

—No tienes vergüenza.

—Al menos merezco algo. ¿A que a ti te ha dado algo? ¡No recuerdo haberte visto antes el brazalete que luces en el brazo!

Inga se sonrojó. —¡Yo soy su hermana!

—¡Sin mí jamás hubiera encontrado ese sitio y nosotros llevamos el barco! ¡Merecemos también una parte!

—No te digo lo que te mereces porque soy una señora.

—¿Qué quieres decir? —Entrecerró los ojos. —¿Me quieres insultar? Hazlo si te atreves.

Sin intimidarse gritó —¡Una mierda! ¡Eso es lo que merecéis!

Jadeó volviéndose para mirar a su señor y chilló al ver que se había metido en el agua. —¡Mi jarl vuelve! ¡A ver si aún sigue

enfadada y te lleva al fondo!

Hrafn no le hizo caso y nadó hasta el centro del fiordo, la parte más profunda. —Odín échame una mano —dijo antes de sumergirse con los ojos abiertos, pero no vio ninguna estela plateada. Dejó salir el aire poco a poco, pero ella no apareció. La había perdido para siempre. Recordó las palabras que le había dicho a Freya sobre si la perdía y cerró los ojos dispuesto a recibir a la muerte. Sintió el agua caliente a su alrededor y sonrió esperando que le tocara. De pronto una mano le agarró del tobillo y tiró de él con tal fuerza que gritó abriendo los ojos. Brynhild estaba ante él mirándole fríamente mientras esa mano tiraba de él y de repente le soltaba. Su cuerpo salió despedido por encima del agua y cayó a plomo ante los pies de Inga que se le quedó mirando con la boca abierta.

—Ay…

—Jarl, ¿te has quejado? —preguntó Ketil impresionado—. Tú nunca te quejas.

—¿Te ha sacado ella del agua?

—No, ha sido Njord. Al parecer no quiere que me acerque a ella. —Se giró hasta quedarse de espaldas y tomó aire antes de levantarse de nuevo.

Ketil no salía de su asombro, después de lo que acababa de pasar caminaba hacia el fiordo. —¿No pensarás volver?

—No me matará, la disgustaría.

Inga hizo una mueca. —No juegues con los dioses…

Con el agua en las rodillas se volvió. —¿Si no puedo hablar con ella le dirás que siempre la he amado?

Una gran mano de agua se levantó tras el jarl e Inga con la boca abierta asintió antes de que cayera con fuerza sobre él como si aplastara una mosca.

—¡Ay, madre, que me lo matan! —gritó Ketil corriendo hasta su jarl para cogerle del brazo y arrastrarle hasta la orilla—. ¡Ni se te ocurra volver a entrar!

—Qué porrazo —dijo apoyándose en el codo —. ¿Tengo la cabeza en su sitio?

—¡Por poco tiempo si sigues así! —gritó su amigo. Sacó su espada y se volvió intentando protegerle. —¡Déjale en paz, fue culpa mía! ¡Yo le convencí para hacerlo! —Amenazó a las aguas con su espada. —¡Déjale vivir, tiene derecho a gritarle cuatro cosas a su mujer por abandonarle! ¡Y con el oro, además!

—Calla Ketil —dijo Inga asustada—. ¡Los vas a enfadar más!

—¡Es su marido, puede hacer lo que le venga en gana! —Una gran tromba de agua se lanzó sobre Ketil hasta hacerle chocar contra un tronco antes de caer al suelo. Gimió. —Vale, me rindo.

Inga soltó una risita.

—No tiene gracia. —Hrafn consiguió levantarse, pero tambaleándose a un lado. Se golpeó el oído derecho un par de veces y al ver salir un pequeño pez Inga soltó una risita. —¡Mujer! —gritó con fuerza—. ¡Te amo! ¡Lo que hice lo hice por nuestro bien! ¡Para que vivieras tranquila entre mis gentes! ¡Pero si eso no puede ser, renunciaré a todo por ti, preciosa! ¡A todo! —Se metió en el agua hasta la cintura y gritó —¡Tienes que regresar conmigo, preciosa! ¡Desde que te fuiste no sé lo que es vivir porque solo lo hago si estás a mi lado! ¡Ha sido así desde que te vi por primera vez!

Inga emocionada abrazó la manta.

—Por favor, preciosa, sé que te hice daño y me sentía muy mal por decirte esas cosas, por esos desplantes ante todos. Sabía que sufrías, pero tenía miedo por ti. Temía que…

—Continúa —le apremió Inga.

—¡Temía que acabaras como tu abuela! ¡Quería hacerles ver que no eras peligrosa para ellos! ¡Qué yo podía dominarte!

Su hermana emergió tras él, pero no se dio cuenta.

—¡Fue una estupidez, tenía que habértelo dicho, pero tu reacción no habría sido creíble! Preciosa, no sabes disimular, todo se te nota en la cara. —Sintió el agua caliente tras él y se volvió de

golpe para ver a su hermosa esposa con los ojos llenos de lágrimas. —No llores más, nunca deberías llorar.

Se tiró a él para abrazarle con fuerza y Hrafn la pegó a su cuerpo dando las gracias a todos los dioses por esa oportunidad. —Lo siento.

—No quiero volver.

Hrafn apretó los labios. —No volveremos. Si quieres nos quedaremos con tu padre, si lo permite.

Se apartó para mirarle ilusionada. —¿De veras? ¿Podríamos quedarnos aquí?

Ketil dio un paso atrás impresionado. —Mi jarl, ¿qué dices? Los tuyos te necesitan, ahora no tienen nada. ¿Vas a abandonar a las familias que te vieron crecer?

Vio cómo se debatía entre el honor y ella. Al ver que no decía nada dio un paso atrás intentando soltar su abrazo.

—¡Me quedaré!

Negó con la cabeza. —Acabo de darme cuenta de que no puedo pedirte eso. No es justo.

—Te prometo que te tratarán mucho mejor.

—Por el oro, ¿no es cierto? No, no voy a volver. Podrías volver a visitarme.

—No, no —dijo desesperado—. Te necesito conmigo, preciosa. —La abrazó con fuerza. —¿No me has echado de menos? Porque yo a ti cada día. Estos meses sin saber de ti han sido una tortura, por favor perdóname.

Jamás se hubiera imaginado que su marido hablaría tan abiertamente de lo que sentía por ella y emocionada susurró —Te he perdonado, cielo, pero ellos no.

Hrafn se apartó para mirar sus ojos. —¿Ellos?

De repente de las aguas emergieron el mismísimo Njord y su hija Freya, sus caras decían que no sería una conversación agradable. —Suéltala —dijo la diosa.

—La amo, ni tú la apartarás de mí.

—Tienes agallas, guerrero —dijo Njord—. Pero no la mereces.

—¡Ella me quiere!

—Tenía tantas esperanzas puestas en ti… No puedes haberme decepcionado más. —Freya le miró con rencor. —¡Puede que ella te ame, pero yo le conseguiré algo mucho mejor!

Brynhild parpadeó sin entender. —¿Tenías esperanzas puestas en él?

Freya la miró sin entender. —¿Qué?

—¿Eso es lo que has dicho? Y en un tono… ¿Por qué lo has dicho?

—Bueno, cuando conocí a tu marido… Pensé que sería un buen esposo.

—No, no lo has dicho así, ¡lo has dicho como si hubieras esperado mucho de él para algo que no entiendo!

Njord miró a su hija. —¿Qué has hecho? —preguntó como si fuera un desastre.

—¿Yo? Nada…

—¡No me mientas, abuela!

—Te he dicho mil veces que no me llames así, me hace parecer vieja.

—¡Es que eres vieja! ¡Tienes más de mil años!

—Uy, lo que me ha dicho.

Njord reprimió la risa. —Hija, sabemos lo que esperabas de nuestra niña, ¿pero qué esperabas de su marido?

—Soy la diosa del amor y eso buscaba darles, eso es todo. Además, ella sabía que yo tenía algo que ver en su unión.

Hrafn dijo asombrado —¿Me habéis hechizado?

—No digas tonterías. Sabías que nos habían unido a propósito.

—Sí, pero pensé que los dioses nos habían unido con el propósito del collar ¡y lo que siento por ti no es normal!

Se sonrojó de gusto por las palabras de su marido. —Yo siento lo mismo, mi amor. Pero no desvíes el tema, por la cara de mi abuela es evidente que hay mucho más detrás cuando ha dicho que esperaba mucho de ti.

—Niña no sé de qué te quejas, es tan apuesto… —Sonrió a Hrafn. —Tan fuerte y viril.

Jadeó indignada. —¿Estás enamorada de mi marido?

Se sonrojó con fuerza. —¡No! ¿Cómo iba yo a amar…? ¿Estás loca, niña?

—Hija, no tienes remedio. —Njord puso los ojos en blanco. —Si la ama con locura. —Separó los labios de la impresión. —Querías hacerle tu amante después de que se separaran, ¿no es cierto? Por eso le dijiste a Brynhild que su marido le daría la espalda. ¡Hija!

Se puso como un tomate mientras Brynhild jadeaba de la indignación. —Bueno, debo reconocer que llegó un momento en que pensé que mataba dos pájaros de un tiro. ¡Hace mucho que no tengo un buen amante! —dijo molesta—. Pero todo empezó por otra razón, ni siquiera había pensado en el collar todavía, la razón de que se conocieran fue otra muy distinta.

—Estoy deseando oírla, abuela —dijo con mala leche.

—Uy… lo haces a propósito para sacarme de mis casillas.

Brynhild sonrió descarada.

—¿Ves, padre? Me provoca.

—Hija, estamos esperando.

—¡Ella me lo pidió! ¡Me lo rogó! No podía negarme viendo como la trataban los suyos, creían que era su criada, padre. Mi descendiente una criada, tendría que haber arrasado con todo y…

—¿Qué has dicho? —preguntó Hrafn con los ojos entrecerrados—. Tú no tendrás nada que ver con que arrasaran mi pueblo, ¿no es cierto?

—Bueno…

Brynhild jadeó. —¡Abuela!

—¡Teníais que unir vuestros lazos para emprender la travesía! Además, esa desgracia hubiera pasado el año que viene y hubieran muerto muchos, yo les avisé y evité sus muertes, así que jarl ya puedes hacer unos cuantos sacrificios para darme las gracias. —Se miró las uñas levantando una ceja. —Humanos, qué desagradecidos.

—Sí, hija, no valoran tu gran trabajo.

—Lo sé, es el peso que tengo que llevar sobre mis hermosos hombros.

Brynhild soltó una risita porque su abuela era imposible. —¿Cuándo te lo pedí?

Freya la miró a los ojos. —¿No lo recuerdas?

—No.

—En tu sueño. Le amaste en cuanto oíste hablar de él y tu deseo era tan fuerte que ese llamamiento llegó a mí. Y te aseguro que debes desear mucho algo para que esa petición llegue a mí.

Se sonrojó con fuerza y su marido sonrió. —¿De veras, preciosa?

—Cállate —dijo entre dientes.

—Aprobé tu elección y os di el visto bueno. Luego me encapriché de él, es que es tan guapo y gallardo… Y si recuperaba el collar mejor. —Miró a su padre levantando una ceja. —Por favor, padre, si me lo devuelves…

—Ni hablar.

Freya soltó una risita —Al final claudicarás.

—Espera sentada, me alegra tener a mi hija de vuelta y no renunciaría a ella por nada.

Freya sonrió antes de mirarles. —¿Qué hacemos con él, padre? ¿Le matamos?

—¡No! —gritó Brynhild poniéndose ante él.

—Después de conocerte hasta llegar a apreciarte, no considero que esté a tu altura. Mi descendiente merece lo mejor. Hay un príncipe al sur… No cree en mí, porque venera a ese dios de los cristianos, ¿pero qué importa? Con que crea en ti.

—Ya estoy casada, gracias.

—¿Te quedas con él? —preguntó incrédula—. Te aseguro que hay muchos hombres por ahí que besarán por donde pisas, a mí me pasa mucho.

Ketil dejó caer la mandíbula del asombro.

—Eso no lo dudo, abuela, eres la más hermosa.

—Gracias querida, pero deja de llamarme abuela —dijo entre dientes haciéndola reír por lo bajo—. Me provoca, padre, ¿qué hago con ella?

Njord sonrió. —Adorarla porque se lo merece todo.

Ambos sonrieron robándole el aliento y sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —¿De veras pensáis eso?

—Claro que sí, niña. El tiempo que hemos pasado juntos ha merecido la pena totalmente y nos has hecho muy felices. Eres maravillosa. —Miró a Hrafn y su abuelo gruñó. —Respecto a ti, como no trates a mi nieta como se merece, no habrá tierra ni mar donde esconderte. —Hrafn asintió muy serio. —Y sobre esas gentes tuyas… —Miró a su hija. —Mi niña, tú puedes arreglarlo.

A Brynhild se le cortó el aliento. —¿Cómo? —Dio un paso hacia ella. —Por favor, por favor haz lo que sea.

—Está bien —dijo como si fuera muy pesada. De repente sonrió—. No te quitaré tu condición porque puede ser muy necesaria en el futuro, no voy a estar mirándoos siempre y hay mucha maldad en este mundo, pero lo que sí haré es que todos los que os rodean olviden lo que te ocurre cuando te metes en el agua. —Les advirtió. —No lo haré más, así que depende de vosotros guardar el secreto en el futuro. —La miró a los ojos y sonrió. —Te tratarán como a una humana, pero demuéstrales que tu carácter es el de una diosa, que es como deben tratarte todos.

—Gracias, gracias.

Hrafn la abrazó con fuerza y su cabello se secó completamente como todo su cuerpo volviendo a la normalidad. Njord sonrió. —Espero verte pronto, mi niña.

—Te visitaré a menudo, te llevaré al bebé.

—Estoy deseando conocerla. —Miró a Hrafn. —Jarl… Yo no advierto dos veces.

—Gracias por la oportunidad.

Emocionada miró a Freya y la diosa susurró en su mente —Ahora veo que serás muy feliz. Nos veremos de vez en cuando.

—Te echaré de menos.

Freya emocionada sonrió antes de sumergirse en las aguas de la mano de su padre. Hrafn cerró los ojos abrazándola a él. —Creí que no lo conseguiría, que no me perdonarías.

—Jarl, de verdad, cuando se discute con tu mujer esta no puede irse a casa de su padre abandonándote ante todos, te hace quedar muy mal ante tus hombres.

—Ketil cállate —dijeron los dos a la vez.

Inga les miró sorprendida. —Pero bueno, padre se va a enfadar, ¿habéis esperado a que se fuera a bañar para abordarla?

—Necesitaba verla —dijo mirándola a los ojos y acariciando sus mejillas—. Lo necesitaba, mi amor.

Las lágrimas corrieron por su hermosa piel hasta mojar sus pulgares. —Siento haberme ido, tenía que haber hablado contigo, pero parecías tan distante… Creí que nunca me habías amado.

—Fue verte y saber que mi corazón ya no me pertenecía, mi amor. Ya no importaba nada más.

—Muy bonito, jarl —dijo Ketil—. Me guardaré lo que acabo de oír para mí, porque como se enteren tus hombres pensarán que aprecias más a tu mujer que tu puesto y no pienso consentirlo.

Divertida le miró. —¿Acaso no te importa más Kara que tu jarl?

Miró a uno y luego a otro con cara de susto. —¿Esa es una pregunta con trampa?

Se echaron a reír y Hrafn le palmeó el hombro. —No te haré elegir, amigo.

Suspiró del alivio. —Menos mal.

Caminaron hacia la aldea y ellos se rezagaron lo suficiente como para que no les oyeran. —Si alguien nos pregunta, ¿de qué fue la discusión? —preguntó divertido.

—Miraste a otra mujer.

—Yo no miraría a otra.

—Yo no te dejaría. Recuerda que tengo muy buena puntería.

Se echó a reír cogiéndola por la cintura y pegándola a él. —¿Me amas, mujer?

—Tanto que no vivo sin ti.

—Discutiremos.

—Por supuesto.

—Y no me enfadaré.

Rio. —Sí que te enfadarás.

Emocionado por sus palabras dijo —Recuerdas cuando te dije niégame cuanto quieras, pero ya eres mía y nada ni nadie sería ya suficiente para ti. Ya nadie sería suficiente para mí, preciosa.

—Esa no fue la frase que dijiste… —Separó los labios de la impresión. —Eso lo dijiste en mi sueño, ¿cómo lo sabes…? —Su sonrisa le provocó un vuelco al corazón. —Tú también lo soñaste. Sabías lo que te ibas a encontrar.

—En realidad no todo, Bjorn no moría en mi premonición, ni siquiera le vi. En mi sueño no dejabas de discutir conmigo, de ponerme las cosas difíciles, eso me hizo decidirme a aceptar la invitación. Me gritaste furiosa que habíais movido las camas y no pude resistirme a conocerte. En mi sueño esa frase te la dije justo antes de hacerte el amor apasionadamente.

—¿De veras?

—¿Por qué crees que acepté la invitación? ¿Por las ovejas? Puede que ahora no tenga muchas, pero entonces mi rebaño doblaba el de tu padre.

—Y aún después de saber cómo era mi carácter viniste.

—¿Por saber si era real lo que sentía a tu lado? Recorrería medio mundo, tenía que saber si ese sueño podía cumplirse.

Le abrazó con fuerza. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa. Mi amor por ti es tan enorme como los mares y siempre será así.

Epílogo

El barco de su marido atracó al lado del que le había ganado hacía dos otoños. Los suyos gritaron de la alegría al verla con la niña en brazos y la saludaron emocionados por su regreso. Bjorn mucho más alto, corrió por la pasarela para acercarse a ella y la abrazó por la cintura. Se agachó a su lado. —Mi niño, ¿cómo va ese entrenamiento con la espada?

—Soy todo un guerrero, padre no deja de decirlo.

—Estoy segura de que nos harás sentir orgullosos.

—Esperas otro hijo.

—Nuestra curandera dice que son dos.

La miró impresionado. —¿De veras? Has sido bendecida por los dioses, hermana.

—No lo sabes bien.

Su marido se acercó con su hijo pequeño en brazos. —Pero bueno… Bjorn, en nada de tiempo hasta podrás medirte conmigo con la espada.

—Ya puedo. —Levantó la barbilla haciéndoles reír. —Y seré tan grande como tú, jarl.

Su padre rio acercándose con los brazos abiertos. —Ya estáis aquí, este año habéis venido primero.

—Tu hija quiere quedarse aquí mientras me voy de incursión.

La abrazó. —Perfecto, así podrá enseñarle a Thora algún plato que me agrade, últimamente no me sienta bien su comida.

Brynhild advertida por su abuela intentó disimular su dolor, su padre no se quedaría ya mucho con ellos y pensaba aprovechar todo el tiempo que pudiera. —Te haré todo lo que quieras, padre.

Esben sonrió y ella vio en sus ojos que sabía la verdad. —Lo sé, hija.

Caminaron hacia la pasarela e Inga se unió a ellos llevando a su segundo hijo en brazos. —Me llenáis de nietos y no hay mayor felicidad.

Saludaron a su tío que les respondió de manera fría y fueron hacia la casa. —¿Sigue enfadado?

—Enterarse de que a su hijo le mataron en Heirst para robarle el oro que le dio tu marido le ha amargado el carácter, niña. No se lo tomes en cuenta.

Esben llegó en ese momento a galope y se bajó del caballo para abrazarlas. —Estáis en casa.

—Teníamos que venir —susurró a su oído antes de apartarse. Estaba enorme. Vio de reojo como los demás se alejaban y como su padre no escuchaba preguntó —¿Preparado para tu destino?

—Sí —dijo con tristeza.

—Estará bien. Estará al lado de madre y tú debes ser fuerte para la importante misión que tienes por delante. En estos dos años has demostrado que serás un gran jarl y sabes que siempre tendrás a mi esposo para pedirle consejo si lo necesitas.

—No os defraudaré, sé que en el pasado…

—Eso es pasado y lo importante es el futuro. Y sé que tendrás un brillante futuro por delante.

Esben sonrió. —Te he echado de menos.

Emocionada le besó en la mejilla. —Pues estoy aquí, como siempre estaré cuando me necesites.

La cogió por los hombros y fueron hacia la casa donde ya estaban celebrando su llegada. Cuando entró en el salón sonrió a los demás, estaba en casa. Puede que en la nueva casa de su esposo ahora estuviera muy a gusto porque todos se desvivían porque así

fuera, pero esa era la casa donde había nacido, allí tenía los recuerdos de su madre y de Arna que les había dejado el invierno pasado. Sí, allí se sentía especial.

Uno de los más jóvenes le tocó el trasero a Thora haciendo que abriera los ojos como platos y ella gritó —¡Eh, vuelve a tocar lo que no es tuyo y te cortaré la mano de cuajo!

Todos rieron levantando sus armas y supo que el chico lo había hecho a propósito para provocarla. Se sonrojó haciendo reír a su marido que cogió a su hija dejándola en el suelo para que corriera a trompicones tras otros niños. La cogió por la cintura. —¿Contenta?

—Solo algo me preocupa.

—No podemos depender siempre de tu oro, muchos quieren sus propias riquezas y debo llevarlos al sur. Ya lo hemos hablado.

—Júrame que volverás o recorreré los mares en tu busca.

—Nada me impediría volver. —Acarició su vientre. —Retenlos hasta que llegue.

—No te prometo nada —dijo haciéndole reír—. Si son como yo estarán deseando ver a su padre y puede que salgan. Si no estás se llevarán una decepción.

Él acarició su mejilla. —Intentaré volver antes de que tu padre…

—Lo sé. —Emocionada le abrazó. —Te amo.

Acarició su espalda. —Tanto como yo a ti, preciosa.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes
108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2
201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202- Lo siento, preciosa (Serie época)
203- Tus ojos no mienten
204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205- Sueño con un beso
206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210- No soy lo que esperabas
211- Eres única (Serie oficina)
212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215- La intensidad de lo que siento por ti
216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
222- Algo único (Serie Australia)
223- Volver a enamorarte
224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227- Juramento de amor 2 (Serie época)
228- Siento tu corazón
229- ¿Has pensado en mí?
230- La oportunidad de enamorarle
231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232- Te siento mío (Serie Texas)
233- El uno para el otro
234- Mi sueño eres tú
235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
236- Intentaré amarte (Serie oficina)
237- Haré lo que sea por ti
238- Volveré a ti (Serie Texas)
239- Salvará su corazón (Serie Escocia)
240- Tenemos toda una vida (Serie Montana)
241- Las deudas se pagan
242- Piensa en mí (Serie Australia)
243- Demasiados años sin amarte (Serie Fantasía)
244- Eres todo para mí (Serie oficina)
245- Volveré en primavera
246- Eres mi perdición (Serie Fantasía)
247- Todo lo demás no importa (Serie Época)
248- Nada tiene sentido sin ti

249- Bienvenida al Paraíso (Serie Texas)
250- Puedes seguir con tu vida
251- Niégame cuanto quieras (Serie Vikingos)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne

14.
No quiero amarte
15.
Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.